DOC SAVAGE

KENNETH ROBESON



El país del largo juju

Kenneth Robeson

Doc Savage/54

CAPÍTULO I

MENSAJEROS DE MUERTE

DOS figuras extrañas corrían envueltas en la densa niebla blanca y sus ropas flotantes les prestaban el aspecto de fantasmas... Los mensajeros de la selva virgen no visten así por lo regular, pues aunque habían arremangado los largos faldones de sus especies de togas hasta las rodillas huesudas, éstos seguían molestándoles bastante para correr.

Cualquier blanco que haya vivido en Abisinia habría identificado esas prendas, que eran “chamma”, distintivo de realeza u oficialidad.

Los grotescos mensajeros se hallaban bastante al Sur de Abisinia. Estaban a la sazón más abajo de la gran selva Taveta del centro Este de África, entre las colinas del pie de las Montañas Parri, desierto verde y cubierto de niebla, donde reinaba un profundo silencio.

Sin duda aquel lugar era demasiado silencioso a juicio del más alto de los dos mensajeros. Ambos iban acercándose a una balsa de agua.

El mas alto de los dos hombres se paró repentinamente y levantó un brazo largo y huesudo. Su compañero se inmovilizó y ambos aguzaron el oído.

Se oía el zumbido extraño y lejano como el de la dura palma de una mano humana sobre una vasija hueca. Los mensajeros sabían que se trataba de un tambor... la piel estirada de un kudu, el gran antílope del país, sobre el extremo de un leño de “senecio” ahuecado.

Los mensajeros habían oído la voz del tambor durante dos días y dos noches. Cinco días antes, cuando se pusieron en camino, eran seis corredores y únicamente ellos dos habían sobrevivido para

alcanzar aquel sitio.

—“Safi mafi” —murmuró roncamente el más alto.

Se refería al charco de agua límpida. Otras balsas habían sido envenenadas y dos de los seis mensajeros bebieron de ellas.

Aquellos dos quedaron por el camino.

El más alto de los correos hizo seña a su compañero que bebiera mientras vigilaba. El tambor no había dejado de oírse.

El más bajo de los mensajeros se dejó caer al suelo y a gatas se arrastró hasta el charco. Sus manos morenas apartaron las anchas hojas de un árbol “senecio”.

No se oyó sonido alguno entre las hojas humedecidas por la niebla. El corredor alto dio una voz de alarma. El más bajo se tiró de bruces y su lengua lamió el agua donde su mano había apartado la espuma.

Luego hizo un esfuerzo repentino y violento para levantarse. Su cuello pareció incapaz de erguirse y su rostro se abatió en la charca. Numerosas burbujas de aire subieron alrededor de su cabeza.

El hombre alto no hizo esfuerzo alguno para salvar a su compañero.

Murmuró una palabra:

—¡Okoyong! —Y añadió:— ¡Masai, el Largo Juju!

A continuación pareció disolverse en la orilla de la selva virgen. Su compañero era ya cadáver. Un pequeño dardo apareció detrás de una de las orejas del correo que murió frente al charco.

Aunque había estado corriendo durante cinco días y noches, no parándose más que cuando el sueño lo rendía, el mensajero alto se deslizaba entre la maraña de lianas con velocidad asombrosa.

La alta figura era la del último correo.

En los hombros de aquel individuo descansaba el peso del mensaje que seis hombres habían llevado.

Sea cual fuere la amenaza que le rodeaba, el correo escapó momentáneamente. No llevaba más que un arma: una lanza de mango corto y hoja afilada.

Había dicho: "okoyong" y "masas". No había tribus más fieras en toda África. Los masas eran bebedores de sangre y cazadores de cabezas de aquella región interior. Los okoyong moraban en lugares alejados y habían penetrado en la tierra de Kilimanjaro, trayendo su hechicería: la adoración del Largo Juju.

Tal vez el alto correo no esperaba escapar con vida, pero su mensaje tenía que ser entregado verbalmente.

Eran varios los tambores que se oían ahora. Las pieles tirantes retumbaban desde cuatro puntos distintos de la brújula.

El rostro del corredor era distinto del de los miembros de las tribus del país de Kilimanjaro y de la selva de Taveta. Tenía la piel más clara que la que se solía ver por allí, y una nariz aguileña que más parecía la de un antiguo romano que de un nativo de África.

Las delgadas aletas de su nariz se estremecían. El fino olfato del mensajero le decía que no estaba lejos de la meta. El olor era a carne asada, como únicamente un ingles la querría. Todos los blancos eran "inglesi", es decir, ingleses.

El correo llegó a un claro ancho y espacioso delante de un riachuelo de agua clara. Su sed era terrible, casi inaguantable.

El hombre vaciló menos de cinco segundos. Sus largas piernas le hicieron resbalar por el espacio abierto. Gritó una sola vez. Su "chamma" le cayó por las rodillas, enredándole las piernas. La lanza se le escapó de la mano.

El hombre yacía inmóvil, con alguna que otra contracción nerviosa. De su espalda, entre los omoplatos, sobresalía el largo mango de una lanza. Unas plumas de avestruz, teñidas de rojo con ocre, se estremecían al viento.

—Ha venido en esta dirección— —dijo en inglés una voz sonora, de fuerte acento americano.

Un hombre blanco apartó las enredaderas y salió al claro en el cual la figura vestida con la toga yacía con una lanza en la espalda.

Un indígena alto y fornido, vestido con una sola prenda de piel de mico, alargó el brazo de ébano delante del hombre blanco.

—¡No, "bwana" —gruñó—. ¡Yo primero ir a ver!

Pero el blanco era más fuerte que el y se abrió camino. Semejaba un gigante al lado de su compañero negro. Su figura era enorme y pesaba, sin duda, alrededor de doscientas cincuenta libras.

—¡Maldición, Souho! —exclamó con voz poderosa—. ¡Ese sujeto está vivo todavía! ¡Tal vez podamos salvarle! ¡Ve a buscar agua!

El hombre blanco se sacó el casco colonial y lo metió entre las manos del indígena.

—¡Pronto, Souho! —mandó—. ¡A ver qué es lo que podemos hacer!

—¡Haremos, haremos, bwana Renwick! —murmuró el negro.

Souho cumplió la orden de bwana Renwick y llegó al río, siguiendo de cerca el hermoso bosque.

—¡Vamos, ayúdame, Mapanda! —dijo bwana Renwick—. Me dice el corazón que este individuo intentaba alcanzar nuestro safari. Tal vez venga de parte del viejo rey Udu en persona.

Un joven de ademanes rápidos, piel amarillenta y ojillos negros vivarachos, se movía detrás del hombre blanco. Mapanda era de origen árabe y pertenecía, sin duda, a una de las tribus de la parte superior de la costa.

Bwana Renwick había afrontado demasiados peligros en demasiados lugares apartados del globo para sentir temor alguno.

El hombre blanco no era otro que el coronel John Renwick, ingeniero de fama mundial. Eran miles los que le conocían por "Renny", y pertenecía a uno de los grupos de aventureros más conocidos.

Clark Savage Junior, conocido en el mundo por Doc Savage, iba a enterarse sin dilación de la muerte del correo indígena de la selva virgen africana, pues en el mismo momento en que Renny levantaba la cabeza del moribundo vestido con la extraña “cama”, Doc Savage intentaba desde Nueva York ponerse en contacto con el gigantesco ingeniero por medio del aparato de radio de onda corta más poderoso del mundo.

Cuando Souho el cazador indígena, trajo el sombrero lleno de agua, el correo moribundo tragó parte de la misma. Renny levantó al hombre en brazos. La muerte era inevitable, pues la hoja de la lanza le había atravesado el cuerpo.

—¡Bwana, bwana Renwick! —susurró el moribundo:— Es bueno que haya venido... Ras Udu... el rey de Koko va a...

La cabeza del correo cayó. Renny sacó rápidamente una jeringuilla para inyecciones y a los pocos segundos el hombre abría los ojos. Algunas palabras débiles asomaron a sus labios a través de una espuma sanguinolenta.

Renny seguía sosteniéndole entre sus brazos. El herido hablaba una mezcla de inglés y jerga indígena.

—¿Si? —dijo Renny cuando el correo calló, ahogándose—. ¿El rey Udu quiere el ferrocarril? ¿Y quién es ese otro?

El mensajero no pudo pronunciar más que algunas palabras y

permaneció mudo. Renny le cubrió la cara con la “chamma”.

—¡Es preciso que Doc sepa esto! —dijo para su capote—. ¡Vamos, Souho, Mapanda! Llevaremos el cadáver al campamento. Es preciso enterrarlo.

Souho y Mapanda, el jefe de los porteadores de Renny, no vieron el encargo con buenos ojos. Souho, el cazador, era un valiente. Habíase enfrentado con un simba, comedor de hombre, el gran león del Taveta, armado con su lanza, pero transportó el cadáver del mensajero muerto como si fuese un explosivo peligrosísimo.

La noche ecuatorial bajaba sobre el campamento de Renny cuando llegaban con el cuerpo. Los porteadores tenían ya una gran hoguera encendida.

Los tambores no habían dejado de oírse. Sus vibraciones eran espaciadas e irregulares, como en el código de telegrafía Morse.

Los porteadores estaban comiendo algo que para ellos era un verdadero requisito y consistía en pies de elefante, cocidos por espacio de dos días en un hoyo caliente.

—“Hyrax” no hablar mucho, bwana Renwick —dijo Souho—. La lanza es masai, bwana. Significa que hacen guerra.

—¡Rayos y truenos! —gruñó Renny—. Y si hacen guerra, como dices, echarán a perder nuestro ferrocarril. Esos ingleses no nos prestarán su ayuda en un país en guerra, precisamente ahora.

La noche era bochornosa y no habían recibido la visita de los micos de la selva. Hacia cerca de seis semanas que Renny estaba entregado a las tareas de estudio y preparación de la vía férrea y los monos habían seguido el campamento.

Únicamente un ingeniero de gran talento y capacidad podía haber hecho los planos de la vía férrea entre Muoa Pemba, en el Océano Indico, al sur de Mobasi, a través de las montañas Parri y hasta el enorme país del Taveta. La línea tenía por objeto atravesar los ricos terrenos de las montañas del Kilimanjaro.

Renny estaba convencido de que su campamento estaba estrechamente vigilado. El silencio del “hyrax” y la ausencia de los micos en la densa selva virgen no podían significar otra cosa. Un gran número de hombres se hallaba cerca del campamento.

Renny sacó de su tienda una enorme caja cuadrada de la que extrajo una emisora de radio, fabricada según un invento de Doc, y cuya onda corta permitía a sus hombres comunicar con el aunque

estuviesen a muchos centenares de millas de distancia.

Renny giró los mandos hasta obtener las ondas empleadas por el grupo de Doc Savage. Los ojos negros de Mapanda brillaron. En su alma de indígena, bwana Renwick era un brujo más poderoso que los más poderosos sacerdotes Juju.

El aparato dejó oír un silbido prolongado. Los tambores seguían resonando.

De pronto, uno de los porteadores lanzó un grito salvaje y algunos de sus compañeros tiraron su fuente de guisado de elefante.

El grito concluyó con un alarido de muerte. Uno de los muchachos indígenas se levantó, su cuerpo de ébano se tambaleó y cayó al lado mismo de la gran hoguera. La carne se quemó, despidiendo un olor espantoso.

La hoja de una larga lanza atravesaba la garganta del porteador. Antes de que Renny pudiera levantarse, otros dos indígenas morían del mismo modo.

Los demás porteadores aullaron y echaron a correr hacia la espesura.

—¡Atrás, locos! —gritó Renny con voz estentórea—. ¡Ocultaos aquí!

Renny murmuró órdenes desde el interior de su tienda. Unos gritos de agonía se elevaron de la selva. Souho, el cazador, se tiró al suelo de bruces.

Sostenía entre las manos un fusil poderosísimo. Era un 450 Expreso, modelo británico. Souho disparó; pero las balas de alta velocidad no hicieron más que mutilar hojas de la selva en la cual nadie parecía moverse.

Renny salió con un arma de extraña forma. Era una pistola ametralladora de un tipo especial que disparaba a velocidad Increíble, con un ruido parecido al mugido de un toro; pero sus balas barrieron tan sólo un sendero al lado del sitio donde los porteadores corrían.

Tal vez la mayoría de la veintena de indígenas había muerto. Los demás huían y Renny murmuró sobriamente:

—¡Rayos y truenos! ¡Si pudiese tan solo ver a algunos de esos demonios!

Mientras duraron los disparos, ninguna otra lanza había sido proyectada. Si los tres muchachos no hubiesen sido traspasados por

las criminales hojas, se hubiera podido creer que no hubo allí ataque alguno.

Era asombroso, pues los guerreros negros acompañan generalmente sus ataques con un intenso griterío.

CAPÍTULO II

LA VOZ DEL HOMBRE BLANCO

ÚNICAMENTE Souho y Mapanda permanecieron con Renny. El ingeniero les ordenó ocultarse detrás de las tiendas. Un débil gemido salía de los matorrales de la selva.

Renny creyó que provenía de uno de los porteadores. Estaba a punto de ir a investigar cuando Souho intervino:

—Masai prepara trampa, bwana —avisó—. ¡Es voz de Juju! ¡Más bueno quedar aquí!

Renny, que siempre estaba dispuesto a sacar la cara, se quedó maravillado.

Prestó oído. Souho no se había equivocado. La voz quejumbrosa no era la de un hombre que sufre.

Renny arrastró el cadáver del porteador muerto más cerca del fuego. El viento hacia ondular las plumas de avestruz que adornaban el largo mango de la lanza. Alrededor de éste había atado un papel blanco. Renny lo desenrolló.

Llevaba una nota impresa en inglés:

"El coronel Renwick debe salir del país en el acto. La vía férrea no será construida nunca. Este será el único aviso".

—De manera que un blanco anda metido en esto —rezongó Renny—. Ese pobre diablo que mataron tenía razón. ¡Esto es algo que Doc debe saber inmediatamente!

Renny volvió a su tienda y giró los mandos del aparato de radio.

Es posible que el jefe de los indígenas ocultos en la selva, no hubiera visto nunca una emisora tan pequeña. Renny empezó a hablar. Casi inmediatamente, una voz baja pero penetrante le contestó.

—Doc al habla, Renny. Te oigo claramente.

Doc Savage no levantaba nunca la voz, que tenía un timbre peculiar, inolvidable.

—Doc, aquí pasan muchas cosas —exclamó Renny—. La región más rica del centro de África está a punto de ser invadida.

“El rey Udu de Kokoland me ha enviado seis correos. Únicamente uno ha llegado y estaba moribundo.

Souho agarró el brazo de Renny. El cazador levantó el pesado rifle Expreso y señaló un punto entre el espeso follaje, más allá de la hoguera. Algo más que hojas se vio de pronto. Unas plumas de avestruz teñidas de rojo se destacaron sobre la pared verde.

—No dispares —exclamó Renny, agarrando el brazo de Souho—. Doc... tengo que hablar deprisa... me han ordenado que me vaya... Ese rey Udu tiene un hijo, el príncipe Zaban, que está en Nueva York... ¡Van a destronar al rey!

Unos gritos guturales y hondos gruñidos salían de los matorrales. Una figura fantástica, vestida con la piel y las crines de un león, saltó en medio del circulo de luz proyectado por la hoguera. El rifle de Souho explotó.

Una de las manchas rojas se destacó de la pared y un enorme guerrero, tocado de plumas de avestruz, cayó de bruces.

—¡Los tenemos encima, Doc! —aulló Renny—. El rey Udu ha enviado hombres para guardar a su hijo en Nueva York (uno de sus antiguos súbditos vive allí) se llama Logo; el rey Udu le ha enviado un...

Varias lanzas silbaron, cruzando encima de la hoguera. Renny se detuvo para alejar la emisora de su amenaza.

—¿Qué es lo que el rey Udu ha enviado? —preguntó la voz clara de Doc.

—El rey Udu ha enviado el real...

Souho aulló de dolor. El mango de una lanza le había alcanzado sobre una oreja. Los guerreros de brillante pintura surgieron entre las tiendas, arrastrando a Mapanda entre ellos.

—¡Rayos y truenos, Doc! —gritó Renny—. Ve al príncipe Zaban; el sabrá; el Largo Juju ha...

Renny estaba completamente rodeado por sus atacantes. Hablando el lenguaje de los Masai, la voz de un hombre blanco saltó de la cabeza del león.

—¡Atrapadle! ¡Romped esa caja!

Media decena de guerreros se abalanzaron detrás de las tiendas.

Renny se levantó de un salto. Se hallaba frente a frente con un anillo de largas lanzas.

—Si eres cuerdo —dijo en inglés el hombre cubierto con la piel de león,— no te resistirás. Sólo deseamos que olvides esa idea descabellada del ferrocarril y salgas del país.

—¡Ni ahora ni dentro de mil años! —aulló el enfurecido ingeniero.

Saltó entre dos lanzas y uno de sus puños, verdadero martillo, destrozó el tocado y el cráneo del guerrero más próximo.

Renny se abalanzó sobra el jefe que hablaba inglés. No vio más que la sombra de un objeto qua volaba y una cachiporra cubierta de nudos pintados se desplomó sobre su fuerte nuca. Al caer, Renny lanzó un rugido formidable.

Se hallaba cerca del micrófono...

El alarido de Renny viajó unos cuantos miles de millas y fue reproducido por el altavoz de la instalación de radio del laboratorio de Doc Savage; en el corazón mismo de Manhattan.

El hombre que se hallaba delante de la radio era más alto y fornido que el enorme Renny, aunque no lo parecía, debido a la simetría de su figura maciza. La piel de su cara y de sus manos, así como la de sus antebrazos, era de un color de bronce dorado. Tenía el cabello muy pegado a la cabeza y de un color que le hacía parecer la continuación de su piel.

AL oírse el grito de Renny, una voz dijo, con acento ansioso:

—¡Rayos y centellas, Doc! ¡Nuestro Renny se ha metido en un lío!

El que hablaba tenía todo el aspecto de gorila vestido de hombre. Un vello rojo y rizado cubría cuanto se veía de su persona.

—Así parece, Monk —dijo tranquilamente Doc—. Es indudable que lo que acabamos de oír en un ataque de guerreros en el corazón de la selva africana.

—¿De la selva africana? —dijo de pronto una voz sarcástica:— Eso es lo más indicado para Monk. ¡Si vamos a África tal vez podamos dejarle con su familia!

EL que hablaba era un hombre de cintura delgada, elegantemente vestido.

Tenía el rostro delgado y ojos perspicaces.

—¡Maldito seas, Ham! —chilló el peludo—. Renny está en un aprieto y lo único que sabes decir son chistes de picapleitos que no tienen sentido alguno.

—Es probable que Renny esté disfrutando de lo lindo —observó Ham.

"Ham", es decir, Teodoro Marley Brooks, era el consejero legal del grupo de Doc Savage, uno de los mejores abogados del país.

"Monk", era Andrés Blodgett Mayfair, conocido químico industrial.

Monk seguía mirando airado a Ham, pero Doc no hacia maldito el caso de su disputa.

—Es lástima que Renny no haya podido informarnos de lo que el rey Udu ha enviado probablemente a Nueva York —dijo el hombre de bronce—. Ante todo, tendremos que ponernos en contacto con ese príncipe Zaban, si está en Manhattan.

—Renny dice que ese potentado africano ha enviado hombres a Nueva York —dijo Ham—. ¿Y ese sujeto que ha llamado Logo? Quizá podamos dar con el. La única dificultad consiste en que vive, probablemente, en Harlem, bajo el nombre de Brown o Smith...

—Es posible que tengas razón —dijo Doc Savage—. Sin embargo, creo que vamos a saber del príncipe Zaban dentro de poco. Ese rey Udu es viejo, pero está bien informado. Reina sobre cerca de cuarenta tribus distintas, algunas de las cuales son salvajes, pero su propia raza parece descender de una antigua invasión del país de Kilimanjaro por los romanos...

Doc Savage y sus hombres iban a tener noticias del príncipe Zaban en breve, pues, mientras el hombre bronce se cercioraba que cualquier esfuerzo para ponerse de nuevo al habla con Renny era inútil, dos grupos de hombres de aspecto extraño y piel oscura se acercaban al alto rascacielos.

El brillante sol de la mañana resultaba una atmósfera impropia de la sombría tragedia que se avecinaba.

Un mensajero de uniforme caminaba aprisa por una de las estrechas calles.

Esta convergía con otra en el sitio donde el brillante rascacielos erguía su torre.

En la otra calle se hallaba otro mensajero. Este hecho no tenía nada de particular en sí, pero ambos hombres tenían la piel oscura

y la nariz aguileña.

Ambos llevaban un paquete envuelto en un grueso papel de embalaje.

A corta distancia, detrás de cada uno de los mensajeros, media docena de hombres se abría paso entre la densa muchedumbre. Ellos también tenían la piel oscura y llevaban los turbantes de los indostanos. Sin embargo, cualquiera se habría dado cuenta de que esos hombres no eran indostanos.

Tenían la nariz chata y muy ancha. Sus turbantes estaban estrechamente envueltos y los repliegues de tela ocultaban sus orejas.

Uno de los mensajeros llevaba su paquete debajo del brazo. Había alcanzado casi el cruce de calles cuando los hombres que llevaban turbante apartaron bruscamente a los demás transeúntes y saltaron sobre el mensajero.

Una mujer lanzó un grito. Uno de los hombres con turbante arrancó el paquete que el mensajero llevaba debajo del brazo; y otro cogió a éste por la garganta.

Cuatro o cinco hombres con turbante cerraban el paso de otras personas en la acera. Los elegantes transeúntes huyeron.

Un fornido policía irlandés silbó largamente. Había presenciado el ataque desde un principio.

El policía de tránsito llevaba su revólver en la mano y gritó:

—¡Eh! ¡Manos arriba, demonios, antes de que os haga tragar plomo!

Tal vez vislumbrase la oportunidad de cubrirse de gloria, pues no se veía arma alguna en las manos de los hombres con turbante.

Estos hicieron caso omiso de la orden del policía. El que había agarrado el paquete arrancó el papel que lo envolvía. EL objeto que había dentro tenía el aspecto de un bloque de madera pulida.

El hombre con turbante lanzó un grito de triunfo. El hombre vestido de mensajero dejó de resistir y una sonrisa extraña le asomó a los labios.

Fue su última sonrisa: una mueca sardónica. Posiblemente, debió servir de aviso a los hombres que se habían apoderado de el.

El hombre que sostenía el extraño bloque de madera pasó los dedos por uno de sus lados. Enseguida el hombre desapareció. El bloque explotó con ruido fantástico y la explosión abrió un pequeño

cráter en la acera.

El revólver del policía de tránsito explotó en la mano de un muerto. Unas veinte personas fueron derribadas en la acera y el edificio, donde todos los cristales se rompieron.

En la otra calle, el ataque de los hombres con turbantes contra el otro mensajero fue simultáneo con la terrible explosión. El mensajero opuso una viva resistencia.

No usaron armas, pero dos de los individuos con turbantes cayeron al suelo antes de que uno de ellos lograra arrancar el paquete a su víctima. Luego, uno de los agresores hirió al mensajero con algo que tenía el aspecto de un pequeño dardo puntiagudo.

Las aletas de la nariz del mensajero se dilataron y emitió una risa terrible. El grueso papel fue arrancado de un objeto que parecía un bloque de madera.

El bloque dejó oír un silbido prolongado y el hombre que lo sostenía se desplomó sobre la acera. El bloque tocó el suelo y, explotó, despidiendo grandes llamaradas.

Cinco hombres portadores de turbantes cayeron. Uno de ellos se refregó frenéticamente los ojos y se desató el turbante. Parte de sus orejas pareció caer, pero seguían reunidas a su cabeza. Eran los lóbulos de las orejas, terriblemente deformados y formando grandes anillas de carne.

Todos los hombres que cayeron murieron casi instantáneamente. Cerca de las cenizas de la caja de madera yacía el mensajero que la había llevado. En sus labios se veía todavía una mueca sardónica. Un pequeño dardo sobresalía de su cuello.

Varios coches de la policía y ambulancias llegaron rápidamente al lugar del suceso. Nada quedaba de ambos paquetes, aunque era evidente que uno de ellos habla contenido un poderoso explosivo.

Era igualmente evidente que el otro había contenido un gas mortífero de gran eficacia.

Un capitán de detectives halló un trocito de papel de embalaje intacto y lo examinó.

—¡Era de suponer que tendría algo que ver con esto! —gruñó.

En el papel de embalaje estaba escrito el nombre: CLARK SAVAGE JUNIOR.

El paquete había sido sellado con lacre azul, que llevaba las huellas de un sello extraño.

La figurilla del aquello era grotescamente fea.

CAPÍTULO III

LA CAJA SELLADA

SI el mensajero blanco que llevaba un tercer paquete hubiese conocido la suerte de los primeros dos, no habría entrado tan decidido en el ascensor del brillante rascacielos.

La trágica explosión ocurrió cuando subía rápidamente al piso ochenta y seis. Una vez allí, se le enseñó la puerta de Doc Savage.

Casi inmediatamente, el mensajero se sintió mareado. Habiase acercado a una puerta que parecía formar parte integral de la pared. No tenía cerradura ni picaporte. Las palabras "Clark Savage Junior" aparecían en letras pequeñas, de bronce.

Antes de que el mensajero alcanzara el timbre, la puerta se abrió silenciosamente y el rostro de Monk miró al visitante. Monk alargó la mano para coger el paquete.

—Deme su libro y lo firmará —dijo Monk.

—Tengo que entregarlo personalmente al señor Savage —dijo el mensajero—. He de verle.

—Si —contestó Monk con voz meliflua—. Ya le ha visto. Yo me encargo de esto.

Una mano situada al extremo de un brazo increíblemente largo arrancó el paquete de manos del mensajero.

—Quédese ahí mismo —ordenó secamente Monk—. Y no se mueva.

Monk apretó con el pie un punto determinado de la espesa alfombra del gran cuarto de recepción. El mensajero no oyó nada, pero la puerta por la cual había entrado no se veía ya. Sus ojos no distinguieron otra cosa que una pared lisa, sin interrupción alguna.

Monk llevó el paquete a través de la biblioteca, que contenía miles de libros científicos, y entró en el laboratorio. Doc Savage

estaba delante de la radio y se volvió.

—No cabe duda que tienen a Renny —declaró—. He llamado a Johnny. El conocerá el paradero del príncipe Zaban.

"Johnny" era William Harper Littlejohn, geólogo y arqueólogo. Cuando unos extraños visitantes venían a Manhattan, Johnny se ponía casi siempre en contacto con ellos.

Monk dio vueltas al paquete entre sus manos.

El envoltorio de papel de Manila estaba sellado con lacre azul, El sello estampado era una miniatura grotesca que adoptaba la forma de un escorpión.

Monk empezó a arrancar el papel, pero Ham le tomó el paquete.

—¡Espera un momento, insensato! —dijo secamente el abogado —. Este paquete es probablemente para Doc.

—Pues, claro —dijo Monk—. Iba a abrirlo.

Los ojos dorados de Doc estaban fijos en el paquete.

Un sonido fantástico llenó de pronto el laboratorio. Era una especie de trino y recordaba el viento al soplar en un bosque desnudo.

Monk se apresuró a dejar el paquete sobre la mesa. El trino de Doc parecía emanar de su cuerpo entero. A veces anunciaba un peligro inminente y otras el hecho de que el hombre de bronce estaba a punto de hacer un descubrimiento.

—No toques este paquete de momento —aconsejó Doc—. He visto al mensajero.

Parece enviado por una agencia regular, pero vamos a investigar.

A los pocos segundos, hablaba con la agencia por teléfono. En el cuarto de recepción, el asombrado mensajero seguía aturdido. Andaba a lo largo de la pared que, a su juicio, correspondía al pasillo exterior y pasaba las manos por su superficie lisa.

—Eso es fantástico —murmuró—. Sé que la puerta está por aquí...

Otra puerta de acero cromado que daba a la biblioteca, había sido cerrada por Monk. El mensajero se hallaba momentáneamente prisionero.

Doc Savage concluyó su conversación con la agencia de mensajeros.

—EI paquete ha sido dejado en la agencia hace menos de media

hora para ser entregado aquí —anunció Doc—. Lo trajo un negro vestido con uniforme de chofer. Dijo que era importante que fuera entregado en el acto.

El hombre de bronce examinó cuidadosamente el paquete y sus ojos brillaron cuando contempló el sello azul.

En el rincón superior, a la izquierda, habían escrito con letras de imprenta las señas del remitente:

William Smith

4404 Crooked Neck Road Long Island

—Eso no está en Harlem —observó Ham—, …pero ya decía yo que ese Logo viviría probablemente bajo el nombre de Smith o algo parecido.

—Es muy posible —dijo Doc—. Pero si esto tiene algo que ver con lo que Renny intentaba decirnos, es una coincidencia notable que llegue precisamente ahora.

Doc Savage tomó el paquete entre las manos. Arrancó cuidadosamente el papel y descubrió algo que tenía el aspecto de un pedazo de madera de teca pulida.

Si era hueco, la habilidad del artesano que lo preparó había logrado disimular por completo la abertura.

—Te aconsejo obrar con cuidado, Doc —dijo de pronto una voz tranquila, a espaldas del hombre de bronce—. Si no me equivoco, este paquete se parece a otros dos que acaban de matar a una docena de personas.

Johnny había surgido repentinamente detrás de un tablero móvil, oculto por un tanque de cristal que contenía peces tropicales.

Doc volvió a colocar el pedazo de madera sobre la mesa. Johnny explicó la tragedia que acababa de ocurrir.

—¿Dices que algunos de los hombres que han muerto tenían orejas deformes con lóbulos enormes? —dijo Doc—. Los masai y los waperri del África Central se cuentan entre las tribus que tienen esa costumbre. El hombre que llevaba una de las cajas tenía la piel más clara y la nariz aguileña. Esto significa que era un kokonés.

—Indubitablemente —declaró Johnny, que sentía afición por las palabras largas—. Me ha parecido que los muertos son omófagos ulotricanos. Es probable que sean tan venenosos como los Proterogluphya.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¡No puede ser que sean

tan malos!

—Sí —dijo sonriendo Doc—. Esas tribus comen carne cruda y tienen el pelo lanoso. Algunas son tan peligrosas como cobras.

Las manos bronceadas de Doc corrieron por los ángulos del bloque de madera, cuyo peso señalaba que, sin duda, era macizo. Sin embargo, el hombre de bronce estaba convencido que contenía algo.

—Tal vez no sea indicado emplear la fuerza —declaró Doc—. Vamos a guardar esto de momento.

Y puso cuidadosamente el bloque de madera en su caja fuerte.

En el cuarto contiguo, el asombrado mensajero intentó silbar.

—No me importa que ese sujeto sea Doc Savage —se quejó—. No se reirá de mí.

No oyó las pisadas de Monk a su espalda.

—Nada lo detiene —dijo el poco agradecido químico.

—¡Sí, eh! —exclamó el mensajero—. ¿Y cómo…?

Tragó saliva y miró la pared. Monk había pisado algo en la alfombra y el mensajero veía la puerta que llevaba fuera del aposento.

Allí estaba el corredor y, enfrente, los ascensores. La cerradura funcionaba por medio de un electroscopio invisible.

—¡Bondad divina! —exclamó el mensajero—. ¡No me gustan estos misterios! ¿Dónde estaba la puerta?

—La puerta no se ha movido —declaró Monk.

El mensajero empezó a creer que había tenido visiones. Un tablero hábilmente practicado había desfigurado una pared falsa sobre la puerta.

A veces Doc Savage hallaba necesario evitar que algunos de sus visitantes encontraran la salida demasiado rápidamente.

El mensajero suspiró de alivio cuando las puertas del ascensor se cerraron a su espalda. Se alegraba de poder escapar.

En el laboratorio, Doc Savage se veía llamado por teléfono.

—Pase lo que pase, señor Savage, no acepte ni abra ningún paquete —dijo el comisario de policía que era quien le hablaba—. ¡El infierno se ha desencadenado! O estoy loco o alguien intenta promover una guerra africana en Manhattan. ¿Ha oído usted la explosión?

—Acabo de enterarme de la desgracia —dijo Doc.

—Pues bien, su nombre estaba escrito en el papel que envolvía la primera máquina infernal que explotó —dijo el comisario—. ¿Ha tenido usted algo que ver recientemente con un puñado de salvajes que andan por ahí con las orejas caídas hasta los hombros?

—Nada de eso —dijo Doc, sin apartarse de la verdad—. Tal vez se trata de alguien deseoso de alcanzarme.

—Si —exclamó el comisario—. Y eran dos, pues la otra caja ardió. Sin duda, llevaba sus señas también.

—Es posible —dijo Doc—. Voy a ver de qué me entero y le informaré de cuanto pueda ayudar a la policía.

—Le pondré en conocimiento de cuanto ocurra —dijo el comisario—. Tenemos un informe que habla de unos extraños sujetos de piel oscura que, a lo que se ve, acampan en el sector de Crooked Neck de Long Island.

Doc se volvió a sus tres compañeros. Otro de sus hombres, el mayor Tomás J. Roberts, conocido por el nombre de "Long Tom", el electricista del grupo, se hallaba en una asamblea en la costa del Pacifico.

—No me cabe duda que esto está relacionado con el rey Udu de Kokoland —dijo Doc—. Es probable que el rey Udu nos haya enviado algunos de sus más leales súbditos. El bloque de teca que hemos recibido puede o no ser inofensivo.

—¿Y los otros dos, Doc? —preguntó Ham.

—Tomaremos todas las precauciones necesarias —dijo Doc—. Pero barrunto que los enemigos del rey Udu se hallan en la actualidad en Nueva York. De ser así, los primeros dos paquetes pueden haber sido un verdadero señuelo de muerte, mientras nos era entregada una caja similar.

—¡Maldición! —se quejó Monk—. ¡Qué asunto tan embrollado!

—¡Calla, mico! —exclamó mordazmente Ham—. ¡Piensa en tu alegría al volver a África! ¡El trabajo que nos darás para alejarte de los árboles!

—¡Trabajo tendrás para escapar de mis manos, maldito picapleitos! —aulló Monk.

—Johnny, es preciso que nos pongamos inmediatamente en contacto con el príncipe Zaban de Kokoland —anunció Doc:— ¿Sabes algo de su Alteza Real y de su paradero?

—El príncipe Zaban se hospeda en el hotel Adirondack. Es uno

de los pocos príncipes reales de una antigua y numerosa familia. Se educó en Oxford y, sin duda, le han enviado a América con el fin de que se compenetre de algunas de nuestras ideas modernas.

—¿Le acompañarán sus propios criados? —preguntó Doc.

—No —contestó Johnny—. El príncipe viaja acompañado de un antiguo estudiante de Oxford, el conde Cardoti, quien parece servirle de cicerone en este país, y ha organizado varias presentaciones en público. El príncipe ha de hablar delante de una reunión de arqueólogos esta noche.

—¿El conde Cardoti es tal vez de origen español? —preguntó Doc.

—Aparentemente, aunque no se sabe a ciencia cierta —dijo Johnny—. El conde es un sujeto refinado pero ha estado bastantes años en la región africana del Taveta.

Doc hizo una nueva tentativa para hablar con Renny, pero no obtuvo contestación.

—Creo que Renny es prisionero —declaró Doc—. Es probable que no esté en peligro de momento. Los individuos que provocan disturbios en el país de Kilimanjaro no querrán buscarse disgustos con los Estados Unidos. Vamos a ponernos en contacto con el príncipe Zaban.

Doc llamó por teléfono al hotel Adirondack y se le puso en comunicación con el aposento del príncipe Zaban. No obtuvo contestación.

—No entiendo por qué no contestan —dijo la telefonista—. Estoy segura que están en sus habitaciones. Unos visitantes han llegado para ellos hace bastante rato y siguen arriba.

Doc se alejó rápidamente del teléfono, dejando oír su trino, precursor del peligro.

—Johnny-dijo, —acompáñame. Vamos allá aunque ya es tarde. Ham y tú, Monk, quedaos aquí. Tened cuidado con las visitas. No me extrañaría que tuvieseis algunas.

Doc no explicó por qué motivo esperaba tener visitas.

Cuando Doc Savage y Johnny llegaron al hotel, varios coches de la policía estaban alineados en la esquina. Johnny Lanzó una exclamación. Sombrío, ceñudo, Doc abrió la marcha hacia el aposento del príncipe Zaban. Policías, reporteros y un excitadísimo gerente del hotel se apretujaban en la puerta de las habitaciones del

príncipe real. Doc Savage se abrió camino y entró. El extraño trino salió una vez más de sus extraños labios.

—¡Me lo temía! —dijo sombríamente.

Los policías y los periodistas se hicieron atrás al acercarse Doc al cuerpo que yacía inmóvil sobre la rica alfombra. Una flecha corta y de crueles lengüetas estaba profundamente hundida en la garganta del príncipe Zaban.

Unas plumas de avestruz rojas estaban sujetas al mango de la saeta. La sangre del príncipe Zaban inundaba el suelo y el espectáculo era espantoso.

El conde Cardoti se destacó del grupo y se colocó al lado de Doc Savage.

Tenía el rostro pálido y parecía hondamente trastornado. La pena le ahogaba mientras explicaba lo sucedido.

—¡Eran cuatro portadores negros! —exclamó—. Se introdujeron aquí dentro mientras yo admitía a dos periodistas; pero no eran verdaderos faquires, sino africanos. ¡Eran jujus! E intentaron hacerle decir al príncipe Zaban donde se halla el Ídolo de Sangre.

Dos reporteros se acercaron.

—¿Qué es el Ídolo de Sangre? —preguntó uno de ellos.

—No puedo decírselo —contestó Cardoti—. Hay muchos dioses y fetiches en el Centro Este de África. Lo único que sé es que mi pobre amigo temía que algún demonio hiriese a su padre, el rey Udu.

—¿Era usted amigo del príncipe Zaban? —preguntó Doc Savage.

—Desde la infancia —contestó el conde Cardoti con tristeza—. El príncipe Zaban era un hermano menor para mí.

Los policías llegaban con sus informes. El hotel Adirondack estaba rodeado.

En la calle, una mujer se había desmayado. Al volver en si, gritaba: "¡Sus orejas! ¡Esas terribles orejas!"

La policía se enteró que había visto a cuatro africanos alejarse en un coche rápido. La mujer no había visto el número de la placa, pero creía que el automóvil había pasado por el puente de Queensboro sobre el río Este.

Doc Savage dijo entonces a Johnny:

—Tal vez resulte más interesante de lo que pensamos esa dirección de Long Island.

—El muerto tiene un tipo particular —declaró el forense—. ¿Dicen ustedes que es africano? Es raro.

Johnny el erudito, habló:

—Hace siglos que el país de Kilimanjaro fue invadido por una legión perdida de antiguos romanos, bajo César. Esos invasores no regresaron nunca a su país. Ve usted ahora el resultado de un cruce de razas en la antigüedad.

—Creo que esto es cierto —dijo el conde Cardoti—. Y mi amigo era el sucesor directo del trono del rey Udu, el único heredero vivo.

Doc Savage dijo tranquilamente:

—Cuándo haya acabado aquí, conde Cardoti, ¿quiere usted venir a mi cuartel general?

*****

Solos, en el aposento de Doc Savage, Monk y Ham estaban como siempre, en apariencia, a punto de matarse.

—¡Procura que ese asqueroso bicho no me toque la chaqueta o le haré picadillo! —exclamó Ham.

—¡Si tocas ese marrano te acordarás de mí! —aulló Monk.

El objeto de esta violenta discusión movió las largas orejas. Se trataba de Habeas Corpus, el marrano australiano, favorito de Monk.

Habeas Corpus era un marrano inteligente aunque de poca presencia. No era más que una larga hilera doble de costillas colocada sobre unas patas increíblemente largas.

De pronto, Habeas Corpus quedó en olvido. Se oyó la llamada del teléfono y cada uno de los dos compañeros agarró un instrumento. La voz que habló era causante de otra rivalidad entre ellos. Pertenecía a Patricia Savage, la hermosa y talentosa prima del famoso Doc. Hablaba desde su Instituto de Belleza y Cultura Física, situado en Park Avenue.

—¡He de ver a Doc tan pronto como sea posible! —anunció Pat Savage.

—¡Pareces excitada, Pat! —contestó Ham—. ¿Qué ha ocurrido?

—No puedo decirlo, pero deseo que Doc venga. No puedo decir nada más desde aquí, pero es importante. Decidle a Doc, no, esperad.. Es demasiado tarde. Yo... yo volveré a llamar...

La comunicación quedó cortada repentinamente, pero no lo suficiente para ahogar un grito de mujer.

—¡Rayos y centellas! —explotó Monk—. ¡Alguien le ha hecho algo a Pat! ¡Vamos!

Ham demostró mayor serenidad.

—La voz que ha gritado no era la de Pat —dijo—. Además, Pat no ha gritado nunca en su vida.

—¡No quiero perder más tiempo! —aulló Monk.

Ham debió decidir que Pat era más importante que unas posibles visitas.

Siguió a Monk y bajó con el en el ascensor especial de Doc. Los dos compañeros corrieron al garaje subterráneo.

CAPÍTULO IV

EL ESCONDRIJO NEGRO

MONK y Ham no sabían una palabra del asesinato del príncipe Zaban. En el mismo momento en que llegaron al establecimiento de Pat Savage, Doc Savage regresaba a su cuartel general.

El conde Cardoti había convencido a la policía de su sincero pesar por la muerte del príncipe y aceptó el ofrecimiento de Doc de acompañarle. Sin duda, el Conde Cardoti conocía la reputación del hombre de bronce.

—¡Si alguien es capaz de descubrir a esos asesinos, es usted! —le dijo a Doc.

Precisamente entonces, Ham y Monk estaban hablando con Margarita, la dependienta de Pat en el salón de belleza.

—La señorita Savage ha subido a un automóvil con la señorita Moncarid. —dijo a Ham y a Monk—. La señorita estaba aquí, dándose masajes. Luego cuatro negros entraron y se asustó mucho. Pidió a la señorita Savage que la acompañara a su hotel. Los cuatro hombres las siguieron en un coche de grandes dimensiones, aunque la señorita Savage disfrazó a la señorita Moncarid con una peluca rubia y otro abrigo…

—¿Nada más? —preguntó Ham.

—Pues esa señorita… —exclamó la dependienta,— no creo que sea española. Tiene orejas extrañas y una cosita como un escorpión, tatuada en el hombro. Dijo algo en un idioma extraño cuando vio los negros.

—¡Maldición! —se quejó Monk—. Me juego cualquier cosa que Pat se ha metido en un lío.

—Sí —dijo Ham, arrastrando las palabras—. Y es probable que esté convencida de que la aventura es deliciosa. Voy a telefonear al

hotel de esa señorita.

—Espero que Pat habrá llegado allí —dijo Monk.

EL rostro de Ham se ensombreció y se acercó al teléfono.

Al cabo de un instante, dijo:

—Si, muy bien —y colgó el receptor.

—Parece que Pat está sin novedad —dijo, aliviado—. Está con esa señorita Moncarid, La señorita ha llamado a su hotel, dejando unas señas para el caso de que alguien pregunte por Pat. Las señas son del barrio Este.

Ham y Monk se trasladaron rápidamente a la dirección dada y contemplaron el sombrío almacén y el alto edificio.

—¡Me juego cualquier cosa que se trata de una trampa! —se quejó Monk—. Tal vez sea preferible llamar a Doc.

Ham no estuvo conforme en perder más tiempo. Apeándose, se acercó a la puerta entreabierta del desierto almacén.

—Aquí hubo un par de coches hace poco —dijo Ham, señalando unas huellas en el polvo—. Han entrado.

El abogado lavó su bastón negro y traspuso el umbral. Monk le siguió de cerca. El interior del almacén estaba casi a oscuras, no se distinguía nada a unos pies de distancia.

Ham dio unos pasos con sumo cuidado, temiendo ensuciarse el pantalón y la chaqueta.

Se veían huellas de muchos pies en el suelo. Ham hundió su bastón negro en el polvo. Se trataba de un arma peligrosa, de un bastón —espada cuya punta estaba untada con una droga capaz de poner a cualquier enemigo fuera de combate instantáneamente.

Monk lanzó un chillido y se dejó caer de rodillas, escudriñando en los rincones como un gorila.

—¡Ya me pensaba yo que eso te pasaría un día u otro! —dijo sarcásticamente Ham—. ¿Qué es lo que crees buscar?

—¡Pat estuvo aquí! —gritó Monk—. Conocería las huellas de sus pies entre un millón. ¡Eh! ¡Mira esto!

Monk se puso torpemente de pie. En la mano sostenía la pequeña pistola automática de Pat.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Ha luchado! ¡Quizá siga arriba en algún rincón!

Aguzaron el oído unos segundos; pero el único ruido que oyeron fue el de una rata royendo madera. Aquel lugar era tétrico.

Ham descubrió una puerta que llevaba a una escalera. La estrecha entrada era oscura. Ham precedió a Monk y lanzó un juramento.

—¡Eh, maldito picapleitos! —chilló Monk—. ¿Adónde queréis ir?

Ham había realizado una hazaña acrobática, saltando verticalmente en el aire. Uno de sus talones tocó la barbilla de Monk.

—¡Maldito seas! —gritó Monk, intentando agarrarle el pie.

El largo brazo de Monk permaneció alargado. Sus cortas piernas quedaron replegadas bajo su cuerpo y realizó un corto vuelo que le cortó la respiración y concluyó en una fuerte sacudida.

—¡Eh, soltadme! —gritó.

El cuerpo de Ham chocó con el suyo en la oscuridad. Monk le asestó un puñetazo y Ham contestó con una patada.

Los pies de ambos hombres colgaban a varios pies del suelo. Se balanceaban suavemente arriba y abajo. Unos nudos se estrecharon en torno a sus cuerpos.

Se oyó cerca un ruido de pisadas. Monk gritó y sacó su pistola. De pronto, el almacén pareció llenarse de un millón de abejas.

Monk desparramó sus balas misericordiosas al azar. Unas voces roncas gritaron. Ham había desnudado su espada y embestía las sombras. Una luz brilló de pronto. Monk y Ham estaban rodeados de rostros negros. Vieron unas cabezas movedizas con grotescas orejas y una docena de cortas espadas amenazaron sus pies.

Ham paró el ataque con su larga espada. Dos agresores cayeron, alcanzados por su hoja.

Monk derribó cuatro o cinco hombres con balas misericordiosas. Las víctimas iban a dormir un par de horas antes de despertarse.

Ham intentó aflojar el aparato que les había cogido y que se habría podido hallar en la selva virgen. Unas piezas de acero habían sido dobladas y se las había sujetado con nudos corredizos. Ham y Monk habían pisado esos nudos.

Fueron levantados dcl suelo al igual que unos animales salvajes habrían podido ser levantados en cualquier sendero de la selva tropical.

La pistola de Monk y la espada de Ham hicieron retroceder momentáneamente a los africanos. Ham empezó a cortar la cuerda

que le sujetaba con su espada.

Pero el abogado no pudo completar la tarea comenzada y lanzó una voz de aviso:

—¡Deja caer tu pistola, Monk, o estamos perdidos!

Ham soltó su espada que cayó ruidosamente al suelo. Monk lanzó una mirada a los hombres que le rodeaban y su pistola siguió el mismo camino.

Dos hombres se habían adelantado. Sostenían lo que se habría podido tomar por cerbatanas y apuntaban a Ham y a Monk.

—¡Nos entregamos! —gritó Ham—. ¡No disparéis!

Comprendiesen o no lo que decía, los africanos bajaron los tubos. Ham se había dado cuenta que se trataba de los mortales sopletes de la selva africana.

Los hombres bajaron a Ham y a Monk y les envolvieron en largas tiras de roten. Monk protestó con voz ahogada al serle metido en la boca un pedazo de maloliente cera.

Los africanos subieron tres pisos con sus prisioneros y les dejaron caer en una habitación.

Al principio, Monk y Ham creyeron estar solos. Ninguno de los dos podía hablar. Oyeron un ruido sordo en el suelo y una luz escasa penetró por una ventana de sucios cristales.

Pat Savage estaba tendida allí, parpadeando y mirándoles. Quiso hablar y no logró más que dejar oír sonidos inarticulados.

Ham tenía las manos atadas fuertemente en la espalda, pero empezó a dar gol espaciados de un modo irregular con los talones.

Los diminutos pies de Pat Savage hicieron lo propio.

Se trataba de una abreviación del código. Morse, inventada por Doc Savage.

—¿Dónde está la señorita Moncarid? —preguntó Ham.

—¡Creo que manda a esos hombres! —contestó Pat.

—Me lo temía —comunicó Ham—. Nos ha engañado... con el fin de coger a Doc. Le ha enviado una máquina infernal y el la tiene en su caja fuerte.

Los africanos parecían haberse retirado a otro extremo del edificio. Ham intentó cortar sus ataduras de roten con la hoja que dejó al descubierto, al tocar un resorte del sello que llevaba en la mano derecha; Pero le fue imposible lograrlo.

*****

En el mismo momento en que Ham hablaba a Pat Savage de la supuesta máquina infernal que se hallaba en la caja fuerte de Doc, el hombre de bronce subía a su cuartel general. El conde Cardoti lanzó una exclamación al abrirse la puerta de Doc sin que nadie la tocara.

Una vez dentro, Doc Savage se paró repentinamente y dejó oír su trino.

Levantó la mano para indicar a Johnny y al conde Cardoti que anduvieran con cuidado.

—Hemos tenido visitas —anunció con voz serena.

El hombre de bronce había mirado un tablero fijado en la pared. El tablero contenía varios discos y una aguja roja oscilaba lentamente en uno de ellos.

Esto informaba Doc que una de las varias entradas secretas del aposento había sido forzada.

—¿Qué habrá sido de Ham de Monk? —preguntó Johnny—. Ellos debían haber permanecido aquí.

Doc Savage cruzó la biblioteca y penetró en el cuarto interior, seguido de cerca por Johnny y el conde Cardoti.

Este último lanzó una exclamación de sorpresa.

—No comprendo qué es lo que ha causado esa visita a América —dijo—. ¡Bondad divina, señor Savage! ¡Ha habido una lucha mortal en su aposento!

El conde Cardoti no se engañaba. Grandes retortas de vidrio y docenas de frascos de todos tamaños habían sido rotos.

Dos cadáveres yacían delante de la enorme caja fuerte, cuya puerta habían querido abrir con instrumentos de acero, aunque los invasores no lograron su propósito.

—¡Son masai o waperri! —dijo el conde—. Pertenecen a la misma tribu que mató al príncipe Zaban. Tienen las mismas orejas.

Los lóbulos de las orejas de los muertos eran grandes aros de carne deformada.

—Nuevamente nos encontramos con las flechas de las plumas de avestruz rojas —dijo Doc—. ¡Es el distintivo de guerra de los masai!

—Esto ofrece una extraña contradicción —declaró Johnny—. ¡A menos de que hayan empezado a matarse entre sí!

Ambos muertos tenían la garganta atravesada por una flecha.

—Me figuro —dijo Doc,— ...que esos hombres no han muerto a

mano de sus propios compatriotas. Sus flechas han sido empleadas como instrumento del crimen.

El conde Cardoti se inclinó sobre dos vasitos colocados en el suelo al lado de los cadáveres. Ambos estaban llenos de sangre, sin duda, sacada de las venas de los muertos.

EL rostro del conde estaba contraído y tenía un color grisáceo. Sus ojos negros brillaron.

—Es extraño —dijo—. Aquí tenemos la evidencia que debe haber un número considerable de kokoneses en Nueva York. Ni el príncipe ni yo estábamos enterados de su presencia, pero esos vasos de sangre lo dicen.

—Los kokoneses no son bebedores de sangre —hizo observar Doc.

—Por eso mismo —contestó el conde Cardoti—. Los masai y los waperri beben la sangre de sus enemigos, de forma que cuando son muertos por kokoneses, los vencedores dejan a menudo sobre el terreno una vasija que contiene su propia sangre. Es un gesto de desprecio.

—Esos aborígenes parecen ser gente muy agradable —comentó Johnny—. ¿Qué puede haberles pasado a Ham y a Monk?

Doc Savage no contestó. Acababa de sacar un pequeño cilindro y apretando un botón, puso en marcha una dinamo. El hombre de bronce anduvo, al parecer, sin fin determinado, por el laboratorio.

Pero cuando Doc se paró, uno de sus pies apretaba un muelle oculto bajo el borde de una mesa. Apuntó la caja fuerte con el reluciente cilindrito y la cerradura giró silenciosamente.

La enorme puerta se abrió.

El bloque de pulida madera de teca descansaba en el interior. El conde Cardoti había presenciado la apertura de la caja, asociándola en su mente con el cilindro que Doc tenía en la mano.

El cilindro no tenía nada que ver con la caja. Era un ardid que el hombre de bronce empleaba a veces cuando deseaba abrir la caja en presencia de visitantes.

Doc había hablado ya al conde Cardoti de las tragedias de la mañana, pero hasta entonces no hizo referencia al paquete que había recibido.

—¡Bondad divina! —explotó el conde—. ¡Esto es igual que las máquinas infernales de la calle! ¿De dónde proviene?

—Ha sido entregado por un mensajero especial esta mañana —dijo Doc.

El rostro alargado del conde se puso del color de la cera.

—He pensado guardarla apara ver lo que ocurriría —dijo tranquilamente Doc—. Si se tratase de una máquina infernal, esos hombres no demostrarían tanto interés por entrar en su posesión.

El rostro del conde Cardoti se aclaró algún tanto y asintió con la cabeza.

—No había pensado en esto —dijo—. Pero sigo pensando que es peligroso. ¿La ha abierto usted?

—Tal vez pueda usted sugerirme la manera de hacerlo —dijo Doc, inesperadamente—. Sé ahora que viene de una de esas tribus. ¿Ha visto usted alguna vez algo que se le parezca?

—Nunca —declaró el conde Cardoti.

Las manos bronceadas de Doc recorrieron la superficie pulida como si buscaran algún muelle oculto.

—Por favor, señor Savage, no intente abrirlo —dijo el conde Cardoti—. Admito que desde la muerte del príncipe, tengo los nervios en punta.

—Es posible que su consejo sea bueno —dijo Doc—. Lo dejaremos por ahora.

Y volvió a colocar el bloque de madera en la caja.

Sin explicación alguna, Doc penetró en la biblioteca. Cuando salió al cuarto exterior, llevaba una caja negra cuadrada, provista de un lente que le daba el aspecto de un estetoscopio de modelo antiguo.

No salía luz alguna del lente, pero cuando Doc apuntó la ventana, unas palabras brillantes quedaron reveladas.

El rayo era ultravioleta o de luz negra y las palabras habían sido escritas con una sustancia que brillaba bajo aquel rayo invisible. El mensaje dejado por Ham, decía:

PAT POSIBLEMENTE EN PELIGRO. ALLA VAMOS.

Doc se volvió inmediatamente al teléfono. Su breve conversación con el establecimiento de Pat le enteró de lo que ya sabemos. Pat Savage había desaparecido con una misteriosa mujer de piel oscura que se hacia llamar la señorita Moncarid. Hubo una invasión de africanos. Monk y Ham recibieron un mensaje del hotel de la señorita y fueron en busca de Pat.

Doc llamó inmediatamente al hotel indicado. No, no se sabia nada de la señorita Moncarid y únicamente que había dejado un mensaje para quienquiera que fuese que buscase a Pat Savage.

—¡Espere un momento! —dijo la telefonista del hotel y a los pocos segundos añadió:— El mensaje fue entregado. La muchacha que estaba de guardia antes que yo ha destruido las señas dadas y se ha ido a Coney Island.

Doc dejó oír su trino. Estaba convencido que Pat se hallaba en peligro.

La señorita Moncarid representaba un nuevo ángulo del asunto. ¿Qué relación tendría con la fantástica lucha de tribus?

El hombre de bronce analizó la situación rápidamente.

El rey Udu de Kokoland, había intentado salvaguardar al príncipe Zaban en Nueva York, pero sus súbditos fracasaron en su empresa. Hubo también el ardid empleado con los guerreros masai, enemigos que murieron en la explosión y a consecuencia de haber ardido otro paquete.

Luego, el bloque de madera de teca llegó a poder de Doc Savage.

Doc volvió a entrar en el laboratorio. Recogiendo el envoltorio de papel del paquete, leyó nuevamente las señas:

William Smith 4404 Crooked Neck Road Long Island.

Doc hizo una llamada por teléfono y el comisario de policía contestó.

—No —dijo el comisario—. No hemos podido saber nada definido en Long Island. Algunos granjeros que viven en Crooked Neck Road en Long Island, han señalado la presencia de unos hombres negros en la vecindad, pero aquella región es casi desierta.

—Lo sé —dijo Doc—. La región se halla en el condado de Suffolk, al norte. El terreno consiste en su mayoría en campos incultos y arenosos.

El hombre de bronce consultó un listín de teléfonos y buscó Crooked Neck Road. No encontró el número 4404, ni tampoco el nombre de William Smith.

A pesar de la evidente falsedad de la dirección, Doc dijo a los demás:

—Creo que es posible que descubramos algo importante en Long Island. Llegaremos allá poco después de la puesta del sol.

CAPÍTULO V

LOS MUERTOS DESPIERTAN

TAL vez el conde Cardoti sufriera nuevas emociones en compañía de Doc Savage. Lo que es cierto es que no se aburrió ni un solo momento.

Una excursión de noche a Long Island con Doc era de veras emocionante.

Su súper motor, silencioso hasta el murmullo, llevaba el sedan a prueba de balas como un bólido por una serie de carreteras intrincadas.

El hombre de bronce guiaba, como cuando hacia, con la mayor concentración. Dos veces, unos policías a motocicleta lo persiguieron, pero no tardaron en quedarse atrás.

Doc Savage poseía un cargo en la policía del estado y cuando corrió a setenta millas por hora, el asunto no dejaba de ser serio.

—Si supiera más de los asuntos de Kokoland, podría servirle de mayor ayuda —dijo el conde Cardoti, mientras recorrían una carretera desierta—. El pueblo del rey Udu es misterioso. Su familia ha dominado cuarenta y pico de tribus a cual más salvaje y ha dejado tradiciones establecidas. La corona debe pasar a un descendiente directo y este descendiente debe estar en posesión de algún fetiche de la tribu o familia.

—Tal vez algo análogo a un escudo de armas o blasón —sugirió Johnny—. En África puede tratarse de un objeto trivial tal como una pluma, un arma o una piedra antigua.

—Ignoro lo que puede ser —prosiguió el conde Cardoti—. Según se desprende, cuando mi pobre amigo fue tan brutalmente asesinado, los masai parecían estar buscando algo que el príncipe llamaba el Ídolo de Sangre.

—¿Estaba usted enterado de disturbios fomentados en el imperio del rey Udu? —preguntó Doc Savage.

—Desde que conozco a esas tribus ha habido disensiones —dijo el conde Cardoti—. Pero el rey Udu ha sido un buen monarca. El gran temor de Kokoland ha sido la ambición de alguna potencia exterior, pues su tierra es maravillosamente rica.

—¿Y el asesinato del príncipe suprime el último de los herederos directos del trono? —preguntó Doc.

—Si —declaró el conde Cardoti—. El rey Udu no tenía más que dos hijos. Uno, la hermana del príncipe Zaban, fue muerta por los Masai en una revuelta cuando tenía unos cuatro años. La muerte de mi pobre amigo abre las puertas de su país a la rebelión y a la conquista por parte de potencias extranjeras.

—Así lo había juzgado —dijo Doc—. Se hace patente que es preciso que visitemos a Kokoland.

Los ojos negros del conde Cardoti brillaron.

—¿Me permitiría usted acompañarle en semejante misión? —se aventuró a preguntar.

—Espero que así lo hará, puesto que su conocimiento del país puede sernos de gran utilidad —declaró Doc.

—Encantado —exclamó el conde Cardoti—. Estoy muy satisfecho.

Los faros del automóvil formaban un túnel blanco a lo largo de la carretera.

Un poste pintado de blanco llevaba el nombre: Crooked Heck Road. El coche se deslizó por el estrecho camino.

La tierra era allí inculta y pobre. En vez de altos árboles, no se veía más que arbustos raquíticos y bien pronto campos desnudos.

—Este terreno no parece presagiar un lugar habitado —comentó Johnny—. Me parece que hay una total ausencia de edificios.

—Hay unas cuantas granjas y cortijos diseminados —contestó Doc—. También hay una casita roja en una curva, a media milla de aquí.

El conocimiento que el hombre de bronce tenía de caminos y carreteras poco conocidos era asombroso. Apretó un botón y apagó los faros. El conde Cardoti lanzó una exclamación.

—Puede usted probar esto —sugirió Doc.

Le metieron entre las manos lo que tenía el aspecto de enormes

lentes de automovilista. Johnny se estaba poniendo otro par y Doc los llevaba ya.

—Se ve todo blanco y negro como en el cinematógrafo —dijo el conde Cardoti—. Veo más claramente que con la otra luz.

—Es un rayo invisible al ojo desnudo, pero que permite ver a gran distancia cuando lo recogen los lentes —explicó Johnny.

La casa mencionada por Doc se hallaba en un recodo del camino. El coche se paró de pronto.

Un panorama blanco y negro surgió a la vista de sus ocupantes. La doble detonación de una escopeta desgarró el silencio de la noche.

—Tenemos una extraña facultad para llegar en el momento psicológico —dijo Johnny—. No necesitamos un viaje al negro África para descubrir violentos conflictos.

—¡Bondad divina! —exclamó el conde Cardoti—. ¡Parece imposible!

Es probable que cuanto ocurría parecía imposible al granjero y a su hijo. No podían ver el coche de Doc Savage, pero ellos a su vez quedaban revelados por el rayo invisible.

—¡Maldito sea vuestro pellejo! —chilló el barbudo granjero, levantando su escopeta—. ¡Os voy a enseñar a venir a ordeñar mis vacas!

—¡Bummm! ¡Bummm!

La escopeta volvió a explotar. Media docena o más de sombras humanas casi desnudas danzaban y al ser alcanzadas por los perdigones, aullaron. Su danza salvaje se hizo más alocada todavía.

—¡Ifehe! ¡Ifehe! ¡Ifehe! —chillaron varias voces.

—¡Masa! —exclamó el conde Cardoti—. ¡Esta palabra significa correr!

Doc dirigía el rayo invisible sobre las contorsionadas figuras de los salvajes.

Estos parecían sombras recortadas. Unas plumas de avestruz ondulaban en sus cabezas afeitadas.

Sus orejas deformadas les colgaban sobre los hombros y las habían llenado de extraños objetos, tales como latas de conservas vacías desprovistas de sus fajas de papel y espejos.

—Agujeréales la piel, Willy —gritó el granjero.

El muchacho disparó otra escopeta y el baile se transformó en

desbandada general. Los salvajes empezaron a lanzar sus venablos al correr.

El granjero y su hijo quedaron ilesos de milagro.

—Es extraño que no den en el blanco a tan corta distancia —dijo el conde Cardoti—. Los masai tienen excelente puntería.

—Olvida usted que están a oscuras —dijo Doc—. El granjero y su hijo disparan a ciegas. No pueden ver el rayo invisible con el cual los estamos observando.

La batalla, librada en la más densa oscuridad, se hacia ridícula. Los masai chillaban de dolor y corrían como poseídos.

Las escopetas disparaban en dirección al griterío. Sin duda estaban cargadas de perdigones finos y no causaban grandes daños.

Gran número de venablos se hundieron en el suelo. Sus mangos estaban adornados de plumas de avestruz que bajo el rayo invisible, no se veían rojas.

El granjero sacó una lámpara eléctrica e iluminó los alrededores. A continuación, lanzó un juramento sonoro.

—¡Malditos y asquerosos bandidos! —gritó—. ¡Que me aspen si no me han muerto dos de mis mejores terneras!

—No nos meteremos en esto —dijo Doc—. Tenemos otra cosa que hacer.

Apagó el rayo invisible y encendió loe faros del coche que iluminaron el campo. El viejo granjero pegó un brinco y apuntó al automóvil con su escopeta.

—¡Bummm! ¡Bummm!

La escopeta vació sus cañones sobre el sedan y el conde Cardoti bajó rápidamente la cabeza. Los perdigones cayeron en lluvia sobre el coche, pero el hombre de bronce se limitó a sonreír.

EL sedan estaba construido a prueba de gruesos proyectiles y los finos perdigones tuvieron el mismo efecto que un puñado de arena.

—Somos amigos —dijo tranquilamente Doc—. Hemos oído los disparos.

El viejo dejó de disparar. Doc y sus compañeros se apearon y saltaron la valla, penetrando en el campo.

—No sé quienes son ustedes —dijo el granjero con tono receloso —. ¡No son ustedes mucho más blancos de piel que esos malditos salvajes!

La lámpara del granjero alumbraba el rostro bronceado de Doc.

Este sonrió levemente.

—Tiene usted extraños visitantes en este rincón apartado —dijo: — ¿Será por primera vez?

—La segunda y la primera mataron uno de mis mejores terneras —se quejó el granjero—. ¡Miren ustedes eso!

—Omófagos ulotricanos— —declaró Johnny—. ¡Qué me superamalgamen, Doc!

—¿Qué es esto? ¿Qué me dice? —exclamó el colono.

—Dice que sus visitantes comen carne cruda y beben sangre —explicó Doc.

—Pues, ¿por qué no habla claro? —rezongó el granjero—. ¡Miren esas terneras!

—No parece sino que han cumplido un rito horroroso —dijo el hombre de bronce—. Sus visitantes han seguido una costumbre de su tierra.

Dos hermosas vacas de Jersey de pelo amarillo yacían en el suelo. Eran terneras de la mejor clase. En torno a los dos animales, los masai habían seguido los ritos de su tribu.

Doc Savage se arrodilló al lado de los animales y sus manos ágiles rompieron unos alambres de cobre que habían sido anudados al cuello de las víctimas.

Encima de esas ataduras aparecían las heridas causadas por cortas flechas.

Las grandes venas de las terneras habían sido perforadas.

Aunque se hallaban a la sazón en un país donde la sal abundaba, esos salvajes bebedores de sangre habían recurrido a una costumbre de su tierra.

En ésta no había sal y los indígenas la extraían de la sangre.

—Conservan algunos animales vivos con este fin —explicó Doc Savage—. Ahora veremos lo que un poco de magia logrará.

Sin duda el viejo granjero creyó que era magia. No observó bastante de cerca las manos de Doc y éste vació el contenido de una jeringuilla en las venas de las terneras.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el colono.

Ambos animales habían resucitado, se incorporaban torpemente y mugían.

—¿Vive un tal William Smith en Crooked Neck Road? —preguntó Doc.

—No he oído nunca este nombre —dijo el colono.

Mientras volvían al sedan, Johnny dijo:

—Eso nos entera del país de donde han venido esos africanos. Los bebedores de sangre se hallan en la región del lago Jipe al norte de las montañas Parri, en el centro este de África.

—Renny se halla en esas montañas —dijo Doc.

—¡En compañía de gente agradable! —declaró Johnny.

—Malo para él —dijo sobriamente el conde Cardoti—. Acostumbran infligir la tortura de Largo Juju a sus prisioneros.

—¡Renny es bastante mayor para cuidar de sí mismo! —declaró Johnny.

—Se halla de veras en un mal paso —aseguró el conde—. Además de los masai y waperri, hay muchas tribus salvajes, incluyendo los warrusha, wataita, watatura y swahilf. Luego, recientemente las tribus Juju de los rykoyongs y los enyongs han penetrado en el país.

—¡Y envían un príncipe a Oxford con el fin de tener el privilegio de reinar sobre este enredo! —exclamó Johnny.

Doc Savage determinó la posición de lo que hubiera debido ser el número 4404 de Crooked Neck Road.

—¡Tal como lo suponía no hay ninguna, casa habitada en este sitio! —declaró Doc.

Las señas indicadas en el bloque de madera de teca, se habrían encontrado difícilmente en un listín de correos.

Tras una valla de piedra ruinosa, se veían grandes losas de mármol y piedra caídas y cubiertas en parte de altas hierbas.

Se trataba de un antiguo cementerio particular.

El hombre de bronce permaneció un momento al lado de la valla de piedra.

Se volvió al coche, pero de pronto se paró, pues sus finos oídos habían recogido un sonido.

En el extraño cementerio resonaba un suave y fantástico trino. Doc franqueó con ligereza la vieja valla y de un bolsillo sacó una botella llena de polvo.

Caminando y describiendo medio círculo, lo desparramó en parte sobre la hierba.

—¡La mansión de los difuntos ha tenido recientemente visitas! —dijo Johnny.

El conde Cardoti vio un rastro luminoso en la alta hierba. La botella de Doc contenía un polvo químico fluorescente. Las tiernas briznas de hierba se movían todavía. Hacia poco que habían sido pisadas.

Doc abrió la marcha entre las tumbas hundidas.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¡Aparentemente han cazado cabezas además de bebido sangre!

La lámpara de Doc ensanchó su rayo luminoso y éste reveló dos cabezas humanas. Eran cabezas de africanos de horribles orejas deformadas.

Cada una de las cabezas estaba tocada con un viejo sombrero de paja.

Pero las cabezas no estaban cortadas y seguían reunidas a los cuerpos.

Dos masai muertos habían sido enterrados de esta extraña forma.

—Los masai tienen la costumbre de enterrar a sus muertos sentados —explicó el erudito Johnny—. Más tarde, conservan sus cráneos, que pasan a formar parte de la herencia de la familia.

—Es cierto —dijo estremeciéndose el conde Cardoti—. Y es una costumbre tétrica. La he visto practicar por las tribus de Kokoland.

Habían tratado a los muertos con el ceremonial acostumbrado. Los cadáveres fueron desnudados y untados con aceite de nueces. También estaban marcados con símbolos.

Doc Savage parecía haber perdido todo interés en los guerreros enterrados.

Había sacado la caja cuadrada del lente que proyectaba la luz negra y caminando lentamente en circulo se situó detrás de los dos cuerpos.

El conde Cardoti vio de pronto unas manchas brillantes en el suelo. Había dos hileras de éstas, distanciadas unas de otras como las huellas de los pies de un hombre al caminar.

Johnny se dio cuenta de lo que Doc estaba haciendo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó.

—Nadie sino Ham y Monk pudo dejar esas huellas.

En efecto, los ayudantes de Doc llevaban tacones de goma porosa que contenían un producto químico. Únicamente ellos podían dejar esas huellas fluorescentes.

El rastro de Ham y de Monk llevaba a través del viejo cementerio.

CAPÍTULO VI

DOS CABEZAS VIVIENTES

LAS cabezas de los masai muertos no eran las únicas que se hallaban a ras del suelo aquella noche en un rincón desierto de Long Island. Había allí otras dos cabezas que en vez de espantosas habrían sido divertidas a no ser por su increíble situación Ambas cabezas se movían y en la oscuridad de aquel cementerio abandonado se entretenían insultándose.

—¡No cabe duda que esos salvajes te han tomado por uno de sus parientes! —exclamó una voz estridente:— ¡Y supongo que me han puesto aquí para que tengas compañía!

La otra cabeza lanzó un chillido y contestó:

—¡Sí!, ¿Eh? Pues tú, que hablas tanto, a ver si hablando, hablando nos sacas de aquí. Si tuviera aquí a Habeas Corpus, te excavaría en un momento.

—¡Prefiero quedar aquí antes de que tu marrano me tire tierra a la cara! —dijo la primera cabeza—. ¿Qué crees que esos demonios habrán hecho con Pat?

—¡Rayos y centellas! —gruñó la otra cabeza—. ¡Hace rato que intento no pensar en eso! ¡Ay! ¡Una maldita hormiga me muerde la oreja!

El hecho de tener una hormiga trabajando en la oreja de uno cuando el resto el cuerpo no existe, por decirlo así, es bien molesto. Las orejas de Monk estaban bien protegidas por su espeso velo rojo, pero en Long Island hay una especie de hormigas de gran tamaño, negras y de fuertes pinzas. Monk aulló.

—¡Malditos insectos! —exclamó la otra cabeza—. ¡Para ya de chillar, o tus primos volverán! Si lo hacen rematarán sin duda su obra, afeitándote a ras de suelo.

—¿Si? —bramó Monk—. Pues si hacen eso contigo, ¡nada obtendrán y nada dejarán!

—¡Cierra el pico! —ordenó el siempre elegante Ham—. ¿Oyes eso? ¡Alguien está disparando!

Era el colono, que ahuyentaba un puñado de guerreros africanos de sus pastos.

Un profundo silencio siguió al tiroteo.

—¡Maldición —exclamó Ham—. ¡Ahora los mosquitos nos han descubierto!

Monk debió hacer una mueca en la oscuridad.

—¡Sigue hablando! —dijo—. Tal vez el aire caliente les quemará, como les pasa a tus amigos.

Se oyeron nuevas descargas de escopeta en la lejanía. En uno de los árboles cercanos una lechuza solitaria lanzó su grito. Ham y Monk se estremecieron.

—Me juego cualquier cosa que la dichosa señorita Moncarid es responsable de esto —se quejó Monk—. Hubo una especie de lucha abajo, en el almacén, antes de que nos sacaran.

—Pat no está segura de la posición de esa señorita —contestó Ham—. Sabe que esos africanos forman dos bandas. La señorita parece pertenecer a una de ellas. Tienen la nariz aguileña y la piel más clara que los demás. Es posible que luchen entre sí con motivo de la señorita en persona.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¿Quién es ella, de todos modos? Barrunto que su banda se ha llevado a Pat. Creo que luego tropezaron con la otra banda, la de las orejas extrañas, y ésta les dio paliza. De todas formas, aquí estamos, lo poco que se ve todavía a ras del suelo.

—En tu caso no hay más que la cabeza, y eso no es mucho decir —intercaló Ham—. En cuanto a mí, lo mejor que tengo sigue todavía a descubierto.

—Lo único que deseo es que una ardilla venga y se meta en tu garganta de picapleitos —explotó Monk—. ¿Qué crees que significa ese baile?

*****

El baile había sido una orgía fantástica. Cuando enterraron a Ham y a Monk, los guerreros de largas orejas los despojaron de sus ropas, dejándoles como el día que nacieron.

AL ritmo de un extraño canto, los masai habían formado un círculo alrededor de las cabezas de sus víctimas. Todos blandían largas lanzas y sus cabezas afeitadas estaban adornadas con rojas plumas de avestruz.

Junto con Ham y Monk, los masai habían traído los dos guerreros muertos en la lucha desarrollada en el almacén.

El entierro de Ham y Monk, vivos, dejándoles tan sólo la cabeza fuera, se hizo siguiendo el ritmo de la tribu de los masai. Además de enterrar a sus guerreros sentados, con la cabeza fuera, los masai acostumbraban sacrificar a algún pariente, vivo, que les hiciera compañía.

Tal vez se figuraron que Ham y Monk servirían para el caso en ausencia de familiares.

De pronto, Ham y Monk vieron una luz, y un coche se detuvo en la carretera frente al viejo camposanto.

Unas voces murmuraron entre los árboles y, un momento después, el estrecho haz de luz de una lámpara eléctrica jugueteó en el suelo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó la voz de Johnny—. ¡Siempre he esperado presenciar este fenómeno! Ham y Monk han luchado hasta dejarse finalmente al nivel del suelo…

—¡Es fantástico! —exclamó el conde Cardoti—. ¡Han enterrado esos hombres vivos!

Doc Savage alumbró las cabezas de las víctimas.

—¡Parecen que están vivos todavía! —dijo solemnemente.

—Hemos caído tal vez bajo el hechizo de su Largo Juju y esta demostración no es otra cosa que una alucinación producida, por un poder hipnótico —declaró Johnny.

—¡Rayos y centellas, Doc! —chilló Monk—. Una maldita hormiga me está comiendo una de las orejas. ¡Sácame de aquí! —Y añadió apresuradamente:— ¡Puedes dejar aquí a ese picapleitos para que los salvajes no sufran una desilusión al regresar!

—¡Espera que salga de aquí! —prometió Ham—. ¡Te voy a cortar esas orejas mico!

El conde Cardoti miraba alternativamente las cabezas de los eternos enemigos mientras Doc y Johnny hacían volar tierra.

—Es preciso encontrar la pista de Pat —declaró Ham—. Creo que la banda de la señorita Moncarid se la ha llevado.

—Me pregunto hasta qué punto esa señorita está complicada en el asesinato de mi pobre amigo —dijo el conde Cardoti.

—Tal vez lo sepamos al encontrar a mi prima Pat —dijo Doc—. No creo que podamos descubrir nada más aquí. Ese William Smith que mandó la madera de teca ha elegido unas señas extrañas...

Doc Savage se estaba preguntando si el remitente del misterioso paquete se había propuesto algo al apuntar aquellas señas. Sin duda, sabría que el viejo camposanto era en la actualidad el lugar de primitivas ceremonias salvajes.

*****

Doc y sus hombres regresaron al cuartel general con la idea bien definida de buscar ante todo a Patricia Savage.

Pero esa notable y hermosa muchacha no necesitaba ayuda de nadie. Estaba tranquilamente sentada en la biblioteca de Doc.

—Estaba a punto de ir en tu busca —declaró Pat—. Creí que era preciso salvar a Ham y a Monk, pero veo que el trabajo está ya hecho.

—Los hemos hallado enterrados hasta el cuello en un viejo cementerio —dijo gravemente Johnny.

Pat sonrió suavemente a la pareja de amigos.

—¡Eso les calmará por unos días! —sugirió—. Doc, debo enseñarte algo.

El hombre de bronce la acompañó al laboratorio.

—Esa señorita Moncarid que me ha metido en un lío, Doc —dijo Pat—, parece deducirse que también me sacó del mismo. He descubierto que hay dos bandas de africanos que luchan en Nueva York.

—Eso es ya del dominio público —dijo brevemente Doc—. ¿Nada más?

—Sí —se apresuró a decir Pat—. Hay bastante más. Renny está en un aprieto,¿no? Pues bien, esa señorita está complicada en una de esas bandas africanas kokoneses y les acompañan algunos guerreros wataveta. La señorita Moncarid decía ser española. Después de ser puesta en libertad, no la he vuelto a ver; pero uno de los kokoneses me entregó este mensaje.

El mensaje era de la señorita Moncarid y decía:

“Perdone, mi engaño. Vengo en realidad de España. Una familia española, amiga de guerreros masai, me envió aquí para educarme. Su

vida está en peligro. Me han dicho de ponerme en contacto con Doc Savage. Ignoro lo que todo esto significa. Oigo a los kokoneses decir algo respecto a evitar que los masai se apoderen de un ídolo de sangre.

Srta Moncarid".

Volviendo a entrar con Pat en el cuarto exterior, Doc dijo:

—Pat, ahora irás a casa. Deseo que olvides todo esto. La señorita ha dicho la verdad y no quiero verte envuelta en los peligros que se ciernen sobre nosotros.

Pat miró a su primo con una sonrisita.

—Esto era lo que esperaba de ti —contestó—. Pero te apuesto lo que quieras que algo ocurrirá para dejarme seguiros.

—No si te quedas en casa como es debido —declaró Doc.

El conde Cardoti era un joven de modales distinguidos y miraba a la hermosa prima de Doc con visible aprobación.

Pat parecía, por su parte, encontrarle atractivo. El titulo que ostentaba no tenía nada que ver con ello; Pero el conde Cardoti llevaba impreso en su persona el sello de la Universidad de Oxford.

—Creo que la han ayudado algunos de los más leales súbditos del rey Udu, señorita Savage —dijo el conde—. El país entero está bajo la influencia maléfica del Largo Juju introducido por okoyong nómadas, procedentes de la costa Sur africana...

—Me gustaría estudiar sus hechizos de cerca —comentó Pat, mirando a Doc con el rabillo del ojo.

—No resulta tan romántico, visto de cerca —aconsejó el conde —. Al final, supongo que únicamente la conquista y dominación por parte de la raza blanca puede resolver esas diferencias entre tribus.

—Creo que voy a visitar su país —declaró Pat, siempre para ver el efecto de sus palabras sobre Doc Savage.

Pero Doc no estaba ya allí. Había desaparecido silenciosamente.

El hombre de bronce salió de su ascensor particular y se halló en su garaje subterráneo. De allí salió por una puerta disimulada en un tablero de la pared.

Doc había escogido un extraño camino.

Se hallaba a la sazón en uno de los túneles del subterráneo. Un tren pasó con ruido infernal y Doc se metió en uno de los nichos alumbrados de la vía.

Cuando el tren hubo pasado, Doc se deslizó hacia la salida más próxima.

Unos minutos después, volvía a subir a su cuartel general, pero usando una entrada practicada en la pared de su laboratorio.

El hombre de bronce no estuvo en el laboratorio más de unos segundos.

Volvió a marchar por el camino seguido al entrar. Las voces de sus compañeros se oían en murmullos en la biblioteca.

Cuando Doc Savage volvió a presentarse delante de los demás. Ham y Monk estaban mirando tristemente al conde Cardoti. Pat se preparaba para marcharse y el conde le había ofrecido acompañarla a su casa.

La muchacha aceptó de buena gana. Ham y Monk estaban fuera de si.

—Si puedo ponerme en contacto con algunos de esos kokoneses —estaba diciendo el conde—, tal vez pueda saber algo de ese misterioso Ídolo de Sangre. De veras, siento ganas de poner este punto en claro Puede explicarnos el asesinato del príncipe Zaban.

—¿Acaso no es costumbre que se entierre a un príncipe en su propia tierra? —preguntó Doc.

—¡Si, es costumbre! —dijo el conde Cardoti—. Pero en el caso presente, temo que sea imposible. He cablegrafiado; pero el mensaje tardará tal vez algún tiempo en llegar a manos del rey Udu. Se han tomado disposiciones para el entierro, que se hará aquí, mañana. El cadáver será colocado en una tumba.

Doc Savage no contestó. Sus dorados ojos se habían posado sobre los de Johnny. El erudito compañero de Doc salió sin ser notado de la habitación y entró en el laboratorio.

Doc Savage se disponía a salir con el conde Cardoti, cuando Johnny entró corriendo.

—¡Doc! ¡Lo tienen! —gritó con voz excitada—. ¡Han forzado la caja con un soplete y se han llevado el bloque de madera de teca!

Johnny estaba sin duda muy conmovido para emplear palabras tan sencillas.

El conde siguió a los demás al laboratorio.

—¡Caramba! —exclamó—. No parece posible que se pueda forzar esta caja.

—¡Habría resistido a la mayoría de los peritos —declaró Doc.

Pero no cabía duda que había sido forzada. Sin duda, un soplete eléctrico había sido enchufado en la pared y el hilo seguía colgando

a la vista de todos.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. ¡Buen trabajo han hecho!

La gruesa puerta se acero colgaba de uno de sus enormes goznes. La fuerte cerradura estaba corroída como por la acción de un ácido.

—¿El bloque de teca —exclamó el conde Cardoti.

Doc Savage no contestó. EL interior de la caja fue su respuesta. Allí donde el bloque había estado, el estante de la caja estaba destrozado. La salida secreta detrás del acuario de peces tropicales estaba entreabierta.

—¡OH, me alegro mucho! —declaró Pat Savage.

Doc Savage acariciaba con los dedos la puerta destrozada de la caja.

—Estoy de acuerdo con usted, señorita Savage —declaró Cardoti —. ¡Temo mucho que el contenido de ese trozo de madera era la muerte!

—Puede ser —concluyó Doc—. En ese caso, es preciso que lo descubramos.

CAPÍTULO VII

TEMPLO DEL LARGO JUJU

NO había dado todavía la medianoche en Manhattan cuando Patricia Savage salió del cuartel general de Doc, acompañada del conde Cardoti. No habían descubierto nada, ni la menor huella del ladrón que se había llevado el bloque de madera.

Doc Savage y sus compañeros permanecieron con la caja forzada.

El hombre de bronce pareció perder todo interés en el robo. Tan pronto como Pat y el conde hubieron salido, se acercó a un tabique del laboratorio y tocó un conmutador.

—Tiene todo el aspecto de un buen trabajo —dijo Monk, riendo —. De todos modos ese conde no tendrá ya la preocupación de que el bloque va a explotar.

Cuando Doc tocó el conmutador, la caja entera se movió, se deslizó a un lado y desapareció en la pared. Inmediatamente surgió la enorme caja fuerte de Doc que estaba intacta.

—Temí que el conde estuviese innecesariamente preocupado — fue la única explicación que el hombre de bronce dio a sus amigos —. ¡Ahora hemos de ver si podemos comunicarnos con Renny!

*****

A unos cuantos miles de millas de distancia, las probabilidades de comunicación con Renny parecían escasas.

Aunque en Nueva York iba a tocar la medianoche, el alba despuntaba en las lejanas montañas Parri.

En la orilla de una densa selva virgen, seis personas estaban encadenadas a los suaves y lisos troncos de sendos árboles senecio.

Renny llevaba mayor número de cadenas que los demás. Estas iban reunidas a unas esposas y eran del tipo usado con los esclavos.

Iban cubiertas del espeso orín rojo de los trópicos. Muchas libras de estas cadenas estaban sujetas a los miembros de Renny.

Pero en su orín y aspereza estaba su debilidad. Lentamente y con infinitas precauciones, Renny usaba su fuerza contra las esposas, aunque tenía que andar con cuidado para evitar que el árbol senecio se doblara.

Al lado de Renny se hallaba Souho. El fornido cazador sufría la misma debilidad que todos los de su raza. La superstición le llenaba de temores y volvía agua su sangre. El lento canto y el tunk —tunk — tunk de los tambores primitivos se le antojaban más terribles a Souho que las garras y colmillos de las fieras más salvajes.

Mapanda, el mestizo árabe, venia después. No estaba asustado y sus oscuros ojos brillaban como el azabache. Era leal a Renny hasta la muerte.

Dos miserables indígenas, sin duda enemigos capturados, estaban sentados en medio de sus cadenas. Como los de su raza, estaban resignados a morir y tenían los ojos tan entornados que no se veía más que el blanco de los mismos.

El sexto prisionero era una mujer de edad. No llevaba cadenas, que su edad hacia innecesarias.

Todos los prisioneros comprendían que iban a morir. Para cuatro de ellos era el destino. El alba que despuntaba sobre el lago azul, rodeado de grullas níveas, seria la señal.

Renny no era fatalista. El fornido ingeniero no creía que había llegado su última hora y los rostros repulsivos y burlones de los pintados guerreros no le inspiraban terror.

No hacían sino enfurecerlo. Renny tenía que construir una vía férrea que deba unir un puerto del Océano Indico con un reino indígena del interior.

El agua hervía en el lago azul y varias cabezas provistas de una protuberancia salían a la superficie. Eran hipopótamos. Las grullas blancas volaban a su alrededor. El río vertía sus aguas en el lago cuyas aguas se movían apenas.

Sobre este cuadro, la luz del sol cayó tan inesperadamente como una explosión.

Los tamborea no cesaban de dejar oír su monótono tunk —tunk — tunk.

—¡Maldición! —gruñó Renny a Mapanda—. ¿Por qué no paran

esos idiotas de saltar de un lado a otro y ponen manos a la obra?

Unos cuarenta guerreros de extrañas pinturas seguían dando vueltas, blandiendo sus largas lanzas bajo la nariz de los prisioneros.

Renny tendió los formidables músculos de uno de sus brazos contra las anillas más débiles de sus oxidadas cadenas y oyó un tintineo metálico.

Detrás de los guerreros que danzaban se hallaba la figura grotesca del hombre cubierto por la piel de león. La cabeza de la fiera le cubría la cabeza.

Sus garras le bailaban en torno a las orejas. Renny sabia que se trataba de un blanco.

Era el Shimba y daba órdenes a los demás.

En medio del río se hallaba un islote y en éste estaba edificado un templete de maderas pulidas. Había allí algunas viejas indígenas, agrupadas alrededor de una hoguera sobre la cual cocinaban. Las viejas daban vueltas a la carne de cabra, a las habichuelas y a la sangre que estaban cociéndose.

Las mujeres gemían y cantaban, removiendo su extraño guisado con las manos huesudas y desnudas.

En el templete mismo se hallaba una figura espantosa. Renny sabia que se trataba de un sacerdote del Largo Juju. Se le conocía por ser un Papa Loi. En un rincón estaba sentada una sacerdotisa adornada de plumas de avestruz rojas. Era la Maman Loi.

El Papa Loi estaba envuelto en una larga prenda de algodón. Su cabeza fantástica estaba pintada para semejar un cráneo.

El agua fluya en torno al islote, hacía el lago azul de las grullas blancas.

Al ser de día, la hoguera alrededor la cual los guerreros habían bailado, se transformó en una nube de humo.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Eh, máscara de Carnaval! ¿Qué haremos ahora?

—Estaría indicado hablar con cordura bwana —murmuró Mapanda:— ¡Se preparan para la aparición del Largo Juju!

¡Tunk-tunk-tunk!

Los guerreros dejaron de pronto de saltar y bailar y hundieron sus largas lanzas en el suelo.

El Shimba penetró en el círculo haciendo un ancho ademán que

no llegó a impresionar a Renny.

—¡Déjate de payasadas, rostro extraño —rezongó—. Di lo que has de decir y acaba de una vez.

—¡Bwana Renwick tiene poca cordura —dijo el Shimba en inglés—. Los inglis no construirán nunca su ferrocarril. El rey Udu, de quien dependen, es viejo gordo y loco. Pronto morirá, pues ha rehusado la fe del Largo Juju.

—¡Qué Largo Juju ni qué niño muerto —exclamó Renny—. ¡No me asustas con tus patrañas! ¡Déjate de cuentos o tardarás en encontraste peor que el rey Udu!

—¡Las palabras ociosas no logran nada —siguió diciendo la voz del Shimba—, es preciso que abandones la idea de ese ferrocarril. Se te llevará junto con tu safari a Muoa Pemba... Esta es la última palabra del Shimba.

—¡Tonterías¿ —gritó Renny a voz de cuello:— Espera que Doc Savage...

El Shimba lo interrumpió con un gruñido airado.

—¡La magia barata del hombre de bronce no logrará nada contra el poder del Largo Juju! —gritó—. ¡Bwana Renwick ha de ver...!

El hombre blanco cubierto con la piel del león se volvió a los guerreros masai, lanzó una orden en su idioma.

—¡Bwana Renwick, van a hacer una prueba de la muerte del Largo Juju! —dijo Mapanda a media voz—. Los que no creen mueren en agua roja...

Renny estaba forcejeando con otros anillos de sus oxidadas cadenas. El fornido ingeniero estaba seguro de poderlas romper, si se le daba tiempo. En su mente calculaba ya cómo iniciaría el ataque contra los masai con sus tremendos puños.

Siguiendo la orden del Shimba los masai agarraron a los dos prisioneros de guerra y a la vieja. El sacerdote del Largo Juju meneó los dedos huesudos desde la del santuario. Hacia ademanes como invitando a los tres indígenas estremecidos de miedo a reunirse con el en la isla.

No se veía movimiento alguno en la superficie del río. Renny podía juzgar la escasa profundidad del agua. Daba la impresión que cualquiera podía fácilmente vadearla hasta la isla del Largo Juju.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡Ai —ee!

Era la vieja que gemía. La empujaban hacía el agua mientras las cadenas de los dos nativos caían de sus brazos y piernas.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡Ai —ee!— repitieron a la vez.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¿Porqué demonio están tan asustados?

—¡Han de caminar hasta el altar del Largo Juju, bwana Renwick! —dijo Mapanda—. Si cruzan el agua, el Largo Juju estará satisfecho y vivirán.

—Pues bien, ¿por qué gimen tanto? —aulló Renny—. ¡No hay cocodrilos por aquí y el agua no es profunda!

Las largas manos del Papa Loi hacían gestos.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! —gritó la vieja indígena. Fue la primera en entrar en el agua, bajo la amenaza de las lanzas de los masai, los hombres penetraron también en el río hasta la cintura. Los tres prisioneros gritaban a la vez, aunque a Renny se le escapaba el motivo.

Parecía como si en dos saltos una persona libre de sus movimientos fuera capaz de llegar a la isla. Aun la vieja debía ser capaz de vadear aquel río de tan escaso caudal.

Los guerreros masai corrían y saltaban lo largo de la orilla y sus rojas plumas de avestruz ondeaban a la brisa.

Los dos negros y la anciana se hallaban medio camino entre la orilla y la isla de Largo Juju. El agua les llegaba tan sólo a cintura.

Renny no distinguía movimiento alguno en el río, de manera que no podían ser cocodrilos. Un cocodrilo habría remontado el cuerpo a la superficie.

—¡Maldición! —exclamó el ingeniero—. ¡Miradlos!

Souho, el cazador negro, gimió y meneó la cabeza que tenía doblada sobre el pecho.

Mapanda silbó entre los blancos dientes.

Grito tras grito salió de la garganta de los dos hombres que vadeaban el río.

La vieja no gritó. Levantó, de pronto, los débiles brazos y su cuerpo endeble se hundió bajo la superficie tranquila de las aguas.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. ¿Qué es esto?

—Dicen que es el Largo Juju, bwana —murmuró Mapanda—. ¡El Largo Juju no está contento!

Los dos indígenas saltaron en el agua manoteando. Sobre ellos se

movían los brazos huesudos del Papa Loi. El sacerdote del Largo Juju cantaba, presa de un extraño júbilo.

Los indígenas estaban hundidos hasta la rodilla, pero no se veía todavía rastro alguno de cocodrilos. Alrededor del sitio donde la vieja había desaparecido y los indígenas se hundían, el agua se teñía de rojo.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! —gritaba el último prisionero.

El otro se había hundido ya del todo. Ahora, el tercero siguió la misma suerte y en sus facciones, Renny leyó horror y agonía como nunca había visto en rostro humano alguno.

Luego, el río se tranquilizó. Su superficie roja quedó inmóvil y sus aguas corrieron tranquilamente hacia el lago azul donde volaban las grullas blancas.

—¡Es una locura! —exclamó Renny—. ¡Allí dentro no hay nada!

Los masai danzaban locamente, inclinando los rostros espantosos sobre el río. De pronto, el Shimba dio una orden.

Antes de que Renny comprendiese lo que iban a hacer, dos enormes guerreros habían cogido a Mapanda y le quitaban las cadenas.

—¡Bwana Renwick! —gimió el leal muchacho mestizo.

—¡No lo toquéis! —gritó Renny—. ¡Sea lo que sea, si le ponéis allí dentro, os haré pedazos uno tras otro!

El Shimba dijo con mofa:

—¿Bwana Renwick abandonará quizá esa descabellada idea del ferrocarril?

—¡Ni ahora ni dentro de un millón de años! —gritó Renny—. ¡No os atreveríais!...

A su lado, Souho, el cazador nativo, gemía largamente:

—¡Alimentan al Largo Juju... alimentan al Largo Juju!...

Sin duda, Renny habría cambiado de posición si le hubiese sido posible.

Incluso habría renunciado de momento a sus planes de construcción del ferrocarril, para salvar a Mapanda, pero los masai estaban embriagados por la vista de la sangre.

Algunas cadenas colgaban todavía de los brazos esbeltos de Mapanda. El muchacho africano tenía las manos en alto al ser hundido en el río, pero no volvió a gritar.

Renny forcejó con las numerosas cadenas oxidadas que le ataban

al árbol senecio. El Shimba rió burlonamente.

—¡Bwana Renwick, el gran Renny, verá el poder del Largo Juju!

El Papa Loi cantaba. Mapanda estaba en el río hasta la cintura.

Fuese lo que fuese lo que había hundido a los tres prisioneros, su hambre voraz debió estar despierta.

Mapanda se hallaba todavía a pocos pies de la orilla y las lanzas de los masai seguían empujándole, hundiéndose cruelmente en su carne desnuda.

Un espasmo de dolor cruzó el rostro del muchacho africano.

Pero Mapanda era estoico. No gritó, se limitó a mirar tristemente a Renny.

Luego se hundió en el agua.

En torno a Mapanda hervía una charca de agua enrojecida y, sin embargo, no se veía ni cabeza ni dientes de bestia alguna.

Mapanda miraba a Renny y sus labios se movían. La parte de su cuerpo, oculta bajo el agua, parecía disolverse en carne roja.

En la base del liso tronco del senecio, hubo un terremoto. Ningún gorila macho rugió nunca con tal frenesí. El grueso árbol quedó casi arrancado de cuajo. Renny había desencadenado una fuerza de maniático.

Las anillas oxidadas y debilitadas de las cadenas empezaron a romperse. La cabeza y los hombros de Mapanda seguían sobre el agua. El Papa Loi gritaba algo en su canto con salvaje regocijo. Las viejas dejaron de remover la extraña mezcla que hervía en la vasija.

Antes de que el Shimba pudiera dar órdenes o sus guerreros masai usaran sus lanzas, el gigante Renny se transformó en una mezcla furiosa de cadenas y huesos. Sus puños macizos, enredados en gruesas anillas, descargaban golpes con fuerza de un martillo. Dos guerreros masai gritaron y cayeron en el río.

Renny había golpeado tan fuerte que dieron dos vueltas sobre sí, antes de hundirse en el agua sangrienta.

Renny alcanzó a Mapanda de un salto y le recogió entre sus brazos.

Los ojos de Mapanda se cerraban, pero volvió a abrirlos lentamente.

—Gracias, muchas, Bwana Renwick —murmuró débilmente.

El cuerpo del muchacho quedó inerte hecho una piltrafa. Renny comprendió que había muerto. Todas sus venas estaban vacías de

sangre.

El ingeniero empezó a vadear hacia la orilla. Un centenar de pequeñas heridas le torturaban las piernas y quizá únicamente sus altas botas que le subían hasta la rodilla y el grueso terciopelo de los pantalones le salvaron la vida, pero ni esto, podrían resistir completamente a las mordeduras de un millar de dientes, parecidos a agujas, que se hundían en su carne.

Renny les vio brillar en el agua sangrienta. ¡De manera que eso era el Largo Juju!… Millones de diminutos peces carnívoros, que no tendrían más de tres o cuatro pulgadas de largo.

A pesar de su tamaño, esos comedores de carne humana tropicales son los peores asesinos de las aguas de la selva virgen.

Con Mapanda entre los brazos, Renny alcanzó la orilla fangosa. El ingeniero vio que docenas de peces colgaban de sus piernas…

Renny volvió a rugir. El dolor de sus piernas no era nada, ni le importaba. Durante un momento, los asombrados guerreros masai permanecieron inmóviles. Allí donde los dos guerreros habían caído al río, se veían circunferencias de agua enrojecida.

—¡A el! —gritó el Shimba—. ¡Agarrad al inglis!

Media docena de guerreros intentó obedecer. Cargaron, blandiendo las lanzas.

—¡Malditos asesinos! —gritó Renny.

Las puntas de las lanzas convergían hacía el. Los ojos de los masai estaban orlados de rojo. Renny deseó vehemente llevar la cota de fina malla que Doc Savage había inventado para sus hombres pero no se la había puesto aquellos días. Comprendió que no lo quedaba más que una sola probabilidad de salvación.

Un pequeño objeto reposaba en el bolsillo practicado para su reloj en la parte superior de sus pantalones. Era algo que había pensado probar en una de las montañas solitarias que encontraría.

La hoja de una lanza rozó la cabeza de Renny. No le quedaba otra alternativa. Había hecho todo lo posible por salvar a Mapanda y el muchacho había muerto. De pronto, Renny levantó su cuerpo entre sus fuertes manos y lo proyectó contra las lanzas de los masai.

Derribó media docena de guerreros con el cuerpo sangriento.

Dejando caer el cadáver, Renny recogió una lanza caída al suelo; pero no cometió el error de hacer uso de su hoja.

El pesado mango de la larga lanza segó en círculo en torno al

enfurecido gigante. Los cráneos de los masai se rompieron… El Shimba bailaba muy excitado, azuzando a sus hombres.

Renny tropezó con algo que estaba en el suelo. Una lanza le hirió en un hombro, pero Renny se levantó empuñando un gran escudo de piel de buey seca.

Enfrente, se hallaba una docena de guerreros que se habían rehecho.

Debieron tener la impresión que un ejército cargaba sobre ellos. El escudo y la lanza se transformaron en terribles armas, una vez impulsados por los músculos de toro de Renny.

Renny había despejado la atmósfera en torno suyo; Pero los masai eran numerosos y se movían con cautela.

—¡Acercaos, asesinos! —aulló el enfurecido ingeniero.

Protegido por el escudo, dejó caer la lanza y buscó un objeto pequeño y redondo en el bolsillo de sus pantalones. Sacó algo que se parecía a una bala y estaba provisto a un lado de una palanquita.

CAPÍTULO VIII

CUANDO LA CAJA SE ABRIÓ

RENNY evaluó la posición de sus enemigos. Estos se hallaban entre el y la isla del Largo Juju.

El ingeniero se inclinó. Las lanzas se abatieron sobre el gran escudo de piel de buey y una punta perforó ésta, hiriendo a Renny en el brazo.

La mano derecha de Renny se levantó. Apretó la palanquita con el pulgar y tiró con fuerza la balita.

Renny se echó atrás. Vio al Shimba que corría locamente por la selva. El Shimba era más listo que sus guerreros. Los más estúpidos de los masai cargaban.

Renny se tiró al lado de Souho, el cazador indígena. EL gran escudo de piel de buey cubría sus cuerpos.

El aire pareció explotar. El objeto que Renny acababa de tirar no había alcanzado la isla del templete del Lago Juju, sino que explotó por el camino.

Era una granada diminuta que contenía uno de los más formidables explosivos del mundo.

El santuario del Largo Juju, con Papa Loi, las viejas y su guiso parecieron disolverse.

El río de lentas aguas salió de su cauce.

En una gran extensión, se transformó en una fina lluvia y con el agua caía un diluvio de millones de diminutos y voraces peces.

Los pequeños comedores de carne humana yacían con la boca abierta, chasqueando los dientes que semejaban agujas.

Los guerreros masai que no habían sido derribados, abriéndose el cráneo contra los árboles, se arrastraban lejos de allí.

El Shimba había desaparecido.

Renny desató las cadenas del gimiente Souho.

Souho miraba con incredulidad el sitio donde hasta entonces se había hallado la isla del Largo Juju.

—¡No ser posible, bwana Renwick! —murmuró.

El gigantesco cazador se arrodilló a los pies de Renny, colgándose de sus manos.

—¡Rayos y truenos! —gritó el ingeniero—. ¡Levántate, loco! ¡Debí usarlo anoche! ¡Habría salvado la vida del pobre Mapanda!

Renny abrió la marcha hacia su campamento. No se oía ni un rumor en la selva.

—Es preciso que desenterremos le emisora y que avisemos a Doc —anunció Renny.

*****

En aquel momento, Doc Savage, desde Manhattan, intentaba obtener por onda corta señal de vida de Renny. La señal llegó finalmente, aunque al principio era indistinta.

A unos cuantos miles de millas de distancia, Renny sudaba a mares para seguir transmitiendo. El aparato no estaba destruido. Un masai intentó hacerlo con una lanza y Renny tuvo que proceder a su reparación.

Ham, Monk y Johnny se apretujaban en torno al hombre de bronce, alegrándose todos de oír a Renny.

—Estoy libre… todos perdidos menos uno… el rey Udu necesita ayuda…

Renny hablaba tan concisamente como podía. Su emisora crujió y silbó al pasar algún barco en el mar. La voz de Renny volvió a dejarse oír.

—El rey Udu está moribundo… su hijo debe subir al trono… El Shimba amenaza con el Largo Juju… La Legión Norteña planea una conquista… las tribus siguen al Ídolo de Sangre… El rey Udu ha enviado…

La interferencia cubrió las palabras pronunciadas por la emisora. Doc Savage manipuló rápidamente los mandos para recoger más. Se oyó con dificultad lo que sigue:

—El rey Udu es un gran soberano… familia ocho generaciones… debe poseer Ídolo de Sangre… rey Udu muy enfermo… te necesita sobremanera, Doc…

Doc Savage interrumpió con un mensaje.

—El príncipe Zaban ha muerto asesinado. ¿Quién hereda la corona?

Renny contestó lentamente, con dificultad.

—No hay otro heredero… El príncipe debe ser enterrado en Kokoland… con ceremonia… costumbre tribu o familia deja de gobernar…

Renny intentó seguir transmitiendo, pero su dinamo falló. Doc Savage comprendió que Shimba era responsable de casi todos los disturbios. Doc sospechaba que hubiese un gran tesoro en las montañas de Kilimanjaro.

—No hay que perder tiempo —declaró Doc—. Renny está libre, pero ha perdido su safari. Le amenaza un grave peligro.

El hombre de bronce abrió su caja y sacó de la misma el bloque de madera de teca. El examen más minucioso no revelaba ni una rendija, ni la menor abertura.

Doc Savage asombró a sus compañeros. Había demostrado gran cautela al manipular el bloque de madera; pero en aquel momento usó el rayo con el cual se abría la cerradura electroscópica de la puerta que daba a la biblioteca.

Monk lanzó una exclamación aguda:

—¡Mira, Doc!

El hombre de bronce no corría riesgos innecesarios. Se volvió rápidamente a la mesa. La mitad superior del bloque de teca debió ser colocada por un ebanista extraordinariamente hábil. Allí donde no se había visto la menor raya de división en la madera, había ya un resquicio que iba ensanchándose.

—Atrás —dijo Doc—. ¡Puede todavía haber peligro!

Pero por su parte, el gigante de bronce lo ignoraba. Levantó el pesado bloque entre sus manos. Estaba ya abierto y los ojos dorados de Doc contemplaron el interior de la caja misteriosa.

No dijo palabra alguna, pero su trino fantástico resonó en la habitación. El hombre de bronce había visto algo asombroso.

Monk, Johnny y Ham se hallaban a su lado, pero antes de que cualquiera de los tres viera el interior de la caja, Doc cerró lentamente la tapa.

—Amigos, esta caja contiene una sola joya —declaró—. Únicamente una, pero que no tiene precio. No sospechaba que semejante joya existiera. Hemos de guardar esto con nuestras vidas.

La caja mística volvía a ser como antes un sólido bloque de madera.

—Vamos a prepararnos para reunirnos inmediatamente con Renny en Kokoland —dijo Doc:— El conde Cardoti nos acompañará y nos ayudará eficazmente.

—No sé si podemos fiarnos mucho del conde Cardoti —dijo Ham.

—Si —asintió Johnny—. En este momento está acompañando Pat a su casa.

*****

Pat Savage se hallaba en aquel momento con el conde Cardoti, en un taxi que se abría camino entre el denso tráfico de la Quinta Avenida. El conde Cardoti estaba nervioso.

—Esos conductores de taxi me tienen los nervios de punta —le dijo a Pat—. Prefiero habérmelas con las fieras más salvajes de la selva virgen.

Pat Savage rió francamente.

—Tal vez al llegar a ver Kokoland podré darle mi opinión sobre este punto.

—¿Le permitirá el señor Savage formar parte de esta expedición?

—No, si encuentra una excusa para retenerme en casa —dijo sonriendo Pat:— Doc parece opinar que me han de poner en una caja de cristal para exhibirme únicamente en las grandes ocasiones.

—Estoy de acuerdo con el —contestó galante el conde—. Pero me gustaría muchísimo que nos acompañase usted.

—Es posible que lo haga —musitó Pat—. Muchas cosas ocurren en poco tiempo. Creo que el entierro de su amigo, el príncipe Zaban será imponente, esta tarde.

—Si —dijo sombríamente el conde—. Es una desgracia, pero no veo la manera de devolver el príncipe Zaban a su tierra.

Pat Savage no parecía escucharle. El taxi evitaba otros vehículos, rozándoles. El chofer se deslizó bajo la nariz de un autobús de dos pisos.

Pat se inclinó adelante. Estaba mirando la ventanilla de atrás de un enorme sedan que se alejaba rápidamente.

—¡Señorita Savage, cuidado, la van a atropellar!

El conde Cardoti lanzó una exclamación de temor, pues Pat

Savage había abierto la puerta del taxi y se hallaba en la calle. Otro taxi y un camión de reparto de mercancías se precipitaban sobre ella.

—¡Señorita Savage! —volvió a gritar el conde Cardoti—.

Quiso seguirla; pero el camión le cerró el paso. Pat Savage le esquivó por unas pulgadas.

Un policía silbó estridentemente y varios conductores tocaron la bocina.

—¡La matarán! —gritó el conde Cardoti—. ¿No puede alcanzarla, hombre?

Hablaba al chofer de su propio taxi; pero éste hizo una mueca feroz y lanzó un juramento.

—Me la queréis pegar, ¿eh? —gruñó—. ¡Págueme la carrera antes de evaporarse!

El conde Cardoti se sacó rápidamente un billete del bolsillo y lo metió en la mano del chofer. Cuando se volvió, Pat Savage había desaparecido.

A media manzana de distancia, el conde Cardoti vio la puerta de un sedan negro que se abría y se cerraba.

*****

En la ventanilla de detrás del sedan, Pat Savage había visto el hermoso y oscuro rostro de la señorita Moncarid.

El rostro del sedan era africano y tenía la nariz aguileña. Miró rápidamente a Pat Savage y mantuvo el coche parado hasta que hubo subido.

Pat se fijó en que era el mismo chofer que había sido derribado en el ataque al almacén.

—¡OH, es usted, señorita Savage! —exclamó la señorita—. ¡Que no la vean conmigo! ¡Es muy peligroso! ¡Me voy y esperaba que usted no daría conmigo!

—Lo sospechaba —declaró Pat—. Pero creo que hemos de discutir muchas cosas.

La señorita Moncarid protestó, pero el sedan negro siguió adelante, llevándose a la prima de Doc.

*****

Pocos momentos después, el sedan de Doc se acercaba a un almacén de pobre aspecto, situado a orillas del río Hudson. El edificio

llevaba un rótulo que decía: —Hidalgo Trading Company.

El nombre Hidalgo tenía poca relación con el almacén. Era el nombre de una ciudad de Centro América. De aquella ciudad, del tesoro fabuloso de una nación de mayas sobrevivientes, provenían los millones que ayudaban a Doc Savage a llevar a cabo su propósito de enderezar entuertos y castigar criminales.

Muy poca gente habría sospechado que aquel almacén desvencijado contenía las naves aéreas y submarinas más modernas del mundo.

Unos aeroplanos de poderosos motores estaban preparados para salir de un instante a otro hacia cualquier punto del globo.

Pero el aparato que Doc había mandado preparar para el vuelo al Centro Este africano, era el más extraño de todos. No era dirigible ni aeroplano y semejaba una sola y enorme ala.

Al guiar el sedan por la estrecha calle que daba al almacén, Doc puso de pronto una mano sobre la muñeca de Johnny.

—¡Toma el volante! —dijo—. Enseguida me reúno con vosotros.

El sedan no aminoró la marcha. Doc dejó su puesto y Johnny deslizó su cuerpo largo y huesudo en el asiento del conductor. Doc saltó del coche y desapareció entre dos edificios.

—¿Qué ha sido? —preguntó Ham—. ¡No he visto nada!

Tampoco habían visto nada los otros dos compañeros de Doc. Únicamente el hombre de bronce había divisado un rostro oscuro en un estrecho portal.

El hombre de bronce dio la vuelta al edificio y se encontró con dos africanos.

Ninguno de los dos oyó movimiento alguno a su espalda. Ambos hombres seguían vigilando el sedan con atención. Johnny acababa de llevarlo a la entrada del viejo almacén y la puerta de éste se cerró.

De pronto, uno de los africanos se volvió y un cuchillo brilló en su mano.

—¡lfehe! ¡lfehe! —gritó el hombre.

Eso significaba: —¡Corre! ¡Corre!— Su compañero no vio más que un gigante de bronce que le caía encima.

El hombre armado con el cuchillo tiró el arma. La afilada hoja brilló al sol.

Su punta amenazaba directamente el cráneo de Doc, pues la

puntería del africano era excelente. La hoja dio en el blanco y partió netamente el cabello liso y bronceado de Doc.

Se oyó un ruido terrible, metálico, como si el pesado cuchillo hubiese partido el hueso del cráneo del hombre de bronce. Los africanos se inmovilizaron un momento. Sin duda, esperaban ver el hombre de bronce desplomarse al suelo del callejón.

Doc no pareció darse cuenta de nada y sus manos de bronce se movieron tan deprisa que el ojo no podía seguirlas. Unos gritos de temor supersticiosos brotaron de las gargantas de los africanos, pero quedaron ahogados como si les hubieran estrangulado.

Las manos de Doc les atenazaban el cuello y sus pulgares hallaron los grandes centros nerviosos del nacimiento de la espina dorsal. Los ojos de los dos hombres se desorbitaron. Debajo de sus sucios turbantes, las anillas de su horribles orejas se deslizaron y se balancearon. Los dos africanos se durmieron aparentemente.

Doc pareció quitarse la tapa de los sesos. Llevaba una peluca del mismo color que su cabello bronceado, cuyo fondo era metálico y a prueba de balas.

Doc Savage cargó uno de los africanos al hombro, dejando el otro donde yacía. Se hallaba en el interior del garaje cuatro minutos después de apearse del coche.

—¡Maldición! —exclamó Ham—. ¡Esos demonios vigilan todos nuestros pasos! ¡Doc, me parece que hay un hombre blanco detrás de todo eso!

—No me cabe duda —dijo Doc—. O, tal vez, una mente educada, bajo la apariencia de un indígena. No hemos puesto todavía en claro el papel que la señorita Moncarid desempeña en todo esto.

—¿Qué vas a hacer con este sujeto? —preguntó Monk.

—¡Se le puede inducir a hablar! —dijo Doc—. Veremos cuando vuelva en sí.

El gigante de bronce manipuló los centros nerviosos de la base del cráneo de africano de las horribles orejas, que no tardó en abrir lentamente los ojos. Su actitud daba a entender que creía estar muerto y haber entrado en la tierra de Largo Juju.

—¿Recibiste órdenes de tu bwana? —dijo Doc, hablando masai —. ¿No hace mucho que habló contigo?

Los ojos dorados de Doc eran hipnóticos pero no podían influir

miedo u obediencia en aquel salvaje masai, cuya expresión era de asombro. Se quedó mirando el cabello liso de Doc.

Allí era donde había visto que se hundía su pesado cuchillo. Le había parecido oír el ruido del hueso que se resquebraja y ahora no quedaba señal alguna de herida.

El masai miraba a Doc con expresión estúpida.

Doc se volvió con el fin de dirigir el cargamento de su extraña nave aérea.

—Vigila de cerca este individuo, Monk —dijo—. AL cabo de algún tiempo, tal vez podamos convencerle para que nos diga algo.

En la calle, cerca del almacén, se oyó un ruido de coche que se acercaba. El conde Cardoti saltó de un taxi y se acercó corriendo a la puerta del almacén.

AL llegar, dijo sin aliento.

—¡Vuelven a tener a la señorita Savage! ¡Y a la señorita Moncarid!

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. Sabía que no se podía fiar uno de usted. ¡Maldición! ¿Qué ha sucedido? Debiera hacerle pedazos…

—¿Quiere decir que Pat ha sido cogida nuevamente por los hombres que acompañan a la señorita Moncarid? —preguntó Doc.

—Sí… pero… no —dijo el conde Cardoti—. La señorita Savage parecía irse por su propia voluntad. Nos hallábamos en una aglomeración de tráfico. De pronto salió del taxi y corrió a un sedan. El chofer era africano. Estoy seguro de haber visto el rostro oscuro de una mujer detrás de la ventanilla del sedan. La señorita Savage subió. Antes de que pudiera alcanzarla, el coche se había alejado.

—Algunas veces Pat sigue sus propias ideas —dijo Doc—. Pero vamos a investigar sin perder tiempo. Tal vez este masai pueda decirnos algo.

El conde Cardoti había estado mirando al prisionero. Nadie notó el rápido ademán de una de las manos de este último. Se llevó los dedos a la boca y mascó algo.

Doc Savage agarró la muñeca del masai, que entornó los ojos. Su cabeza, enmarcada por las horribles orejas, cayó de lado.

Doc Savage le soltó la muñeca.

—Debí tener más cuidado —declaró—. Debió estar preparado

para esto y no quería hablar.

El masai no hablaría nunca. De sus dedos se escapó un objeto pequeño, del tamaño de una habichuela.

El conde Cardoti exclamó:

—Este sujeto ha tomado una habichuela esere. ¡Es un veneno mortal! Lo usan entre los indígenas para descubrir la inocencia o la culpabilidad de presuntos criminales. Y una vez que han mascado la habichuela esere, no logran nunca probar su inocencia.

Doc Savage se alejó. Penetró en el callejón donde había dejado sin sentido al otro hombre. El segundo masai había desaparecido.

CAPÍTULO IX

TRES COCHES FUNEBRES NEGROS

EL entierro del príncipe Zaban se efectuó la tarde del día que siguió al suicidio del masai en el cobertizo de Doc Savage. La comitiva se extendió por la calle, a varias manzanas de distancia. Manhattan se ocupa siempre de los héroes en vida de los miembros de la realeza muertos.

La muchedumbre usual se apretujaba delante de la capilla ardiente. Un cordón de policías mantenía un espacio libre, mientras el servicio fúnebre se celebraba en el interior de la capilla, una veintena de figuras solemnes y extrañas penetró en aquel claro.

Manhattan ha presenciado algunos ritos extraños pero nunca más fantástico que aquel. AL principio, la policía manifestaba intención de cerrar el paso a los africanos tan extrañamente ataviados o mejor dicho, desnudos.

Sin embargo, un viejo y cuerdo Inspector de policía dio una orden y se permitió los extraños llora —duelos llevar a cabo la extraña ceremonia.

Eran hombres altos, de piel relativamente clara, de nariz aguileña. Tenían pelo anudado de un modo fantástico y cuerpos musculosos untados de brillante aceite de nueces. Unas rayas de pintura roja y blanca adornaban sus caras y sus pechos.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡At —ee!— contaban los africanos. Formaban un circulo solemne y caminaban dando numerosas vueltas. En el centro del circulo depositaron un objeto raro… un inmenso escudo de piel de buey, de cuyos bordes sobresalían plumas de avestruz blancas.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡Ai —ee!— canturreaban los hombres.

Uno de ellos empezó a tamborilear lentamente con la palma de

la mano en una piel seca tendida sobre un leño vacío.

Seguían cantando. Un magnifico casco de plumas fue colocado al lado del escudo, así como algunas vasijas que contenían carne y habichuelas guisadas.

El circulo de hombres de nariz aguileña y continente impasible seguía dando vueltas, incansable.

—¡Que me aspen si había esperado ver uno de esos bailes voodoo salvajes en el corazón de Manhattan! —comentó Monk.

—Sin duda tienes la impresión de estar en casa —replicó Ham.

Los dos compañeros de Doc, acompañados de Johnny y del conde Cardoti, salían de la capilla fúnebre. El asesinado príncipe Zaban recibía todos los honores que Manhattan puede rendir a un príncipe africano de sangre real.

—Es posible que esta ceremonia signifique más que la de la capilla —dijo el conde—. Es el rito de la tribu de los kokoneses. Me sorprende ver que haya tantos súbditos del príncipe Zaban en Nueva York. Eso explica las dificultades que hemos sufrido.

Cuando el cortejo fúnebre se formó fuera, las ofrendas de los indígenas fueron colocadas en un automóvil especial, que siguió de cerca el coche fúnebre, a la cabeza de la procesión.

Doc Savage no asistía al entierro con sus hombres. El hombre de bronce desapareció a la hora de la ceremonia, declarando haber recibido un mensaje de Patricia Savage.

Johnny y Ham caminaron lentamente a lo largo de los coches dispuestos a seguir, formando procesión. Sufrieron una desilusión, pues habían esperado ver a Pat y a la señorita Moncarid.

La mayoría de los que formaban la comitiva eran personalidades de la ciudad, que rendían honores de la civilización al asesinado de sangre real.

Delante del automóvil fúnebre iba media docena de policías en motocicleta.

—Es posible que la ceremonia de la tribu de aquí tenga algún efecto sobre el reino de Kokoland —sugirió Ham.

—Temo que muy poco —declaró el conde Cardoti—. Aun en el caso de que el rey Udu tenga ahora un heredero, es una obligación que los demás miembros de la familia que reina, sean colocados en el lugar que en el transcurso de ocho generaciones ha sido la cripta fúnebre de la familia real. Es una tradición de la tribu que es

preciso respetar.

Debido a lo largo de la ceremonia, el sol se había puesto cuando el cortejo fúnebre del príncipe Zaban llegó cerca del cementerio.

Como tributo al príncipe Zaban, un dignatario de la ciudad acompañaba al conductor del coche fúnebre. Este era africano, de nariz aguileña.

De pronto las sirenas de la escolta a motocicleta resonaron. Un camión desembocaba en la avenida, saliendo de una calle lateral. Un policía del tráfico discutía con el conductor. Este levantaba la tapa del motor.

—Después de todo lo que ha ocurrido, no me gusta que estemos parados hasta que se haga de noche —dijo el funcionario sentado al lado del chofer africano—. Me pregunto si no podríamos dar la vuelta a la manzana.

El conductor africano hablaba un inglés excelente. Sin duda alguna, era empleado de la empresa de pompas fúnebres.

—Podríamos dar la vuelta a esta manzana —comentó—. Este camión puede entretenernos hasta muy tarde.

Uno de los policías a motocicleta hizo una seña con la cabeza y se puso al frente de la comitiva. Esta se detuvo medio minuto. Los motociclistas penetraron en la calle lateral. El camión permaneció parado.

En la estrecha y oscura calle lateral hubo un movimiento rápido de mototociclístas. Dos automóviles se habían cruzado en su camino.

—¡Eh! —gritó un motociclista—. ¡Por aquí no se pasa!

Otros miembros de la comitiva se acercaron. Luego de unas callejas adyacentes salieron otros dos vehículos. El funcionario sentado al lado del chofer lanzó una exclamación.

—¡Cielos! —dijo—. ¡Hay algo extraño en esto! ¡Mire! ¡Otros dos coches fúnebres!

Dos grandes y negros coches fúnebres entraron en la estrecha calle. Sus conductores les guiaron detrás del que acababa de pasar. Uno de los automóviles fúnebres patinó y estuvo a punto de chocar con el otro.

—¡Hiya! —gritó uno de los policías—. ¡Deteneos!

Pero el parachoques de uno de los automóviles le derribó. EL otro vehículo tumbó a otros dos motociclistas.

Los coches iban guiados por africanos. Uno de ellos se paró inmediatamente delante del coche fúnebre del príncipe Zaban. Su puerta trasera se abrió y una avalancha de hombres con turbantes salió a la calle.

—¡Santo cielo! —exclamó el funcionario sentado al lado del conductor—. ¿Quién ha oído hablar nunca de un ataque a un entierro?

Los motociclistas se habían apeado. Unos cuantos llevaban porras y empezaron romper cabezas. Las bocinas de los autos que seguían aumentaron la confusión general.

El funcionario público continuaba aullando. Recibió un sendo porrazo en la cabeza con una porra nudosa.

Otros africanos subían al volante del coche fúnebre legitimo. Intentaron aporrear al chofer de nariz aguileña, pero uno de los puños de éste descargó golpes a una velocidad inesperada, derribando a los hombres a la calle.

Dos hombres se encaramaron al techo del coche fúnebre. Uno de ellos blandía una corta lanza. El conductor de nariz guileña recibió un golpe en una oreja y cayó de lado. Un hombre tocado con turbante lo tiró del asiento.

—¡Apoderaos de todos esos coches fúnebres! —gritó uno de los policías—. ¡Ahora no logro distinguirlos unos de otros!

Dos coches pequeños y cerrados parecían llevar a dos de los coches fúnebres fuera de la calle. Los motociclistas luchaban valerosamente, pero ninguno de ellos había sacado la pistola, que no parecía adecuada, tratándose de disturbios nacidos durante el entierro de un príncipe.

El conde Cardoti, Ham, Monk y Johnny se acercaron rápidamente.

—¿Qué es esta manifestación tan fuera de lugar? —exclamó el primero—. ¡Seria de suponer que un entierro es cosa de respeto!

Uno de los motociclistas, que tenía un ojo negro, se acercó. Un coche fúnebre que llevaba un ataúd en el interior, se hallaba a la cabeza del entierro.

Un alto africano estaba sentado al volante.

—No sé qué ha pasado —dijo el policía—. Esos individuos han saltado de dos coches y han escapado. Creo que todo va bien…

—Todo va muy mal —dijo secamente Ham, el abogado—. ¡Este

coche fúnebre no es el nuestro! ¿Quiere algo peor?

—No se equivoca usted —asintió el conde Cardoti—. Este no es el coche fúnebre de antes. ¡Han robado el cadáver del príncipe Zaban!

Los periodistas y fotógrafos se añadían a la confusión, sacando fotografías para revistas cinematográficas. Un príncipe africano había sido asesinado en el corazón de la mayor ciudad del mundo, y ahora resultaba que el cadáver del príncipe era robado durante el entierro.

—Quisiera que el señor Savage estuviese aquí —declaró el conde Cardoti—. No comprendo su ausencia. Tenía el propósito de asistir al entierro.

Doc no se había presentado en el entierro del príncipe.

—Creo que a Doc le interesa descubrir el paradero de esa señorita Moncarid —declaró Johnny—. Dijo que nos reuniéramos con El en el cobertizo del Hudson. Creo que procede a cargar el Ala, con el fin de salir para África esta noche.

—¡En nombre del cielo! —insistió el conde Cardoti—. No puedo salir de Nueva York hasta que hayamos recobrado el cadáver de mi pobre amigo.

*****

Empezaba a llover... Eso era una hora después del incidente ocurrido durante el entierro. En una carretera sin empedrar, la mezcla de arcilla y arena resultaba resbaladiza. Un coche fúnebre corría por dicha carretera.

El conductor era uno de los hombres que llevaban turbante. El vehículo llegó a un espacio abierto donde hubo un jardín público en otros tiempos.

Una luz se encendió y se apagó.

El coche fúnebre entró en el campo vacío y se detuvo en el centro. El cuerpo inerte del chofer de nariz aguileña fue empujado y cayó al suelo.

Los hombres con turbante hablaron en voz baja. Otros dos coches se hallaban parados en la orilla del campo.

Media docena de hombres sacaron el ataúd, que estaba cubierto de flores y coronas.

Los africanos colocaron el ataúd en el suelo. Algunos estaban por cargarlo en otro coche sin llevar a cabo nuevas investigaciones;

pero la idea de un alto africano prevaleció. Varias manos destornillaron la tapa.

Unos gritos de rabia y sorpresa subieron al aire. Rodearon el ataúd y trajeron luces.

El ataúd estaba vacío. Sin duda, el coche fúnebre que había estado a la cabeza del entierro del príncipe Zaban no había contenido cuerpo alguno.

Dos hombres con turbante blandieron sus cortas lanzas. Lanzando gritos de furor y de muerte, corrieron al sitio donde habían tirado al suelo al chofer del coche fúnebre. Unos gritos salvajes resonaron en la noche.

El conductor había desaparecido, pero se veían las huellas de su cuerpo en el fango. Otras huellas indicaban que había vuelto en si y escapado. Ya no se hallaba en el campo.

—¡lfehe! ¡Ifehe! —gritó una voz.

Abandonando el coche fúnebre en medio del campo, los africanos huyeron.

No fue sino al día siguiente que el extraño espectáculo de un coche fúnebre en un campo abierto llamó la atención.

El ataúd vacío se hallaba tal como lo habían abierto. De momento, la policía creyó que habían robado el cadáver del príncipe Zaban. También creyó que el chofer de la nariz aguileña había sido asesinado.

CAPÍTULO X

UN BUQUE EXTRAÑO

LA policía estaba desconcertada. La desaparición del cadáver del príncipe Zaban se añadió a la lista de los crímenes misteriosos de Nueva York que no tuvieron solución. Asimismo, se perdió el rastro de los africanos tocados con turbantes.

Nada dirigió las pesquisas hacia el Río Hudson. La policía habría quedado asombrada si hubiese visto la tripulación de un buque, que tenía todo el aspecto de ser una embarcación excelente y veloz.

Aparte de sus líneas, que hablaban de velocidad, el buque no tenía nada de particular. Poco después que se hubo descubierto el vacío ataúd del príncipe Zaban, se desarrolló una gran actividad a bordo del mismo.

Otras dos embarcaciones se deslizaron sobre el agua oscura, separándose del buque. Eran largas, bajas y estrechas.

Cada una de esas embarcaciones iba impulsada por veinte remos, diez a cada lado, que subían y bajaban rítmicamente.

Aunque eran hombres los que las impulsaban, las largas canoas corrían con la velocidad de canoas automóviles.

Además de los veinte remeros de las canoas, había otros diez hombres a bordo de cada una. Esos hombres estaban armados con largas lanzas y algunos ocupantes de las canoas llevaban cortas cerbatanas. Otros llevaban arcos y flechas. Todas esas armas estaban adornadas con plumas de avestruz teñidas de un rojo brillante.

Las canoas se parecían a esas embarcaciones de guerra, que sé deslizan por la niebla malsana de algún río de la selva virgen, en África, para llevar salvajes al ataque de algún pueblo indígena.

La diferencia consistía en que esas embarcaciones primitivas,

con sus armas primitivas también, iban a atacar a uno de los aparatos más modernos del mundo.

—¡Thuck, thuck, thuck!

Corrían hacia el almacén que contenía la flota aérea científica de Doc Savage. Y en aquel preciso momento, el más moderno de todos esos aparatos se disponía a emprender el vuelo.

Doc Savage llegó al cobertizo del río Hudson antes que sus compañeros y el conde Cardoti. Al dejar su coche, un gran cambio ocurrió en su aspecto.

El hombre de bronce se sacó unas delgadas cápsulas de cristal de las pupilas de los ojos. Esas cápsulas representaban los ojos oscuros y opacos de un africano. Se tocó la nariz aguileña y unos trozos de dura cera le quedaron en la mano.

Cuando hubo limpiado el color oscuro de su piel bronceada, Doc no era ya el mismo hombre que había guiado el coche fúnebre del príncipe Zaban durante el entierro. Permaneció en el campo bastante tiempo para presenciar la estupefacción y la reacción de los masai portadores de turbantes, cuando descubrieron el ataúd vacío.

El hombre de bronce se preguntó cuál sería el resultado de su informe, al cerebro que mandaba aquella expedición a Nueva York. ¿Se trataría acaso del lejano Shimba, de quien Renny hablaba, o de la señorita Moncarid?

Doc Savage estaba convencido que ambos conocerían eventualmente el ardid empleado, para evitar que el cadáver príncipe cayera en poder de sus enemigos.

Doc se abstuvo de hacer comentarios cuando el conde y sus tres compañeros llegaron y hablaron del robo del coche fúnebre.

—Partimos antes de una hora —declaró Doc—. Creo que estamos suficientemente equipados para medirnos con las fuerzas que amenazan al país de los kokoneses.

Los ojos negros y brillantes de conde Cardoti contemplaban el extraño aparato que reposaba en el cobertizo y que semejaba una sola ala gigante, sin helices.

Doc Savage había bautizado el nuevo aparato el Ala. No era aeroplano y poco dirigible, pero lo sostenía un nuevo tipo de gas incombustible, dotado de enorme poder.

No se veía helice alguna en el ala. En el interior había una serie

de tubos que parecían ser conductores de aire.

Esos tubos evitaban el peligro de que las helices se rompiesen al desarrollar una gran velocidad.

—¿Cuál es la fuerza motriz? —preguntó el conde Cardoti mientras los mozos del cobertizo cargaban numerosas cajas a bordo.

El erudito Johnny citó explicaciones. El nuevo aparato de Doc era impulsado por un nuevo explosivo compuesto, inventado por el propio Doc.

Se trataba de una mezcla de aceite y aire, bajo alta presión, encerrada en una cámara de combustión de la proa del aparato.

Allí el aceite y el aire se mezclaban y ardían con calor intenso. El resultado, como en el cilindro de un motor Diesel, producía una mezcla de nitrógeno del aire con vapor de agua y dióxido de carbono a alta temperatura. El gas al dilatarse y el calor, creaban una presión enorme, que impulsaba gases por los tubos a velocidad fantástica.

El Ala era capaz de desarrollar una velocidad superior a quinientas millas por hora.

Los ayudantes de Doc lo tenían todo preparado. El Ala se dividía en numerosos compartimientos. Sus mandos se parecían mucho a los de un dirigible, con la diferencia que el Ala podía subir, girar y bajar con la misma facilidad que el aeroplano más rápido.

—¡Por fin tienes la alegría de saber que vuelves a casa! —dijo sarcásticamente Ham, hablando a Monk—. ¡Eh, por el amor de Dios! ¡Creí que habías dejado ese marrano atrás esta vez!

—Habeas Corpus te añoraría si no oyese tus charlatanerías! —declaró Monk.

El lujoso gallinero cromado que subía a bordo del Ala contenía el marrano australiano de largas orejas y no menos largas patas.

—¡No creo que debería salir de Nueva York sin saber lo que ha sido del cadáver del príncipe Zaban! —dijo el conde Cardoti.

—No se puede hacer nada en la actualidad respecto al cadáver del príncipe —declaró Doc Savage—. Si la policía lo descubre, he dispuesto que el comisario se ponga inmediatamente en contacto por radio con nuestro aparato. Después de todo, es posible que la policía no lo encuentre nunca.

Las anchas puertas del cobertizo se abrieron. Doc había colocado al conde y a sus compañeros de manera que pudiesen observar el

rápido ascenso que iban a efectuar sobre Manhattan.

El hombre de bronce encendió unos poderosos faros que iluminaron la superficie del Hudson. El interior del cobertizo estaba ya brillantemente iluminado.

¡Thuck! ¡Thuck! ¡Thuck! ¡Tliuck!

El ruido sordo de los remos de las canoas de guerra, se dejó oír al mismo tiempo que las primitivas embarcaciones se ponían directamente bajo el rayo luminoso.

Las canoas eran fantásticas. Extrañas figuras de dioses nativos y fetiches estaban esculpidas en sus altas proas. Los cascos estaban hechos de troncos de árboles vacíos, a los que estaban reunidas las bordas con fibra de corteza de árbol.

Los guerreros eran altos y estaban semidesnudos. En torno a los brazos y al cuello llevaban varias libras de brillante alambre de cobre. Las anillas de sus orejas colgaban horriblemente.

Una figura de pie en la proa de una de las canoas estaba gritando. El Ala no se había puesto todavía en movimiento. Los mozos del cobertizo se disponían a soltar las amarras. Las explosiones de los tubos dispararían el aparato sobre el río con la velocidad de un cohete.

Doc Savage escogía cuidadosamente un camino en el cual no habría ninguna embarcación.

La mano de la extraña figura de pie en la proa de la primera canoa proyectó una larga lanza, adornada con plumas de avestruz. El arma era ridícula y su hoja cayó a distancia del brillante casco de metal del Ala.

La lanza indígena, tirada contra la nave aérea más moderna del mundo, no era más risible que la gigantesca figura que se destacaba en la proa y cuyo tocado de plumas blancas de avestruz denotaban la jerarquía.

El hombre era un jefe, una especie de Rey. Esto significa que era de sangre real.

Las horrorosas anillas de las orejas del jefe bailaron. En una de ellas llevaba una lata de leche condensada vacía. La otra no contenía otra cosa que una lata de conserva de buey.

Doc Savage dio una señal. Sus hombres Se colgaron de las amarras. La primera canoa se hallaba al paso del Ala. El hombre de bronce habría podido aniquilar a los indígenas, pero no era su deseo

hacerlo.

¡Tchuck! ¡Tchuekl ¡Tchuck! ¡Tchuck!

Los remos de la segunda canoa batían el agua rítmicamente. La palma de una mano azotaba un tambor de piel.

Unas llamas parecidas a pequeñas antorchas bailaron sobre el agua. Los guerreros de la segunda canoa lanzaron gritos agudos. Unos arcos de fuego subieron al aire. Estaban disparando flechas incendiarias contra la entrada del viejo cobertizo.

Algunas flechas se clavaron en la madera y originaron conatos de incendio.

Los mozos del cobertizo corrieron con extinguidores de fuego en la mano, pero las flechas menudeaban y el incendio se propagaba.

El conde Cardoti gritó:

—¡Van a quemarnos vivos antes de que podamos salir de aquí!

Guiada por su jefe, el de las latas de conserva en las orejas, la tripulación de una de las canoas saltaba al muelle, frente al cobertizo. Monk y Johnny abandonaron el Ala, blandiendo en la mano sus pistolas cargadas con balas misericordiosas.

Los disparos de las pistolas sonaron como el zumbido de un enjambre de abejas enfurecidas. Los asombrados guerreros soltaron sus lanzas y cayeron.

Instantáneamente les sobrecogió el efecto del anestésico que contenían las balas misericordiosas. El jefe volvió a saltar en la canoa.

Una de las latas le cayó de la oreja. Este incidente pareció desanimarle. Las pistolas misericordiosas habían barrido virtualmente a loa guerreros de una de las canoas. El jefe probó entonces que descendía de una familia real.

Como Ras de los salvajes masai, había caído en desgracia. En el lenguaje de América, no podía "tomarlo". Lanzando un grito salvaje, el jefe se tiró adelante. Llevaba la corta lanza en la mano y se hundió la ancha y aguda hoja en el pecho.

Con un grito ahogado y final, el jefe se encomendó al Largo Juju o a cualquier otro dios que se le ocurrió entonces. Su cuerpo cayó al agua y se hundió.

La fachada del cobertizo ardía. Los guerreros seguían lanzando flechas incendiarias, alternándolas con cortos dardos que lanzaban con sus cerbatanas. Un dardo alcanzó a uno de los mozos del

cobertizo. El hombre se desplomó instantáneamente.

—¡Subid a bordo! —ordenó Doc—. ¡Esto tiene que acabar o se perderán nuevas vidas!

Una cortina de fuego se elevaba entro el Ala y el río. Los masai remaron hacia atrás y su canoa se apartó de la hoguera.

Una vez Monk y Johnny a bordo, Doc Savage tocó una palanca. El resultado fue como un aullido de un fuerte vendaval en una cueva.

El Ala se puso en movimiento con una brusquedad que hizo perder el equilibrio al conde Cardoti. Los hombres de Doc estaban preparados para recibir el choque. El Ala se destacó inmediatamente del agua.

Si las toneladas del formidable aparato hubiesen tocado la canoa, nada habría quedado de ella sino pequeñas astillas y carne desmenuzada.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. ¡El cobertizo está hecho una nube de humo! ¡Todos los aeroplanos y submarinos van a arder!

Doc Savage no contestó.

Las mágicas manos bronceadas manipularon los múltiples mandos del Ala.

Este se remontó repentinamente como un águila se deja caer de un alto pico.

Algo particular ocurrió a la canoa restante de los masai.

—¡Bondad divina! —exclamó Ham—. He oído hablar de buques que saltaban fuera del agua, pero de nada parecido a esto.

El hombre de bronce había dirigido deliberadamente la terrible descarga de los gases motrices del aparato sobre la canoa, al pasar el Ala sobre ella. La esculpida canoa de los masai subió al aire como una pluma cogida en un ciclón.

Al dar la vuelta en el aire, los desnudes guerreros cayeron grotescamente en las fangosas aguas del Hudson.

—¡El cobertizo es una masa de humo! —chilló nuevamente Monk.

Los hombres de Doc guardaron silencio, Doc debió mantener el Ala sobre uno de los extremos. Quedó suspendido como un halcón a punto de caer sobre un pez o una rata de campo. En sus tubos rugía la tremenda explosión de los gases de impulsión.

Habiendo ya ardido en la cámara de combustión, la terrible explosión era como un poderoso pistón de aire comprimido. Tuvo el mismo efecto que el escape libre de un aeroplano en el suelo, con la diferencia que su poder era tal vez mil veces mayor.

La fachada del cobertizo se derrumbó y algunos de los hombres que estaban en el interior fueron derribados, pero el incendio quedó apagado instantáneamente, como si un gigante hubiese apagado una cerilla.

El cobertizo iba alejándose. El río Hudson, la canoa de los masai y las luces de las demás embarcaciones quedaron muy atrás.

—¡Brrr! —exclamó el conde Cardoti—. ¡No habría creído nunca que semejante poder existiera! ¡Es como viajar sobre una hoja de árbol en una tempestad!

Bajo la tremenda impulsión de su propio poder, el Ala era muy parecida a una hoja al viento, con la diferencia de que Doc Savage tenía el completo dominio de su dirección. Subieron a diez mil pies, como un cohete. Luego, el hombre de bronce tocó una palanca estabilizadora.

El Ala pasó sobre los brillantes rascacielos de Manhattan a una velocidad tremenda.

Doc Savage se dirigía algo al sur de la ruta usualmente seguida por aeroplanos y buques. Cuando fuese necesario, enviaría el Ala a una altitud donde no sufriría los efectos de las corrientes de aire existentes más cerca de la superficie de la tierra.

—Estaremos en África antes del alba —anunció.

—Es incomprensible —declaró el conde Cardoti—. ¡Con un aparato como éste, los buques de persecución y los más poderosos aeroplanos de bombardeo del mundo serían inofensivos!

El hombre de bronce no contestó. Era posible que abrigase el mismo pensamiento.

—Oye, mico, tú pones ese maldito marrano allí donde pertenece o va a saltar sin paracaídas! —exclamó secamente Ham—. ¡He aguantado mucho, pero esto colma la medida!

Monk lanzó un aullido de alegría. Habeas Corpus había descubierto una nueva manera de atormentar al irascible Ham. Mientras el abogado contemplaba las luces de Manhattan que iban desapareciendo, la rugosa lengua del puerco no había dejado de hacer de las suyas.

Se había entretenido sacando el betún de los pulidos zapatos de Ham.

Habeas Corpus descubrió los dientes y meneó las orejas. Reía mirando a Ham, tanto como un puerco puede reír.

El conde Cardoti estaba mirando el montón de cajas y bultos del equipo amontonado en el Ala.

—¡Si el rey Udu contase con usted como ejército, no necesitaría más fuerzas para conservar su reino! —anunció—. Es lástima que esté destinado a desaparecer pronto, dejándolo en manos de tribus salvajes, llenas de supersticiones e ignorancia.

Doc Savage se abstuvo de contestar. Si hubiese hablado, habría dicho que el conde Cardoti había expresado lo que estaba precisamente pensando entonces. Si el rey Udu daba pruebas de ser un buen monarca, tal como Renny le había descrito, podía contar con Doc Savage y sus hombres.

EL interior del Ala no se movía más que si sus ocupantes se hubiesen hallado en tierra firme. Unos aparatos estabilizadores especiales solucionaban el problema de las "bolsas de aire". A la velocidad terrorífica de cerca de quinientas millas por hora, esas bolsas dejaban casi de existir.

—Tengo la impresión de que dejamos varios asuntos enredados —comentó el conde Cardoti—. Me doy cuenta de la importancia de llegar a Kokoland, pero me hubiera gustado saber algo más de lo ocurrido al cadáver del príncipe Zaban, y estoy muy preocupado por su prima, la señorita Savage. Hay algo siniestro en esa señorita Moncarid.

—Pat sabe cuidar de si —contestó Doc—. Respecto al cuerpo del príncipe Zaban, usted mismo dijo que era extremadamente importante que el príncipe fuera enterrado en su propio país, con los ritos usuales de la tribu. De tal modo, si se encontrase un sucesor del rey Udu, éste podría reinar en su lugar...

—Aunque así fuera —dijo el conde Cardoti,— olvida usted el Ídolo de Sangre que desapareció. Empiezo a creer que, sea cual fuese ese fetiche, el rey Udu seria destronado sin su posesión.

—No he olvidado el Ídolo de Sangre —dijo Doc—. Y me preocupa la suerte de mi prima. Sin embargo, algunas extrañas circunstancias pueden haber surgido...

Monk los interrumpió con un grito que surgió del fondo del

camarote del Ala. Había allí unas cuantas puertas que daban a compartimientos laterales.

Monk había abierto una de ellas.

—¡Maldición, Doc! —exclamó con su voz infantil—. ¡No doy crédito a mis ojos! ¡Doc! ¡Ham! ¡Johnny!

El feo químico hacía unas extrañas muecas y su frente huidiza le prestaba el aspecto de un chimpancé. Los saltos que daba de un lado a otro contribuían a causar esa impresión.

—¿Qué puede ser? —exclamó el conde Cardoti.

—¡El príncipe! ¡El príncipe! —chilló Monk—. Doc, ¿estabas enterado de esto?

—La idea de volver al lado de sus próximos parientes en las selvas africanas le ha vuelto loco —murmuró Ham—. Doc, tal vez tengamos que atarlo.

*****

El Ala se hallaba entonces a una altitud de cerca de cinco millas.

El aire del camarote lo suplían tanques de oxígeno y nitrógeno. Doc se apartó lentamente de los estabilizadores.

El conde Cardoti siguió a los demás hasta la puertecita del compartimiento.

Un ataúd adornado estaba colocado derecho en cl interior. El cristal de la parte superior estaba abierto y por la abertura se veían las facciones serenas del príncipe Zaban.

El conde Cardoti tartamudeó de puro asombro.

—¡Señor Savage ¿Có… cómo es posible que esto haya ocurrido? ¡Se apoderaron del cadáver!… Señor Savage… no podía usted saber…

—Yo lo sabía —dijo tranquilamente Doc—. No se apoderaron nunca del cuerpo que no estaba presente en el momento del entierro. Decidí que era preferible que el príncipe Zaban fuera devuelto a Kokoland.

El conde Cardoti miró a Doc, aturdido, fuera de si. No tardó en serenarse.

—¡Es usted muy cuerdo, señor Savage! —dijo—. Nadie más que usted habría pensado en semejante ardid. Sin embargo, no podía prever que el entierro sería atacado. Usted se hallaba ausente aquel día.

—Yo conducía el coche fúnebre —declaró Doc—. Adiviné que

había quien no deseaba que el cadáver del príncipe Zaban regresase a su propia tierra.

El conde estuvo a punto de contestar, pero, de pronto, lanzó un grito ahogado.

—Miren, Miren! ¡El ataúd se mueve, está cayendo!

El ataúd caía lentamente hacia delante, como si una fuerza oculta le empujara. Monk y Johnny entraron rápidamente en el compartimiento y cogieron la caja al vuelo antes de que cayera del todo.

—¡Es Pat! —exclamó Monk—. ¡Pat en persona, escondida ahí detrás!

—En efecto, se trata de una asombrosa materialización —declaró Johnny, el aficionado a las palabras largas—. Si no es una alucinación, Pat tiene compañía.

—¡OH, Doc, por favor, no pongas esa cara! —dijo la voz de Pat Savage—. Sabía que no nos dejarías acompañarte y no me quedado otro remedio...

Los ojos negros del conde Cardoti brillaban al mirar a la hermosa Pat. Esta asombrosa muchacha tenía la cara arrebolada y sucia. Pat se ensuciaba la cara con una facilidad notable, pero esto no hacia sino realzar su hermosura.

—Te dije que te quedaras en casa —dijo Doc—. No sólo has embarcado como polizón, sino que te has tomado la libertad de traer otros...

—¡Sí... sí... es cierto, pero cuando la sepas todo, no podrás hacer otra cosa que llevarme contigo! —tartamudeó Pat.

—Todavía puedo volver atrás —dijo Doc—. No nos haría perder mucho tiempo.

—¡No... no, por favor, Doc! —exclamó Pat—. Aquí está la señorita Moncarid y aquí...

—El hombre que se hacía llamar William Smith, del número cuatro mil cuatrocientos cuatro de Crooked Road, en Long Island —interrumpió el hombre de bronce—. Pero conocido del rey Udu de Kokoland por el nombre de Logo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

El africano de la nariz aguileña que estaba al lado de la hermosa señorita Moncarid, era el chofer que llevaba su automóvil cuando Pat Savage subió al mismo.

CAPÍTULO XI

TIERRA DEL LARGO JUJU

EL Ala de Doc Savage volaba sobre una gran montaña al despuntar el alba.

El gran Monte Kibo estaba envuelto en niebla. Su masa de 19.100 pies ofrecía uno de los extraños espectáculos de los trópicos ecuatoriales.

El pico más alto de la cordillera de las montañas de Kilimanjaro se elevaba de la masa calurosa y húmeda de la selva virgen, concluyendo entre frías y desnudas rocas cubiertas de nieve.

En las llanuras de la altura jugueteaban los kudu o grandes antílopes, pero a sus pies, los grandes animales de la Edad Terciaria seguían viviendo y los hipopótamos abundaban en los lagos y pantanos.

En las llanuras del Kilimanjaro, el simba, es decir, el león, lanzaba por la noche su terrible rugido. Los leopardos, las hienas, los cheetah y chacales merodeaban en los rincones más apartados.

—¡Es el mundo tal como era antes del diluvio y de Noé! —anunció Johnny, el erudito—. No parece sino que el diluvio no llegó a la altura del Kilimanjaro.

Ala, el maravilloso aparato de Doc Savage, se hallaba a la sazón volando sobre un paisaje notable. Allí, en 1848, el primer misionero alemán descubrió un brillante cono de nieve que surgía casi del Ecuador y quedó pasmado ante la inesperada belleza y majestad de los picos.

El mundo tuvo entonces un libro, escrito para probar que no podía haber nieve tan cerca del Ecuador y se dijo que el misionero había sufrido un espejismo. Su historia no fue creída hasta 1860.

El Ala podía inmovilizarse casi en el aire, gracias a su gas

especial. Debajo, se extendía el panorama del Centro Este de África. La espesa selva Taveta se extendía al sur, hacia las montañas Parri, ribeteadas de azul.

—En la región comprendida entre esas montañas, viven las cuarenta y tantas tribus de Kokoland, país del rey Udu, la monarquía más rica de África —dijo el conde Cardoti—. Y a este país tenernos, gracias al señor Savage, el honor de devolver a mi pobre amigo, el príncipe Zaban, para que sea enterrado con los honores de la tribu.

El conde Cardoti hablaba a Pat Savage. Los ojos negros de la señorita Moncarid le observaban con atención. La señorita Moncarid hablaba poco.

Había confesado a Pat Savage ser masai de nacimiento. Una familia española había sido atraída por su belleza. La señorita Moncarid fue llevada a España y, más tarde, educada en los Estados Unidos. Las marcas que llevaba tatuadas de la tribu de los masai fueron eliminadas por un cirujano hábil.

El conde Cardoti aceptó con calma la sorpresa de acompañar el cadáver del príncipe Zaban a Kokoland.

Doc Savage estaba observando el país.

—¡Maldición! —se quejó Monk—. ¡Renny está allí abajo en ese laberinto!

Doc intentó ponerse en comunicación con Renny por radio, sin tener resultado alguno.

—He oído hablar del Shimba —dijo el conde a Doc Savage—. Únicamente los guerreros que han matado con la lanza leones comedores de hombres, pueden llevar la cabeza y las crines de un león. Barrunto que el individuo a quien llaman el Shimba es algún renegado blanco.

Doc Savage no dio a conocer su opinión.

Las primeras horas fueron invertidas explorando la región montañosa.

Doc Savage empleaba para ello unos poderosos anteojos provistos de cuatro lentes dimensiónales. Estos no se limitaban a acercar los objetos distantes, sino que los hacían resaltar y los reproducían con todos sus detalles. Un trino bajo y fantástico brotó de los labios del hombre de bronce.

Mucho más bajo de la línea de nieve, al sur del Kilimanjaro,

había algo que tenía el aspecto de más nieve todavía. Allí, al norte de la cordillera, separado de Kokoland por un desfiladero estrecho y de altas paredes, acampaba un pequeño ejército. La mancha blanca resultó ser una doble hilera de aeroplanos de guerra, posados en tierra.

Detrás de los aeroplanos blancos se veían tiendas de un color pardo.

—Creo que llegamos a tiempo —dijo Doc Savage:— La Legión del Norte, de la que Renny me ha hablado, parece a punto de dar un golpe. Además de cincuenta y pico de aeroplanos de bombardeo, el ejército cuenta con cuatro tanques. Sus actividades tienden a indicar que preparan un movimiento hacia el Sur, pasando por el desfiladero.

El conde Cardoti lanzó exclamaciones de admiración ante la claridad con que los fuertes anteojos revelaban el ejército acampado.

—¡Da impresión de que esos hombres nos miran!

—De ser así, no seguiríamos aquí mucho tiempo —contestó Ham —. Doc, ¿qué piensas hacer?

—Ante todo, dejar al príncipe Zaban en lugar seguro —dijo Doc —. Veremos luego si podemos encontrar al safari de Renny.

Abajo, a gran distancia, los invasores ignoraban que les espiaban. El campamento se componía de soldados de Infantería y tanques. Era lo único que podía emplearse en las selvas vírgenes de Kokoland.

Doc Savage descubrió que el ejército se componía de representantes de varios países.

—En lugar del rey Udu, desplazaría mis fuerzas tan estratégicamente que no podrían ser alcanzadas por las bombas —comentó el astuto Johnny.

—¡Buena idea y digna de recordarse! —dijo el conde—. Pero temo que el rey Udu sea demasiado viejo y enfermo para tomar parte activa en la dirección de los ejércitos.

EL sol ecuatorial pintaba la selva de vivos colores. El Ala se hallaba nuevamente fuera del campo visual de los invasores acampados.

—Cuando sea de noche, bajaremos y observaremos si hay planes de movimiento inmediato —declaró Doc.

El Ala había bajado una vez y el cadáver del príncipe estaba oculto en un nicho en medio de las montañas. Durante la tarde, el aparato de radio de Doc recogió débilmente mensajes incomprensibles que, sin duda, provenían de tentativas de Renny para ponerse al habla. Era posible que el ingeniero hubiese descubierto al Ala con ayuda de sus poderosos anteojos.

El sol estaba ya en el horizonte. Aunque el Ala estaba a millas de altitud, el sol se puso tan repentinamente como si una mano gigante hubiese tirado de el.

—¡OH! —exclamó Pat Savage—. ¡No he visto nunca nada tan hermoso!

—¡O más peligroso! —dijo Ham—. Si alguno de esos pilotos de ahí abajo tienen la ocurrencia de patrullar el cielo, podemos encontrarnos en un apuro.

—No es probable que nos descubran —dijo el conde Cardoti.

El Ala se confundía con la claridad lechosa del cielo tropical, esmaltado de estrellas. Su mayor ventaja consistía en su carencia de vibraciones, en sus motores completamente silenciosos. Al volar a velocidad regular, los tubos no dejaban oír más que un silbido que escapaba a los detectores de otros aeroplanos.

—El rey Udu tiene dos aeroplanos, anticuadas reliquias del período de la Gran Guerra —dijo el conde Cardoti a Doc Savage—. Si se elevan alguna vez, serán más peligrosos para sus propios pilotos que para el enemigo.

—¡Quisiera que pudiéramos ponernos en contacto con Renny! —se quejó Ham por vigésima vez—. Temo que le haya ocurrido algo.

—Si es cierto que ha encontrado al Shimba, como usted opina, se halla en grave peligro —declaró el conde Cardoti—. El Shimba, según me han dicho, no perdona nunca a los que le han vencido una vez.

—¡Maldición! —exclamó Monk—. ¡El Shimba puede ser todo lo que quiera, pero si alguna vez se pone delante de los puños de Renny, necesitará algo más que sus trucos de charlatán!

Rodeado por la oscuridad tropical, Doc Savage decidió informarse mejor respecto al número de blancos enemigos y a sus posibles movimientos. El Ala inició un descenso a una velocidad que cortó materialmente la respiración al conde Cardoti y a la señorita Moncarid.

—Si quieren ponerse estos lentes especiales, podrán observar lo que nuestros amigos hacen allí abajo —dijo Doc Savage.

La señorita Moncarid lanzó exclamaciones de sorpresa y admiración.

Era la primera vez que se ponía lentes de esa clase y descubría, con ayuda de los mismos, un extraño espectáculo.

El escuadrón de aeroplanos quedaba claramente revelado como en el cinematógrafo. Igual sucedía con los tanques. Entre ellos, varios centenares de hombres se movían, preparándose, sin duda, para emprender alguna acción.

—¡Esto nos da idea de su posición y del camino que seguirán para penetrar en el desfiladero! —declaró Doc.

De pronto, el detector de vibraciones del cuadro de mando del Ala empezó a oscilar, dejando oír un sordo zumbido.

—¡Un aeroplano en el aire! —exclamó Ham—. ¡Es preciso estar con ojo avizor!

—Ninguno de esos aeroplanos ha dejado el suelo —dijo Doc—. Hay once cazas y dieciocho bombarderos.

El conde Cardoti miró al hombre de bronce con asombro. Habría sentido mayor asombro aún al saber, que en aquel momento, Doc Savage habría podido decir exactamente cuántos hombres había en el campamento y con cuánto equipo y municiones contaban.

Había descubierto también que parte de los invasores eran asiáticos.

Doc Savage dejó caer el Ala a corta altitud. En aquel lugar estaban rodeados de altas montañas. Sobre sus cabezas se oía el ruido del motor de un aeroplano.

Doc miró con los lentes de observación y no tardó en divisar un aparato solitario, de tipo anticuado. En el aparato de televisión se veían las alas del aparato que temblaban como si estuvieran a punto de despedazarse.

—¡Es uno de los viejos Spads del rey Udu! —exclamó el conde Cardoti.

Del suelo brotó un rayo detector de aeroplanos, envolviendo al Ala y al Spad en su intensa iluminación. Inmediatamente, los hombres salieron de las tiendas como las hormigas negras salen de un hormiguero en las montañas.

Unos cañones de cobre brillaron súbitamente.

Hicieron fuego y unos proyectiles incendiarios detectores trazaron una línea hacia el Ala y el viejo Spad. Doc Savage habría podido remontar el Ala a una altitud que le hubiera puesto a salvo en pocos segundos, pero en vez de eso, el hombre de bronce lo hizo bajar todavía más.

—¡Han medido nuestra altitud! —gritó Ham—. Oigo los impactos de los proyectiles contra el tren de aterrizaje.

Las balas de los antiaéreos martillaban la parte inferior del Ala. Algunas balas detectoras alcanzaron el Spad y destrozaron con una fuerte explosión la punta de una de sus alas.

El poderoso rayo que subía de tierra descubrió el rostro asustado de un piloto indígena.

—¿No seria preferible alejarnos de aquí antes de que nos toquen en algún punto vital? —preguntó el conde Cardoti.

—¡Maldición! —exclamó Monk—. ¡Eso es lo que el Alta no tiene! Carece en absoluto de puntos vitales.

—No pueden causarnos daño alguno —declaró Doc—. Ahora usan su rayo magnético. Esto será fatal para el aeroplano del rey Udu.

El rayo magnético era invisible. El Ala permaneció insensible a sus efectos.

No teniendo motores que funcionaban por ignición eléctrica, sus tubos de combustión siguieron silbando lentamente.

—¡Rayos y centellas! —gritó Monk—. ¡Mira, Doc! ¡El piloto nativo está fuera de combate!

El rayo magnético, invisible, tenía la virtud de paralizar el motor de los aeroplanos. El motor del viejo Spad se paró en seco y el aparato cayó en barrena.

—¡OH, va a estrellarse! —gritó Pat Savage—. ¡Doc, el aeroplano va a chocar con nosotros!

Las manos de Doc habían realizado la maniobra necesaria para colocar la ancha superficie del Ala directamente debajo del Spad que caía.

—¡Mantén el control en la misma posición, Johnny! —ordenó Doc.

El hombre de bronce se había levantado de su asiento y se encaramaba por una escotilla automática practicada en el techo del Ala. Daba la impresión de que iba a ser aplastado por la caída del

Spad que caía en barrena.

—Se matará y entonces, ¿qué haremos? —exclamó la señorita Moncarid.

La extraña mujer no había hablado apenas y ahora le preocupaba la suerte del hombre de bronce. Criada como lo había sido entre los masai supersticiosos, la señorita consideraba, sin duda, a Doc Savage como a una especie de dios.

Es posible que también el aterrorizado piloto del aeroplano del rey Udu creyera habérselas con algún desconocido rey del aire. Es probable que estaba resignado a su caída mortal. El viejo Spad no contenía paracaídas. Las balas explosivas le habían roto las alas y el rayo magnético paró su motor.

El piloto caía a tierra y de pronto debió antojársele que un enorme monstruo de brillantes alas se interponía en su camino… Y en la espalda del monstruo surgió una figura extraordinaria.

Al desplomarse el Spad en la superficie metálica del Ala, Doc Savage pegó un brinco. Una mano de hierro agarró la orilla del asiento del Spad y la otra mano cogió el aturdido piloto por el hombro.

La fuerza del hombre de bronce era tremenda y sus dedos se hundieron en la carne hasta que la sangre brotó lentamente.

Desde tierra, los asombrados pilotos y soldados presenciaron un episodio increíble. El viejo Spad les cayó encima y su peso reventó una de las tiendas oscuras.

No había piloto en el Spad. Nadie había caído a la luz del rayo que seguía alumbrando al extraño Ala.

El Ala seguía tan bajo que las ametralladoras le enfocaban. La lluvia de balas no le causó daño alguno. El misterioso aparato dio media vuelta, cual perezoso y desdeñoso monstruo. Se remontó silbando poderosamente.

Doc se deslizó al interior del camarote del Ala por la escotilla. El piloto indígena cayó de rodillas. Se sacó un cuchillo del ancho cinturón de piel que le rodeaba el cuerpo y lentamente colocó la hoja sobre su estómago.

Una mano cogió la muñeca de Doc Savage y los labios del hombre se posaron sobre el dorso de la mano del Hombre de bronce. William Smith, alias Logo, se colocó al lado del hombre y le habló rápidamente en kokonés.

—¡Dice que será siempre el esclavo del dios, bwana Savage —explicó.

—Dígale que se levante y le explique qué tal es la situación en el reino del rey Udu —dijo Doc—. Pregúntele si un hombre blanco, alto y fuerte, de rostro triste, se ha visto por ahí.

En su mezcla de kokonés e inglés, el piloto explicó que la situación era critica en el pueblo del rey Udu. El pueblo creía al rey moribundo. Las tribus habían oído decir que el príncipe Zaban había sido asesinado y que unos espíritus malignos se habían llevado su cuerpo sin dejar que se procediera a su entierro. Los sacerdotes del Largo Juju habían afianzado su posición.

Ningún hombre blanco que respondiere a la descripción de Renny, había aparecido. Los guerreros masai y swahill, guiados por el místico Shimba, robaban mujeres y niños. Habían rodeado virtualmente el palacio del rey Udu.

CAPÍTULO XII

EL REY ESTÁ MORIBUNDO

—EN resumidas cuentas —declaró Ham—, ...no parece sino que nuestro rey Udu está en un mal paso. ¿Qué crees habrá sido de Renny, Doc?

—Es posible que esté en algún sitio, sano y salvo, observando lo que pasa hasta nuestra llegada —declaró Doc—. Nos trasladaremos enseguida al pueblo del rey.

A pesar de su tremendo poder, unos vientos contrarios que soplaban alrededor de la cordillera de Kilimanjaro, dificultaron el vuelo del Ala.

Después del desastre del Spad, la Legión del Norte envió al aire media docena de cazas.

El conde Cardoti se pulía las uñas nerviosamente. Una docena de rayos de luz brillaban alrededor del Ala. Aparentemente, Doc Savage no hacía esfuerzo alguno por evitar los perseguidores.

—Tal vez seria indicado que aprendiesen a ser prudentes —dijo, sencillamente Doc.

Los ojos de la señorita Moncarid brillaron.

—No he visto nunca a nadie tan maravilloso como su primo —dijo a Pat Savage—. ¡Es lo que se llama invencible!

Pat asintió, sonriente.

Las balas de las ametralladoras empezaban en aquel momento a azotar el Ala, como la lluvia en un techo de cinc. Tenían aproximadamente el mismo efecto sobre su composición, a prueba, de balas. El cristal especial de sus ventanas de observación no se rajó siquiera.

Su nueva composición había sido perfeccionada por Monk, bajo la dirección de Doc. El antiguo cristal irrompible que bajo los

impactos quedaba hecho una telaraña, resultaba molesto.

Doc llevaba el Ala hacia el Sur. Había descubierto un rincón en la cordillera donde ningún aeroplano de construcción ordinaria podía aterrizar. Tampoco le permitiría acercarse mucho la furiosa corriente de aire de la montaña. Allí era donde habían ocultado el ataúd que contenía el cadáver del príncipe Zaban.

Los cazas revoloteaban en torno al Ala como avispas enfurecidas.

Un bombardero hizo una tentativa de ataque al misterioso aparato. El hombre de bronce lo evitó fácilmente. Cada vez qué el bombardero se ponía en posición favorable para dejar caer sus explosivos, el Ala se deslizaba a un lado.

De pronto, Monk lanzó un grito:

—¡Doc! ¡Ese loco está intentando un suicidio!

El químico había estado observando de cerca los cazas. Uno de los pilotos se había separado de los demás, remontándose bastante. De pronto, bajó a toda velocidad y el chirrido de su helice se oyó por encima del sordo silbido del Ala.

Suicidio era la palabra adecuada. El piloto bien podía obedecer a una orden mortal.

Doc Savage manipuló los mandos. El Ala se ladeó, empezó a dar tumbos.

Pero el caza era una flecha y su proa plateada dio de lleno en el fuerte metal del Ala.

—¡Caemos! —gritó el conde Cardoti—. ¡Sabía que nos alcanzarían si continuábamos dando vueltas por aquí!

El gas, al escapar, silbaba con fuerza.

Afortunadamente, el Ala estaba construido precisamente para esos casos. El gas que le sostenía iba contenido en compartimientos separados.

Sobre el techo del Ala, un piloto muerto y mutilado yacía en su aeroplano destrozado. Las llamas brotaban del interior de éste y el cuerpo del hombre quedaba rápidamente transformado en cenizas. El caza estaba fuertemente empotrado en el metal del Ala; pero afortunadamente no estaba en contacto con una parte de este último que pudiese incendiarse.

Únicamente, el peso y la posición del aparato siniestrado dificultaban la maniobra.

El Ala se hundía hacia los picos agudos de la cordillera que se extendía al este y al oeste del monte Kibo.

—Es preferible que todos os pongáis paracaídas —aconsejó Doc Savage—. La montaña ofrece numerosos peligros.

Aunque lisiado, el Ala seguía describiendo círculos, gracias a la habilidad maravillosa de Doc Savage, cuyas manos bronceadas manipulaban sin cesar los mandos. Buscó una posición más segura en el cielo, cerca de la cordillera.

Los demás cazas iban retirándose.

Debieron abrigar la creencia que habían presenciado el final de su terrible y misterioso visitante, pues las llamas del caza destruido, empotrado en el techo de metal, causaban la impresión que el Ala entero ardía.

El monte Kibo y sus ventarrones era un lugar demasiado peligroso para aventurarse por el mismo sin necesidad. El Ala desapareció en la niebla nocturna.

Sin duda, loa cazas creyeron que la muerte de su compañero no había sido inútil. Nadie sobreviviría a la caída del gran aparato.

Pero Doc posó el Ala a tierra sin incidentes.

—Era un hombre valiente y merecía mejor suerte —dijo Doc Savage, rindiendo tributo al piloto abrasado con su aeroplano sobre el Ala. Apartaron los restos del aeroplano y Monk y Ham se dedicaron a reparar el compartimiento de gas averiado.

—¡Tú, Johnny, quédate con el Ala! —dijo Doc Savage—. Vamos al pueblo del rey Udu.

El hombre de bronce había traído nuevamente el Ala al barranco en el cual estaba oculto el cadáver del príncipe Zaban.

Ahora una extraña comitiva se disponía a trasladarse al palacio del soberano de Kokoland. El ataúd extranjero reposaba sobre los fuertes hombros de Logo y del piloto salvado por Doc Savage, de una muerte segura.

El descenso a los espesos matorrales de la selva fue penoso. La señorita Moncarid y Pat Savage iban envueltas en gruesos abrigos. A aquella altura de catorce mil pies, se veían todavía extensiones de nieve sucia.

Algo en la noche empezó a silbar alegremente. El sonido era tan parecido a un silbido humano, que Monk se paró en seco.

—No es ninguno de tus parientes —hizo observar

sarcásticamente Ham—. Los primeros micos se hallan mucho más abajo. Si no me equivoco se trata de un pájaro…

Pat Savage lanzó un grito ahogado al surgir varios animales entre sus pies.

Se parecían mucho a unas ardillas, pero tenían una cola de rata.

—Estos son Rodentis Macquenionsis —dijo Ham. Y añadió rápidamente:— Johnny me ha dicho su nombre. Para ti son ratas de campo, Monk.

*****

A unos cuantos miles de pies más abajo, un calor húmedo reemplazó el aire fresco de la cima. Logo y el otro indígena que llevaban el ataúd del príncipe Zaban, sudaban copiosamente.

El ataúd moderno, uno de los más lujosos que la ciudad de Nueva York produce, ofrecía un contraste notable con la selva humeante. Los micos colobus estaban sumamente excitados.

Habeas Corpus seguía de cerca a su dueño, Monk.

—Me parece que has llegado a un sitio donde tendrás que renunciar a ese marrano —dijo Ham con una mueca irónica—. Tienes que decidirte de una vez.

—¡Maldición! —gritó Monk—. ¿Qué quieres decir con esto, picapleitos?

—Creo que algunos de tus primos, los monos, tienen ganas dc venir a saludarte —siguió diciendo Ham—. Pero no acaban de decidir qué clase de insecto es esto que te está siguiendo.

El conde Cardoti estaba silencioso hacia un momento y caminaba al lado de Pat Savage. De pronto, dirigió la palabra a Doc.

—Lo había casi olvidado —dijo—. ¿Ha sabido usted algo de ese bloque de madera de teca que le robaron en Nueva York?

—No he sabido nada más después que me lo robaron —contestó Doc.

Ham, el abogado, sonrió para sus adentros. El hombre de bronce decía la verdad. Era lo que Ham llamaría una evasiva legal.

Ham también se sentía intrigado. Los acontecimientos se sucedieron tan rápidamente, que la extraña caja quedó, por decirlo así, olvidada; pero Doc Savage dijo que contenía una joya sin precio.

Ham sabía que la mente extraordinaria del hombre de bronce no descuidaba nunca el detalle más trivial. La caja de teca no era nada

vulgar, y Doc les había dicho que era preciso defender su contenido con sus vidas.

La caja no había sido robada y la volvieron a colocar en la caja fuerte antes del entierro del príncipe. Ham no recordaba, sin embargo, que la hubiesen embarcado a bordo del Ala. Y aunque así fuera, ¿dónde estaba a la sazón la misteriosa caja con una tapa que sólo se abría bajo el rayo electroscópico?

Ham y Monk, a pesar de estar acostumbrados al modo de ser de Doc Savage, se habrían asombrado al saber que la caja de madera de teca estaba muy cerca de ellos. En el preciso momento en que el conde Cardoti preguntaba si se sabia algo respecto al robo del paquete, el bloque de teca se acercaba al palacio del rey Udu.

Algo más que los micos colobus, y la charla de las ardillas hyrax, que ticnen una voz de niño, rompía el silencio de selva, mientras el pequeño safari de Doc Savage se internaba en el corazón de Kokoland.

¡Tunk —tunk— tunk —tunk!

De colina en colina se transmitían mensaje a intervalos.

Eran los tambores de piel tendida sobre leños huecos y Doc Savage sabia que los ojos de la selva estaban fijos en la pequeña procesión. El conde Cardoti miró en torno suyo con aprensión.

—El rey Udu conoce ya nuestra llegada —declaró—. Pero temo que otros individuos menos amigos nuestros, hayan sido informados.

¡Tunk —tunk— tunk —tunk!

El rápido telégrafo de la maleza contaba su historia.

Doc Savage esperaba que ninguno de los espías de las tribus salvajes se había hallado bastante alto en el monte Kibi para presenciar el aterrizaje del Ala. EL ser descubierto, representaría un peligro para Johnny que estaba de guardia, solo en el aparato.

Sin embargo, el hombre de bronce no estaba muy preocupado por el geólogo.

Ala estaba equipado con varios aparatos automáticos y al acercarse el enemigo, lanzaría un gas narcótico. Otras extrañas manifestaciones asustarían, sin duda, a los supersticiosos indígenas.

No se movía ni una hoja en la selva. Esta, carecía en absoluto de vida animal. No se oía, el chapoteo de las bestias en las charcas de agua y esto en si era de mal agüero.

Los tambores seguían resonando.

Doc Savage se daba cuenta que el cadáver del príncipe Zaban tenía algo más que su pequeña escolta. Unas figuras semidesnudas iban y venían entre la maleza, Unos ojos rodeados de círculos blancos estaban, sin duda, fijos en el lujoso ataúd de reluciente felpa y plata llevado en hombros de Logo y del otro indígena.

—Esto no me gusta —se quejó Monk—. Está, todo demasiado quieto. Quisiera que parasen de tocar esos tambores.

Doc Savage sospechaba que serian victimas de un ataque, pero una circunstancia le tranquilizaba.

Los indígenas debían creer que el ataúd contenía ricos presentes o tal vez el gran fetiche para el nuevo dios que había llegado a la tierra del Kilimanjaro.

Precisamente entonces, el rey Udu recibía la noticia de la llegada de los visitantes y de su extraña carga.

El rey Udu estaba reclinado en una cama hecha de pieles de leopardo. Su pelo, largo y blanco, le caía por los macizos hombros, ahora doblados por la edad.

El rey Udu era extraordinariamente grueso y aunque se acercaba a los cien años, no adelgazaba. Sus ojos cansados miraban por encima de una triple barbilla.

El rey Udu movió débilmente las manos regordetas. En casi todos los dedos llevaba joyas de muchos colores, pero groseramente cortadas.

Tenía la nariz aguileña como sus súbditos.

—¿Qué ves, Selan? —preguntó con voz débil.

Delante del monarca estaba acurrucada una figura grotesca, extremadamente delgada, que llevaba las insignias de curandero de la tribu. Tenía la cabeza afeitada y pulida.

—¡Son seres temibles! —comenzó a decir el curandero—. Llevan una caja brillante que tal vez significa destrucción..

Se echaba de ver que Selan no aprobaba la llegada de lo que podía resultar una nueva forma de magia. Tenía la cara alargada y arrugadísima y al contestar al rey, fruncía las cejas en una mueca feroz.

Aunque Doc Savage y sus compañeros seguían a alguna distancia en la selva, el pueblo del rey Udu señalaba su llegada. Más de veinte tribus estaban representadas en el espeso polvo de las calles.

El rey Udu mandó una movilización de su pueblo entero, intentando reducir una sublevación de los salvajes masai y de los swahili. La amenaza del misterioso Shimba causó terror entre las tribus más pacíficas.

Se tenía noticia de la presencia de un ejército europeo y asiático al otro lado de las montañas y varios mensajeros fueron delegados al rey Udu en demanda de instrucciones.

—La caja de la radio me ha informado que debemos estar preparados para una acción inmediata —dijo el rey Udu—. ¿Qué aconseja Selan? ¿Enviamos un ejército al encuentro de esos demonios extranjeros? ¿O nos ocultamos en las montañas?

Al mover la mano la chamma del rey Udu cubrió su figura reclinada con sus pliegues. Aquella prenda de algodón blanca como la nieve, era una señal abisinia de realeza. Únicamente los archivos de la familia del rey Udu, sabían como esta prenda distinguida penetró en el país del Kilimanjaro, más de ocho generaciones antes.

—¡Gran rey! —canturreó Selan el curandero, moviendo su cráneo desnudo y arrugando la cara—. Los invasores son demasiado fuertes. Ha llegado quizá la hora de doblegarse. El sucesor al trono no vive ya. El Ídolo de Sangre ha desaparecido... Muchos hombres del pueblo tienen miedo...

Una veintena de cantores semidesnudos estaba sentada en una hilera, en lo que el rey Udu llamaba evidentemente su sala del trono, aunque su trono consistía en las pieles sobre las cuales se veía obligado a tenderse.

De las paredes colgaban extraños trofeos cráneos de enemigos derribados por las tribus de cazadores de cabeza del rey Udu. Eran varios centenares y la costumbre requería que siguiesen cerca del trono, si Udu quería continuar dominando a sus sanguinarios jefes.

Detrás de la cama de pieles se veía algo que hacia un fuerte contraste. No se trataba de nada menos que de uno de los más modernos aparatos de radio. A su lado de veía un rectángulo de cristal.

El sabio y moderno rey Udu intentó, incluso, instalar la televisión aunque ésta no había funcionado nunca como era debido.

En un extremo de la vasta sala se veía un aeroplano, un viejo Spad, reliquia de la Gran Guerra..., pero era un aeroplano y se le conservaba limpio y reluciente.

Fuera, en las calles del pueblo, los indígenas de varias tribus cantaban, bailaban o estaban reunidos en grupos quietos. Una tribu daba vueltas en circulo, blandiendo las lanzas al compás de la monótona música de los tom —toms.

Los kokoneses, es decir, el propio pueblo del rey Udu, hacia ejercicios militares con unos cuantos fusiles.

En el interior del palacio del rey Udu, había seis ancianos, reunidos en una hilera y sentados detrás de Selan, su consejero jefe. Los seis consejeros del rey estaban preocupados y su aspecto era solemne.

Los indígenas habían suspendido el ejercicio en las calles. Miraban con temor supersticioso la figura del bronceado Doc Savage que penetraba en el pueblo. Logo andaba con la cabeza erguida, ayudando a llevar el ataúd de plata y negro. Logo lanzó unas palabras rápidas en kokonés.

—¡El príncipe Zaban ha vuelto!

Muchos indígenas cayeron al suelo. Los soldados doblaron la cabeza y murmuraron por lo bajo. Unos tambores empezaron a tocar lentamente.

Las voces de los guerreros y de las mujeres gemían siguiendo la cadencia de los tambores.

—¡Bonita recepción para el príncipe! —comentó Monk.

—¡Es preferible no hacer observaciones de momento! —aconsejó Doc Savage.

—¡Eso quiere decir que cierres el pico, mico! —rezongó Ham—. Este marrano tuyo debe valer algo...

Ham se refería al grotesco Habeas Corpus, al puerco de largas orejas que seguía a Monk, pisándole los talones.

Muchos indígenas de nariz aplastada, los de las montañas más remotas, parecían impresionados por el puerco australiano.

El hombre de bronce se había fijado en el fantástico pueblo. Toda clase de viviendas se observaban en las distintas calles, desde las cabañas de hierba a los edificios de bambúes, cubiertos de paja.

Notó los establecimientos separados, destinados a las mujeres y dijo a Patricia Savage:

—No entra en las costumbres del pueblo que las mujeres se presenten delante del rey. Acompañarás a la señorita Moncarid a la gran cabaña de las mujeres. Allí estarás en lugar seguro.

—¡Me gusta esto! —exclamó Pat Savage, lanzando una mirada a la larga cabaña en la cual gran número de mujeres charloteaban—. ¿Crees acaso que he venido hasta África para que me encierren con un puñado de hembras?

—¡Si no recuerdo mal, no te han hecho una invitación especial para venir aquí! —dijo tranquilamente Doc—. Cuidaremos de que disfrutes del máximo de comodidades modernas que sea posible procurarte.

—¡Es la costumbre del pueblo, señorita Savage! —intercaló la señorita Moncarid—. Únicamente cuando se nos invita a hacerlo, podemos aparecer delante del rey o de los jefes de sangre real.

—¡Esto es cierto, señorita Savage! —insistió el conde Cardoti—. Tan pronto como hayamos concluido la entrevista necesaria con el rey Udu, le buscaré vivienda separada.

Monk se quedó boquiabierto al ver fantástico decorado de la sala del trono del rey Udu. Los cantores, Selan, el curandero y los seis consejeros de solemne continente miraban con temor y respeto la figura gigantesca de Doc Savage.

La piel bronceada y clara, los ojos dorados y el cabello liso, del mismo color, de Doc, debió hacerle aparecer a sus ojos como una especie de dios. El mismo Selan que en parte mandaba al rey en virtud de su posición, murmuró humildemente delante del gigante de bronce.

El rey Udu habló en inglés correctísimo:

—Aprecio su venida, Doc Savage, el poderoso —dijo—. Bwana Renwick me habló de sus milagros. El traerme a mi hijo único me hace su deudor. Ante todo, hace usted posible la ceremonia necesaria, pero temo que haya llegado tarde. No me quedan muchos días de vida, Doc Savage.

—Los días de un hombre no acaba hasta que todos estén contados —dijo Doc—. Haremos lo que podamos. El conde Cardoti nos ha hablado largamente de sus problemas.

El rey Udu intentó incorporarse, pero volvió a caer, jadeando.

—Estoy agradecido al conde Cardoti por su amistad con mi pobre hijo —dijo cuando pudo hablar—. Mi pueblo esperaba que Zaban regresaría con la sabiduría de los blancos para gobernarles. El conde Cardoti ha realizado bien su labor…

—Aconsejo —dijo Doc— …que durante los días en los que el

cuerpo del príncipe quede expuesto al público, no se abra el ataúd más que para verle la cara.

—Así se ordenará —asintió el rey Udu.

El viejo rey llamó a Doc Savage y al conde Cardoti al lado de su cama.

—La influencia de los brujos y del Largo Juju ha sido funesta para mi pueblo —murmuró—. Desde el asesinato de mi hijo, no queda nadie para seguir adelante. Mis numerosos jefes lo saben... ¡Oíd!

En las calles polvorientas del pueblo fantástico, el ruido de los tambores aumentó de pronto. El tunk —tunk— tunk —tunk era ya un hondo zumbido y el canto de los lloraduelos iba subiendo de tono.

Las voces de las tribus gritaban, amenazadores en muchos dialectos. En un extremo del pueblo, una danza de guerra se había iniciado.

—¡No tienen la menor probabilidad de éxito contra esos invasores armados cuando pasen por el desfiladero! —declaró el rey Udu—. Mis masai y swahili han desertado pasándose al Largo Juju. Los demonios extranjeros no esperan más que mi muerte para esclavizar a mi pueblo. Los masai y los swahili se unirán a ellos para traer nuevamente las prácticas de esclavitud, caza de cabezas, canibalismo... ¡Incluso el tesoro!... el gran...

El viejo rey se dejó caer hacia atrás, luchando por respirar.

Algunos cantores empezaron un largo gemido, un grito destinado a informar a los de fuera que el rey Udu había muerto. Aunque tal no era el caso, aquel grito fue desastroso.

Un grupo de guerreros se apretujó en las puertas de la extraña sala del trono y sus quejidos se unieron a los de los excitados cantores.

La figura maciza de Doc Savage se irguió, de pronto, delante de los jefes de las tribus. Más de una docena de estos que llevaban las ondulantes plumas de avestruz, irrumpieron en la estancia.

Se sorprendieron al oír a aquel gigante de bronce qué les hablaba en una mezcla de sus propios idiomas. Doc dijo rápidamente:

—EL rey Udu ha caído en un profundo sueño en el que descubrirá lo que es preciso hacer para vencer a vuestros enemigos.

El parloteo de los jefes cubrió la voz de Doc. Unos guerreros armados de largas lanzas irrumpieron en la sala. Selan, el curandero, habló rápidamente.

Doc Savage comprendió que decía que el rey había muerto.

Tal vez el consejero del rey vislumbró una oportunidad con la muerte del monarca.

Doc Savage levantó una mano. Nadie vio el pequeño objeto que se rompió delante de las rodillas del postrado Selan. Los jefes vieron que Selan cerraba los ojos y callaba. Un polvo anestésico le llenaba la nariz.

Doc Savage se volvió. En la palma de la mano llevaba una jeringuilla; pero lo único que los jefes vieron, fue que una de las manos del gigante de bronce rozaba la frente del rey Udu.

El rey abrió los ojos. Su enorme corpachón se incorporó y el rey se puso de pie.

Los jefes de sangre real de la tribu cayeron de bruces.

CAPÍTULO XIII

EL TEMOR DEL PUEBLO

EL peso del rey no bajaría de trescientas cincuenta libras. Los asombrados consejeros, cantores y guerreros vieron al Ras Udu, levantarse con suma facilidad y ligereza. Permaneció de pie el tiempo suficiente para anunciar:

—¡Jefes, sirvientes de todos los dioses! ¡No nos inclinaremos delante de los demonios invasores! ¡Hemos recibido ayuda! ¡Saldremos al encuentro del enemigo con las lanzas afiladas y la cabeza erguida!

Unas voces guturales de aprobación se elevaron. El rey Udu se tambaleó.

Las fuerzas le abandonaban.

Doc Savage levantó en vilo el pesado cuerpo del monarca y le llevó con facilidad por la puertecita baja que daba acceso al cuarto interior, en el cuál habían colocado al príncipe Zaban.

Delante del ataúd estaba arrodillada media docena de extrañas figuras. Eran sacerdotes que hacían ofrendas al muerto. Siguiendo la orden de Doc Savage, se levantaron y salieron.

El hombre de bronce dejó al rey sobre otro lecho real de pieles. Monk y Ham le habían seguido hasta el umbral.

—¡Que no entre nadie! —ordenó Doc Savage—. Procurad que no nos molesten. Hablad a los de fuera y decidles que el rey Udu prepara su plan de defensa contra el enemigo.

Ham y Monk bloqueaban la entrada. EL conde Cardoti estaba de pie en el centro de la sala del trono.

—¡Su Doc Savage ha hecho posible el establecerse como sucesor del Ras Udu por medio de una estratagema sencilla! —exclamó.

—¡Maldición! —chilló Monk—. ¡Doc no querrá nada de eso!

¿Qué haríamos aquí?

—No sé lo que yo haría, pero cualquier animal con tu figura encajaría fácilmente —hizo observar Ham—. ¡Tal como se presentaban las cosas, podemos estar aquí más tiempo de lo que nos figuramos!

—¡Rayos y centellas! —aulló Monk—. ¡Supongo que te crees demasiado inteligente para estar aquí! No me gusta que Pat esté sola allí con esas indígenas…

—He pensado en ello —exclamó el conde Cardoti—. Conozco bien esa gente. Voy a ver qué se puede hacer para obtener una vivienda particular.

Ham y Monk se fijaron en que los jefes de las varias tribus se apartaban para dejar pasar al elegante conde Cardoti y que algunos inclinaban la cabeza, tocándose la frente.

—¡Parece tener influencia sobre esos sujetos! —rezongó Monk.

—Sí —asintió Ham—. Piensa demasiado en Pat para mi gusto…

El conde Cardoti salió a la polvorienta calle. Los tambores no habían callado todavía, Los pies de los kokoneses se movían siguiendo su concepción de los ejercicios militares de un ejército de blancos.

—Rayos y centellas —explotó Monk—. ¡Me gustaría ser sargento de esos individuos! ¡Ya les haría yo marcar el paso!

—Mejor les enseñarías a colgarse de las ramas de los árboles. ¡Eso es lo tuyo!…

Ninguno de los dos se figuraba que Monk no tardaría en tener la oportunidad de ser algo más que sargento de los kokoneses, ni tampoco que Ham, en otros tiempos brigadier general, iba a figurar también, de un modo ridículo, en el ejército de Kokoland.

En aquel tiempo, parecía dudoso que hubiese siquiera un ejército. Si el ejército invasor hubiese penetrado por el desfiladero sin otra dilación, habrían opuesto muy poca resistencia a su avance.

Mientras, el rey Udu había recobrado suficientemente las fuerzas para hablar con Doc Savage, aunque su voz no era más que un murmullo.

El rey comunicó que su consejo de seis y Selan, el curandero, eran incapaces de calmar les temores del pueblo.

—¡Selan y los demás están temerosos y sus rostros son largos cuando aparecen delante de los jefes! —dijo el rey Udu—.

Únicamente una sonrisa valerosa puede llevar mi pueblo a la guerra. Mi consejo carece de valor. Selan y sus compañeros han dejado ver sus temores. Los jefes creen que es mi propio temor, porque mi hijo ha muerto y mis días están contados.

Doc Savage tocó la muñeca del viejo rey, dándose cuenta de la debilidad del pulso. Habló entonces rápidamente y el nombre de la señorita Moncarid fue pronunciado.

—Ante todo, es preciso descubrir quién es el Shimba —declaró Doc—. Es esa figura la que parece desconcertar a sus jefes.

—No he podido descubrirlo —susurró el rey Udu—. Pero por Logo me he enterado que el Shimba ha sabido imponer su voluntad a unos guerreros salvajes enviados a su gran país...

—Parece cierto —admitió Doc—. Su leal Logo y sus kokoneses han ayudado a derrotarle. Preparó una trampa con ayuda de cajas de teca y ocasionó muchas víctimas. También ayudó a transportar el cuerpo del príncipe Zaban a su país. Estoy ahondando ese asunto de la señorita Moncarid.

—Si... si. —La voz del rey era muy débil—. La señorita Moncarid es una coincidencia... el tesoro...

El monarca cayó en la inconsciencia. De momento, Doc Savage juzgó indicado dejarle descansar. El misterio de la señorita Moncarid esperaría, así como el del tesoro que el rey había mencionado dos veces. Doc comprendió de pronto, el objeto que perseguía el ejército invasor de mezcladas nacionalidades. Eran aventureros en busca de tesoros antes que de conquista.

El hombre de bronce entró en la sala del trono. Selan volvía en si, levemente aturdido y también, a lo que se veía, sobradamente airado. El consejo de seis estaba cabizbajo.

Selan abrió el fuego cuando Doc Savage entró:

—El rey Udu está a punto de morir —aseguró—. Ha hablado mucho de su grandeza, Doc Savage, pero no puede devolver la confianza a esas numerosas tribus. Yo llevaré el consejo y recurriremos a los sacerdotes del Largo Juju.

Doc Savage estudió los rostros de los consejeros y se los imaginó bajo el poder de Selan. Los ojos dorados del gigante de bronce permanecieron fijos en los negros del indígena; pero cuando sonrió, unas muecas le contestaron.

—Conferenciaremos en breve —anunció—. El rey Udu vivirá

para ver a su pueblo victorioso. Selan, usted y sus compañeros se reunirán luego conmigo en el cuarto donde se come.

Volviéndose a Ham y a Monk, Doc dijo entonces:

—¿Dónde está el conde Cardoti?

—Ha ido a ver si puede obtener que Pat y la señorita Moncarid salgan de la casa de las indígenas —dijo Ham.

—El conde Cardoti no debe hacer esto de momento —declaró Doc—. ¡Id a cercioraros que Pat y la señorita Moncarid siguen con las otras mujeres de los kokoneses! ¡Graves acontecimientos pueden ocurrir dentro de poco!

Cuando Doc Savage volvió a enfrentarse con Selan y los seis negros del consejo del rey Udu en el cuarto de comer, el hombre de bronce estaba alegre y sonriente.

Había hablado con los cocineros del palacio y estos depositaron algunos alimentos delicados delante de Selan y de sus consejeros. Entre ellos se hallaba uno de mejores requisitos del país. Es posible que un blanco no habría apreciado ese plato kokonés que no consistía en otra cosa que en un gran pastel de hormigas blancas. Su olor habría resultado ofensivo, incluso para un paladar caucáseo.

Doc Savage contempló con satisfacción el enorme pastel, dándose cuenta que Selan y sus enfurruñados compañeros apreciaban aquel festín inesperado.

El hombre de bronce habló con ceremonia:

—Añadiremos algo al exquisito gusto del plato de hormigas blancas, especialmente preparado para los hombres de gran medicina del país —declaró.

Doc colocó lo que se parecía a una manilla para batir claras de huevo sobre la mesa. Vertió en el interior crema de leche de cabra, con ayuda de un bambú hueco. La maquinilla empezó a funcionar, la leche de cabra quedó transformada en una espesa nata.

El hombre de bronce vertió esa nata sobre el pastel de hormigas y contempló su obra con satisfacción.

—Es un plato digno de reyes —declaró—. Nadie que no sea un hombre de gran medicina debe comer semejante requisito.

La nata batida adornaba siete porciones del pastel de hormigas blancas.

Selan y sus compañeros eran, sin duda, curanderos y brujos en la tribu; pero también estaban hambrientos como criaturas y

devoraron sus porciones del pastel.

—Una buena comida da valor para la guerra —anunció Doc.

Selan, cuyo rostro era el más arrugado enfurruñado de Kokoland, abrió de pronto, la boca desdentada en una ancha sonrisa.

Sus compañeros no tardaron en imitarlo. Selan echó atrás la cabeza afeitada y rió. AL principio dejó oír un graznido horroroso que no tardó en transformarse en un aullido de regocijo.

Los otros seis consejeros le miraron, los músculos se relajaron y rieron ruidosamente.

—¡El rey Udu es un gran rey! —dijo Doc—. Vivirá para llevar a sus numerosas tribus a la victoria.

—Vivirá… vi… vi… rá… —El rostro de Selan se contorsionó como a impulsos de una alegría interior. El viejo brujo rió a carcajadas. Estada tan alegre que se atragantó y le fue imposible concluir la frase.

Sus compañeros asintieron en medio de gritos agudos.

—¡El rey Udu vivirá… el rey Udu vivirá…!

Gruesos lagrimones les rodaban por las mejillas. Sus adornos de alambres y dientes de cheetah y leopardo, se mecían y tintineaban.

Doc Savage se levantó y les llevó a la sala del trono. Veía que gran número de jefes estaban reunidos allí. Sin duda, esperaban noticias del estado del rey.

Unos gritos salvajes subían, acompañados por los tambores de guerra que sonaban al exterior.

—¿Que dice el rey? ¿Será la guerra? ¿Vivirá el rey Udu para guiar su ejército?

Una veintena de jefes semidesnudos hacia preguntas en sus varios dialectos.

Doc Savage se encaró con Selan y los seis consejeros y repitió las preguntas de los jefes.

—¡El rey Udu vi… ooho —ooho— ooho ooho…! —gritó el arrugado Selan.

Tanto el como los demás parecían muertos de risa. Las lágrimas les bañaban la cara y se daban grandes palmadas en los desnudos hombros.

—¡Ho —ho— ho! ¡Ho —ho! ¡Ho— ho!

Los asombrados jefes se levantaron, blandiendo las lanzas y

gritando.

Esto era una proclamación de guerra que comprendían. Se daban cuenta que Selan y los consejeros del rey estaban satisfechos. El hombre de bronce y la caja plateada que contenía el cadáver del príncipe Zaban, les habían servido de inspiración.

Los jefes estaban convencidos que Selan, el gran brujo estaba contento. Su expresión sombría había desaparecido. Delante de los jefes de las tribus, los siete representantes del rey Udu siguieron riendo a carcajadas.

Los jefes salieron atropelladamente a la calle. Los tambores tocaron con furia redoblada. Cada jefe llamó a sus guerreros. Centenares de cuerpos relucientes y bien untados empezaron a retorcerse en las extrañas danzas que eran destinadas a despertar la furia de matar.

Doc Savage no se entretuvo. EL rey Udu seguía descansando. La voluntad de luchar no bastaba y los guerreros primitivos necesitaban una dirección más experta.

El hombre de bronce se apresuró a ofrecer los nombres de Monk y Ham como oficiales que ayudarían a organizar y a guiar el ejército de Kokoland.

Selan y los seis consejeros seguían riendo; pero iban calmándose gradualmente.

Algo asombroso les había ocurrido.

—¡Esos extraños compañeros de Doc Savage serán nombrados para el mando! —asintió Selan, el curandero—. El que se llama Monk es el mayor, y será jefe. El otro, Ham, es más pequeño y no tiene tanta presencia. Mandará a los portadores.

Los seis consejeros dieron su asentimiento. Ninguno de ellos sabia de fijo lo que le pasaba. Los consejeros, que habrían sacrificado el reino a causa de su temor y de su creencia en el poder del Largo Juju, sufrirían leves dolores de cabeza cuando todo hubiese terminado.

La nata que Doc Savage les sirvió con el pastel de hormigas blancas era una mezcla vulgar. La leche de cabra fue batida con óxido de nitrato bajo presión.

El nombre vulgar de este producto es "gas de la risa", y hubo un tiempo en que lo usaban los dentistas.

Selan, el brujo, había con su risa, arrastrado al leal y primitivo

pueblo del rey Udu a una guerra de defensa contra sus enemigos.

CAPÍTULO XIV

LA INVASIÓN DEL SHIMBA

BAJO el efecto de fuertes estimulantes, el rey Udu apareció delante de su palacio. Su enorme figura, cubierta por la chamma, arrancó aullidos de aprobación. En las calles, los jefes de las tribus estaban organizando sus primitivos y rezagados soldados, a su manera.

Doc Savage se dio cuenta que ni aun la aparición del rey Udu era capaz de crear un ejército capaz de resistir a las armas modernas de los aventureros europeos y asiáticos que se hallaban al otro lado del Monte Kibo.

El rey Udu reunía sus últimas fuerzas para salir al encuentro de su pueblo.

Miles de súbditos descalzos bloqueaban la avenida real, que era sumamente polvorienta. El polvo se extendía como una niebla sobre la larga cabaña de techo de paja en la cual vivían las mujeres kokoneses.

—¡O salimos de aquí para respirar o moriremos ahogados! —declaró Pat Savage a la señorita Moncarid.

—No permiten que las mujeres salgan cuando tocan los tambores de guerra —dijo la señorita Moncarid.

—¡Pff! —dijo secamente Pat—. ¡Cuándo necesite un permiso para llenarme los pulmones de aire, se lo haré saber a su rey! ¡Vamos! ¡El viento sopla sobre el río! ¡Estoy medio estrangulada!

La señorita Moncarid siguió de mala gana a la impetuosa Pat Savage. En la orilla del río hacia más fresco y había menos polvo. El conde Cardoti se acercaba a la larga cabaña de las mujeres.

Tal vez habría logrado que Pat y la señorita Moncarid pudiesen disfrutar de mejor alojamiento.

El conde vio las siluetas de las dos mujeres que desaparecían

entre los verdes matorrales de la orilla del río, más abajo de uno de los grupos de guerreros entregados a una danza guerrera. Esos guerreros se encaminaban en aquel momento al palacio del rey.

El conde Cardoti gritó:

—¡Cuidado, señorita Savage! ¡Señorita Moncarid!

Mientras gritaba, el conde Cardoti corría hacia el río. Cuatro canoas alargadas se deslizaban sobre las tranquilas aguas a la entrada del pueblo.

De pie en medio de una de las canoas, se hallaba lo que a primera vista se tomaba por una bestia hirsuta. Era un hombre; pero tenía el cuerpo envuelto en la brillante piel de un enorme león. Las crines y la cabeza de la fiera le ocultaban la cara.

El hombre gritó en masai:

—¡Agarradlas rápidamente! ¡La otra también!

Del fondo de la canoa se levantó un figura alta y gruesa. Habría sido difícil identificar aquel rostro sin afeitar, pero Pat reconoció el vozarrón de Renny.

—¡Atrás, Pat! ¡Te atraparán!... ¡Santo...!

Una perra nudosa se abatió sobre el cráneo de Renny. Al caer éste, Pat oyó un ruido metálico de cadenas Y vio que Renny había sido atado a uno de los travesaños de la larga canoa.

—¡Renny, Renny, Doc está aquí! —gritó Pat—. Yo...

La brutal cachiporra cayó nuevamente. Pat, lanzó un grito de furor.

La señorita Moncarid tiró a Pat del brazo; pero no lo hizo bastante aprisa.

Pat se había sacado una pistola automática del escote del vestido. El arma escupió fuego y en la larga canoa, la primera de las cuatro embarcaciones llenas de guerreros, el indígena de piel reluciente que había blandido la cachiporra gritó de agonía.

Soltó la porra y la sangre brotó de uno de sus brazos. Cayó al río... Pat ignoraba por qué el guerrero se hundió en vez de salir a la superficie, pues desconocía la existencia de los terribles peces comedores de hombres, de ojos redondos y mirar fijo.

—¡Cuidado, señorita Savage! —repitió el conde Cardoti, corriendo siempre hacia el río, sin que se le viera llevar arma alguna.

A sus espaldas, algunos guerreros gritaron en voz alta:

—¡El Shimba! ¡El Shimba! ¡Ifehe! ¡Ifehe!

No cabía duda que el misterioso Shimba había sembrado el terror entre algunas de las leales tribus del rey Udu. El grupo de guerreros que estaba más cerca pareció olvidar con qué fin estaban armados de lanzas. Algunos tiraron sus armas y echaron a correr, ocultándose entre los matorrales verdes del linde del bosque.

Un puñado de hombres más valientes no huyó, sino que corrió a un sitio sobresaliente por donde las canoas debían pasar. Fue un error por su parte. El blanco llamado el Shimba debió planear su ataque cuidadosamente.

Unos aullidos de dolor brotaron de los escasos guerreros que empezaron a tirar sus largas lanzas en dirección a las canoas. Unos pequeños dardos que no hacían sonido alguno cayeron en lluvia sobre sus cuerpos. Los indígenas se desparramaron al caer. Algunos habían sido alcanzados por una docena de los mortales dardos, cuando uno solo habría bastado para acabar con ellos.

—¡Por aquí! —gritó la señorita Moncarid a Pat Savage.

Pero Pat, sin hacerle maldito el caso al peligro que la amenazaba, corrió por la orilla del río. Intentaba seguir a la canoa en la cual había visto a Renny y lo único que logró fue correr en línea recta hacia la selva en la cual las mortíferas cerbatanas estaban ocultas.

La señorita Moncarid la siguió. Algo extraño ocurrió. Unas manos agarraron a Pat Savage y ahogaron sus gritos. Los hombres que habían atrapado a Pat tenían orejas terribles y levantaron las manos sobre la cabeza al ver a la señorita Moncarid.

—¡El Shimba! ¡El Shimba! —gritaron.

Habría sido difícil determinar lo que querían decir con estas palabras.

La señorita Moncarid no se hizo atrás ni tampoco la atraparon. Debió decidir permanecer al lado de Pat Savage.

Directamente detrás de la señorita Moncarid llegó el conde Cardoti gritando palabras airadas en masai. Las manos de dos guerreros de deformadas orejas le sujetaron los brazos.

Una de las cargadas canoas se acercó a la ribera y Pat Savage fue tendida en el fondo. Cerca de ella estaba sentada la rígida figura de la señorita Moncarid, cuyos labios se movían.

Pat no distinguía lo que estaba diciendo. El conde Cardoti fue

empujado hacia la proa de la canoa.

El Shimba, cubierto de la piel de león, lanzó una orden breve, y los guerreros masai se inclinaron sobre sus remos. En el primer recodo, las cuatro canoas se deslizaron por uno de los estrechos canales. Docenas de esos tortuosos pasadizos surcaban la selva virgen. Mientras, Ham y Monk estaban buscando a Pat. Un indígena les señaló el río. Llegaron al sitio donde se habían apoderado de las mujeres. Estaban bastante cerca para oír gritos.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¡Ha sido Pat! ¡Mira, Ham, aquí está su pistola! ¡Esas otras huellas son las de la señorita Moncarid!

—Desconfié de esa señora desde el principio —espetó Ham—. No podemos seguir por aquí sin canoas. ¡Vamos! ¡Estoy seguro que tienen al conde Cardoti junto con los demás!

Monk y Ham llegaron al sitio donde los guerreros kokoneses habían sido derribados por los dardos envenenados. Las canoas habían desaparecido.

Después de intentar abrirse camino unos cuantos metros entre los espesos matorrales, Monk y Ham se vieron en la imposibilidad de seguir adelante.

Los guerreros del rey Udu corrían de un lado a otro en gran desorden. El grito de Shimba había sembrado el terror entre ellos. Monk y Ham se apresuraron a ir al encuentro de Doc.

—No contribuiremos a la seguridad de Pat siguiéndola rápidamente —declaró Doc Savage cuando Monk y Ham le fueron con la historia—. No cabe duda que intentan crear desordenes. El individuo llamado el Shimba está de acuerdo con los invasores.

Esto caía bajo el sentido. Los hombres del rey Udu estaban diseminados. De momento parecían olvidar que una guerra les esperaba. Logo, el hombre que provenía de Long Island, dio pruebas de ser muy útil para reunir a los kokoneses. Esos a su vez calmaron en parte el pánico de las tribus de las montañas.

—¡Con guerra o sin guerra, es preciso que hallemos a Pat! —insistió Monk.

—Con o sin guerra, la encontraremos —aseguró Doc—. Está más segura de momento si no nos precipitamos.

Esto parecía increíble al impaciente Monk, que estaba prendado de la hermosa Pat.

El aparato de radio del rey Udu transmitió algo en onda corta.

—Será la emisora de Renny —dijo Ham.

Se equivocaba. La voz de un hombre se oyó a intervalos, pero no era Renny quien hablaba.

—Doc Savage...

Esto fue repetido varias veces. El hombre de bronce no podía contestar, y se limitó a esperar.

—Habla el Shimba. Conservaremos a la mujer blanca y al coronel Renwick hasta que deje Kokoland. Tiene usted doce horas.. si no se va... la mujer masai permanece con nosotros... el otro blanco... doce horas...

Muchas palabras se perdían, pues la emisión era espasmódica y deficiente.

—¡Es lo que yo pensaba! —dijo Doc—. Creo que Pat y Renny serán guardados en rehenes con el fin de asegurar nuestra marcha. Luego serán puestos en libertad. No me cabe duda que el hombre llamado el Shimba ha conspirado para organizar la invasión. Ciertamente deseará evitar demasiadas complicaciones.

—No me gusta —dijo el testarudo Monk—. Propongo hacer una batida y borrar a ese Shimba del mapa.

—Podríamos recorrer mil millas cuadradas de pantanos y selva sin dar con el —declaró Ham—. Pero si cerramos el paso a ese ejército que quiere penetrar por el desfiladero de la montaña, es probable que torturen a Pat y a Renny...

Doc Savage no contestó. Entró en la cámara real del rey Udu y salió de la misma con un saquito de tela en la mano.

Monk le miró boquiabierto y Ham murmuró algo por lo bajo. Había ocasiones en que ni sus más íntimos compañeros comprendían al hombre de bronce.

Doc tiró el saco en el camarote del viejo Spad.

—Sacaremos el aeroplano afuera —anunció—. La suerte del reino y sin duda la seguridad de Pat y de Renny residen ahora en una acción inesperada. Es preciso que demos el primer golpe.

—¡Dar un golpe con esta ruina! —explotó Monk—. ¡Pero si ni volará!

El viejo Spad estaba deshecho. Su motor vibraba como un hombre preso de intensa fiebre. La tela que cubría las alas amenazaba con rasgarse.

—Monk, el consejo te ha puesto al mando del ejército de los kokoneses —dijo Doc—. Logo será tu ayudante. Te prestará su asistencia para reunir a los guerreros. Ham cuidará del transporte. Trasladad inmediatamente a todos los guerreros válidos al desfiladero del Kilimanjaro.

—¿Quieres decir… quieres decir que he de ser el general de esos salvajes? —exclamó Monk, con los ojillos fijos de pronto en Ham—. ¿Y este picapleitos no es más que el muchacho que lleva las cosas?

—Los consejeros del rey lo han decretado así —dijo Doc—. Logo ayudará a reunir el ejército. Separad a los tiradores armados de cerbatanas entre los guerreros.

Con un ruido infernal, el viejo Spad rodó por la plaza del pueblo.

Únicamente un mago del aire habría logrado levantar la destrozada cola del aeroplano sin dar un tumbo mortal.

Monk lanzó una mirada a la cara del disgustado Ham.

—¡Pues bien, sargento! —exclamó secamente el químico promulgado general—. ¡Quítese los zapatos! ¡Nadie en este ejército los lleva! ¡Vamos descalzos!

*****

Los aviadores del ejército invasor reirían sin duda entre ellos. Sus cazas estaban preparados para elevarse en un momento dado. Sus bombarderos estaban cargados con bastantes explosivos para borrar el pueblo del rey Udu del mapa.

—¡Por todos los santos! —rezongó un capitán de aviación.

—¡Acaso ese loco intenta un ataque solitario o se limitará a espiarnos!

EL divertido capitán y sus pilotos siguieron cambiando risas y comentarios jocosos. Sobre la cordillera, el extraño vehículo del aire, de cuya presencia se habían dado cuenta, iba evolucionando torpemente.

Aunque le fuese posible remontarse a mayor altitud, su piloto no lo intentaba, temiendo sin duda que su desvencijado aparato cayera a pedazos si subía a más de doscientos pies.

—No vale la pena ir a perseguirle —dijo el capitán—. ¡Dejadle en paz y caerá de por sí!

La cosa parecía muy probable. Los aviadores podían casi distinguir el blanco de los ojos del piloto. Un rostro oscuro estaba

apoyado en el ángulo del tembloroso camarote del Spad. Se echaba de ver que el piloto kokonés había venido a examinar el terreno. Permanecía bastante cerca para poder contar los relucientes botones de los uniformes de los aviadores.

Doc hizo cuerdamente una visita al Ala antes de realizar su vuelo sobre las montañas. El reducido depósito de gasolina del viejo Spad no llevaba combustible para más de dos horas.

Johnny permanecía en el oculto Ala. El erudito muchacho habría sentido hondo disgusto a no ser porque hizo un descubrimiento. Comunicó enseguida las noticias.

—Me he enterado del motivo de esta guerra —le dijo a Doc—. La respuesta se halla debajo de la montaña.

Muy pocos hombres en el mundo sabían más que Johnny en cuestión de mineralogía. El hombre de bronce sonrió al oír sus palabras. Todo aquello podía esperar.

Johnny había visto dos aeroplanos de patrulla de los invasores que volaban muy alto, sin descubrir al Ala, oculto en un desfiladero.

—Me parece que proyectan realizar un ataque aéreo dentro de pocas horas —declaró Johnny.

—Si algo no contraria sus planes —dijo Doc Savage.

El sonriente capitán de aviadores no habría creído que el desvencijado Spad pudiese contrariar en lo más mínimo sus planes. No parecía posible que las temblorosas alas del viejo aparato fuesen capaces de volverle a llevar al otro lado de las montañas.

El Spad volaba describiendo círculos. El piloto seguía mirando por el camarote. No valía siquiera la pena de molestarse en derribarle a tiros.

Doc Savage hizo remontar el Spad a mayor altitud y tiró al espacio un objeto pequeño y redondo. Aparentemente su puntería era deficiente.

EL objeto era una granada. Resonó una explosión a corta distancia de la hilera de cazas, pero no causó desperfecto alguno.

—Tendremos que enviar un aparato detrás de el, después de todo —dijo el capitán—. ¡Bastará con uno! Si se le acerca bastante, el desplazamiento de aire bastará sin duda para hacerle caer.

Un caza no tardó en elevarse. Aquel moderno aparato llevaba dos ametralladoras.

Doc tiraba con fuerza del palo del viejo Spad contra su

estómago. Iba remontando a mayor altitud como si intentara escapar al ave de presa que le seguía.

El ametrallador del caza hizo un disparo preliminar con sus dos ametralladoras. El Spad tembló y se desvió. No parecía sino que el humo de los proyectiles detectores era todo lo que el Spad necesitaba para caer.

Los aviadores que seguían en el suelo sospecharon que el enemigo se estaba llevando un susto enorme. Precisamente cuando el Spad se halló en la línea del fuego, sus alas se doblaron y el viejo aparato empezó a dar tumbos como si quisiera hundir su proa en el suelo como una barrena.

El caza se enderezó. No valía la pena gastar proyectiles con aquel aparato anticuado. De milagro el Spad no se aplastó sobre una colina, y se deslizó fuera de la vista de los aviadores del campamento invasor.

—Ha caído sin siquiera ser tocado —dijo sonriendo el capitán—. Bien.

Calló de repente. Se había equivocado. Cual pájaro herido, el Spad batía las alas en el cielo. Doc seguía volando bajo. Sus manos manipulaban el mando con suma habilidad.

El caza evolucionó y esperó. El Spad permanecía demasiado arrimado al suelo para que fuera prudente ponerse en línea con el.

De pronto el Spad pareció poner en marcha un nuevo motor. Sus alas quedaron medio arrancadas. Doc le mandó en un vuelo vertiginoso, que lo llevó a quinientos pies encima del caza.

El ametrallador del caza disparó sus dos armas, pero el Spad evitó el fuego.

Sólo por casualidad debió alcanzar una distancia a la cual no llegaban las balas.

Los oficiales del escuadrón subieron a una colina que dominaba su campamento con el fin de vigilar las extrañas evoluciones del asombroso explorador del rey Udu. Todos los aviadores les siguieron en masa.

Doc volvió a evitar una nueva descarga de las ametralladoras. Cosa increíble, voló al revés durante varios segundos.

—O ese salvaje está loco o lo han importado de los Estados Unidos —declaró el capitán—. Ningún kokonés ha aprendido a volar así. Lo tumbarán al enderezarse.

Pero el caza no logró derribar a su enemigo. El asombroso piloto dio pruebas de una pericia extraordinaria.

Doc no hizo esfuerzo alguno por usar la ametralladora del Spad. Habría sido imposible, pues el orín tropical la había estropeado totalmente. Habiendo sido construida para disparar por la helice, la ametralladora no haría ahora sin duda otra cosa que destrozar ésta.

Es posible que los aviadores no se diesen cuenta que se les apartaba bastante de su campamento. La hilera de cazas y bombarderos se hallaba ahora acerca de media milla, al otro lado de una colina.

Cada segundo parecía ser el último del acrobático y desvencijado Spad.

—Empieza a haber algo sospechoso en esto —comentó el capitán—. Ningún piloto torpe podría tener tantos accidentes y salir del paso.

Doc Savage estaba probando al caza que le perseguía, que no podía alcanzar ni a un viejo Spad si se le manejaba como era conveniente. El caza era del tipo más moderno, pero no evolucionaba con suficiente rapidez para acorralar al aparato del rey Udu.

Más de doscientos oficiales y aviadores estaban reunidos en la ladera de una colina. El Spad estaba a menos de media milla de distancia, manteniéndose a una altura de unos quinientos pies.

De pronto, Doc Savage dirigió el Spad hacia la colina. El descenso amenazó con arrancarle la helice. Algunos hombres que estaban en tierra gritaron y echaron a correr.

Doc Savage miraba abajo. El Spad no se hallaba a más de cincuenta pies del suelo cuando su proa se enderezó. Una mano de bronce salió del camarote del avión.

EL caza pasó rozando la cola del Spad. Una lluvia de balas recortó la punta de un ala, pero el ametrallador se vio obligada a suspender el fuego para no tocar a sus compañeros de tierra.

De pronto los pilotos de la legión sintieron algo parecido a copos de nieve que les cayó en las mejillas; pero cuando esos copos les alcanzaron, explotaron mojándoles la cara.

Los primeros hombres cayeron tan inesperadamente, que rodaron colina abajo.

El capitán quiso gritar, pero algunos copos de la extraña nieve le

entraron en la boca. Permaneció con las mandíbulas abiertas, se durmió de pie y se sentó bruscamente en el suelo.

El hombre de bronce estaba remontando el viejo Spad después de su loco descenso. Los pilotos del caza estarían sin duda jurando, fuera de sí. Ni uno solo de sus compañeros que estaban en tierra permanecía de pie.

Yacían en la ladera de la colina como si hubiesen decidido descansar un rato... La hora fijada para el ataque aéreo al reino de Udu era a mediodía.

El Spad no intentó subir a gran altura. El caza lanzado en su persecución iba ganando terreno, pero el piloto que estaba al mando debió ser más perspicaz y desconfiado. Tal vez no se fijó en las nubes azuladas que aparecieron delante de el.

Esas nubes provenían de unas cuantas granadas que Doc tiró. El motor del caza tosió irregularmente y sus cilindros fallaron todos a la vez.

El ametrallador blasfemó y disparó ambas ametralladoras, pero era tarde.

Unos vientos contrarios soplaban en el Kilimanjaro. Se apoderaron del caza, que se vio empujado hacia un terreno irregular donde la tierra aparecía como picada de viruelas por pequeños cráteres de naturaleza volcánica.

Doc vio al aparato realizar un aterrizaje defectuoso. La niebla azulada era un gas, que fue absorbido por el motor del otro aeroplano, congelando el combustible. Su efecto fue atascar los cilindros hasta el punto que fuera necesario desmontar el motor antes de poder hacerlo funcionar nuevamente.

Los pilotos emplearían horas volviendo al campamento y sus compañeros dormirían todo el día a consecuencia del anestésico.

Doc sostuvo el tembloroso Spad en espiral sobre las regulares hileras de aeroplanos enemigos. Cazas y bombarderos, todos estaban preparados para destruir el pueblo del rey Udu.

El hombre de bronce sonrió sombríamente, enjugándose las mejillas ennegrecidas. No se distinguía señal alguna de vida en el campamento.

Oficiales, aviadores, mecánicos y engrasadores, todos dormían al otro lado de la colina.

El campamento estaba en un lugar seguro. Lo habían dejado

desierto para vigilar las proezas de un aviador indígena que enfrentaba un viejo aparato, reliquia de la Gran Guerra, con un aeroplano de tipo moderno.

Doc hizo subir el Spad a una altura prudencial. Unos objetos relucientes brillaron al sol y una docena de ellos cayó entre los aparatos modernos de la Legión Europea.

El viejo Spad se hallaba cerca del monte Kibo cuando el primer objeto explotó. Una docena de detonaciones terroríficas estremecieron la montaña.

Allí donde habla estado el escuadrón invasor, se veía un nuevo cráter.

CAPÍTULO XV

EL EJERCITO DESCALZO

UNA hora después del asombroso ataque de Doc Savage al campamento de invasores, un extraño ejército se puso en marcha.

Los animales de la selva virgen del pie del monte Kibo estaban silenciosos, pero en un lugar determinado, unos gritos terribles se dejaban oír. Los emitía un ser humano, aunque ya no tenía casi el aspecto de tal. Mucho menos todavía se parecía al ex brigadier general Teodoro Marley Brooks, conocido generalmente por Ham.

Parecía mentira que aquel ser descalzo, despeinado, cubierto de una piel de leopardo agujereada por los gusanos, parte de la piel de un mono colobus y algunas plumas de avestruz, fuera el elegante maniquí de la lejana Avenida del Parque. De vez en cuando se sentaba en el suelo con el fin de extraer espinas de sus pies descalzos.

—¡Haga pasar los porteadores con el agua, sargento! —gritó una voz infantil—. ¡Los soldados que nos preceden tienen sed!

—¡No me importa que te creas ser dieciséis generales a la vez! ¡La próxima vez que me grites te doy en la sesera con una de esas cerbatanas! —exclamó Ham—. Espera que yo descubra lo que tú has hecho de mis ropas.

Monk contestó con una mueca feroz.

—¡Brigadier general Andrés Blodgett Mayfair para usted, sargento! —dijo con sorna a Ham—. ¡Y cuando acampemos esta noche, ayudará a algunos de sus hombres a lavar mi puerco!

Ham dio un respingo y blandió una corta lanza que llevaba en la mano.

—Te voy a enseñar... —vociferó.

Monk agachó la cabeza, aunque no era preciso que se molestara.

Ham pisó otra espina. La lanza se le escapó de la mano, y el cayó de rodillas.

Una docena de porteadores kokoneses miraba a los dos hombres sin expresión alguna. El ejército del rey Udu se trasladaba a la meseta salvaje del Kilimanjaro.

Logo, el indígena de Long Island, se había vestido como los guerreros del país y resultaba una figura imponente.

—Mi pueblo cree que usted es un dios —le dijo a Monk, al desfilar el ejército por el pueblo del rey Udu.

Logo tenía el sentido del humorismo y pudo añadir que había oído a los guerreros decir que suponían que Monk era un rey de los simios. Muchas tribus adoraban los grandes antropoides.

—Les enseñaré lo que es un verdadero general —declaró Monk—. Seré uno de ellos.

Eso no ofreció dificultades. Monk se despojó de sus ropas. Su cuerpo grotesco y peludo, de largos brazos y cortas piernas, necesitaba apenas la piel de búfalo que escogió para envolverse.

Era un ejército descalzo. Monk enseñó el también los enormes pies. En cuanto a Ham, el sargento de los portadores, habría sin duda desatendido la orden de descartar sus ropas elegantes al llegar, pero ya bastante maltrechas.

Monk solucionó la cuestión… Las ropas de Ham desaparecieron. El abogado podía llevar pieles de mico y plumas de avestruz o nada… según quisiese.

—¡Los jefes cumplirán sus órdenes mientras les haga creer que posee conocimientos superiores a los suyos! —aconsejó el astuto Logo a Monk.

Así, pues, al llegar a la primera charca, el brigadier general Monk apareció de pronto entre los porteadores de agua que estaban ya arrodillados para llenar sus pellejos de cabra.

—¡Esperad! —gritó Monk—. ¡Nadie debe beber el agua que quema!

Monk, figura realmente imponente, se colgó de la rama de un árbol que había sobre la charca. Logo contemplaba la escena con una ancha sonrisa.

Monk se cogió de un brazo y miró la charca.

—¡No has estado nunca más natural! —espetó el desnudo y disgustado Ham—. ¡Espero que veas tu cara en ese agujero y te

mueras del susto!

Los dedos de Monk rozaron la superficie de la pequeña charca.

Instantáneamente los negros lanzaron gritos y se hicieron atrás. Una llama azul surgía y en un momento el agua de la charca pareció arder.

—¡Ved! —anunció Logo—. ¡El fuego del agua no quema al que es un dios!

Monk daba la impresión de bañarse los pies desnudos en un fuego azul. Los porteadores corrieren a refugiarse en la selva.

—¡Si crees que esos trucos de charlatán son capaces de derrotar un ejército, eres más chiflado de lo que pensaba! —dijo sarcásticamente Ham.

Monk bajó del árbol. Transcurrirían meses antes de que los indígenas sacaran agua de la charca. Monk ocultó el frasco que contenía el sencillo producto químico que había usado entre sus pieles.

—¡Eso hace de Monk un general más famoso que si hubiese vencido a una docena de ejércitos! —dijo Logo—. Sus órdenes serán obedecidas.

Era un extraño ejercito el que se trasladaba por la montaña.

Únicamente los kokoneses del rey Udu presentaban un aspecto de orden y disciplina. Centenares de salvajes indígenas se adentraban en la selva armados únicamente con sus lanzas, sus cerbatanas y escudos de piel de buey.

Monk iba y venia como si no se diese cuenta que estaba llevando aquella horda primitiva al encuentro de un ejército moderno, en un desfiladero de la montaña, a muy pocas millas de distancia.

Los indígenas no eran otra cosa que una muchedumbre sin organización y se disponían a luchar contra los tanques más modernos, las ametralladoras, explosivos de gran potencia y gases asfixiantes.

—¡Contigo, que vuelves a ser lo que siempre has sido destinado a ser, eso es un suicidio mero y sencillo! —predijo sombríamente Ham.

—De todos modos, estamos más seguros aquí que en el pueblo si realizan un ataque aéreo —dijo Monk seriamente—. ¡Me alegro que hayamos puesto el ejército en marcha antes de que hayan descubierto que el rey Udu parece estar moribundo!

Monk y Ham ignoraban a la sazón lo ocurrido al escuadrón de aviadores. Se limitaban a seguir instrucciones de su jefe de bronce.

Mientras únicamente algunos guerreros iban armados con sus largas lanzas, el primitivo ejército llevaba todos los centenares de cerbatanas que pudieron reunir. No parecía sino que de momento Doc Savage renunciaba a su táctica usual de no verter sangre.

El viejo Spad se hallaba nuevamente sobre el pueblo. Los pocos ancianos, muchachos y mujeres que quedaban en éste debieron asombrarse al verlo regresar.

Selan, el brujo, y los seis consejeros miraban a Doc Savage con ojos relucientes.

—El rey Udu cree que debiéramos enviar a las mujeres y a los niños a la montaña para evitarles la muerte desde el aire, que no tardará en venir —anunció el arrugado Selan—. El rey cree que sus horas están contadas y desea permanecer aquí, al lado del cadáver de su hijo.

—Las mujeres y los niños pueden permanecer con toda seguridad en el poblado —declaró Doc—. Los aviadores de los demonios del otro lado de la montaña están durmiendo la siesta. Despertarán para encontrarse con que sus aeroplanos están todos destruidos.

EL hombre de bronce entró en el cuarto en el cual el rey Udu yacía sobre el lecho real. No había añadido que aunque el escuadrón de aviación había desaparecido, ni un solo hombre fue muerto ni herido.

Selan, el brujo, no habría creído en semejante milagro.

En las calles del pueblo los tambores resonaban ominosamente. Corría la voz de que el rey Udu estaba muriéndose. Los gemidos de las mujeres llenaban las cabañas de techo de paja y los ancianos murmuraban por lo bajo.

Las duras palmas de los indígenas realizaban una labor que bien podía resultar desastrosa.

Por la selva, en dirección al monte Kibo, otros tambores resonaban, contestándose de una colina a otra.

Todos decían:

—¡El rey Udu muere! ¡El rey Udu se muere! ¡No hay esperanza! ¡No hay esperanza!

El ejército primitivo avanzaba en silencio por la selva. Monk y

Ham no habían dejado un momento de insultarse con fervor. Mientras viviese Ham recordaría aquel día y procuraría hacerle pagar al químico la tortura de sus pies descalzos.

Los porteadores dejaron de pronto en el cielo los pellejos de cabra llenos de agua. Algunos reventaron las pieles con sus cuchillos, permitiendo al liquido esparcirse por el suelo.

—¡Logo!, ¿Qué están haciendo? —gritó Monk.

El leal y negro Logo, meneó tristemente la cabeza.

—Les han dicho que la vida del rey se escapó —declaró—. Si el rey Udu muere, el ejército en peso se volverá atrás. Lo tomarán como un presagio de desastre.

Monk iba y venia en la selva. Una docena de jefes adornados con plumas se sentó, esperando con testarudez. Meneaban la cabeza cuando Monk intentaba poner nuevamente el ejército en marcha.

Finalmente, el químico se vio obligado a recurrir a Ham.

—¡Oye, picapleitos, tú has sido general! —dijo Monk—. Y ¿qué hace un general cuando su ejército le vuelve la espalda?

Ham sonrió irónicamente y olvidó de momento el dolor de sus pies.

—¡Un buen general se queda atrás y le da un puntapié en salvo sea la parte a su ejército! —dijo, haciendo una mueca.

Repentinamente hubo un cambio en la notad de los tambores. Su ritmo se aceleró y millones de brillantes pájaros empezaron a charlar y a piar en los árboles.

—¡Ho-hee! ¡Ho-hee! —gritaron los jefes. Se pudieron de pie de un salto, cantando y blandiendo los grandes escudos de piel de buey. Con la lanza en la otra mano gritaron órdenes a sus hombres.

—¡Ho-hee! ¡Ho-hee! ¡Ho-hee!

El grito se transformó en un canto poderoso que cubrió toda la montaña.

Una vez más la horda primitiva del rey Udu reanudó la marcha hacia el desfiladero donde unas armas modernas podían aniquilarla con la misma facilidad que si hubiesen sido moscas...

*****

Doc Savage estaba sentado en la cámara real de Udu. El acceso de fuerza que llevó al rey delante de sus consejeros y de su pueblo iba desapareciendo rápidamente. El hombre de bronce recurrió a un poderoso estimulante, pero el rey Udu tenía cerca de cien años.

Su corpachón estaba deshecho y únicamente la voluntad de salvar a su pueblo y a su reino le había mantenido vivo hasta entonces. Cuando Doc salió de la cámara real, levantó la mano, pidiendo silencio. Los ojillos astutos y negros de Selan brillaron en su rostro arrugado.

El viejo brujo no se dejaba engañar fácilmente.

Doc se dio cuenta que Selan y los demás consejeros se volverían rápidamente al dominio del Largo Juju, donde su supuesta brujería les daría poder. El hombre de bronce estaba preocupado por el cautiverio de Renny, de Pat Savage, del conde Cardoti y de la señorita Moncarid.

Sus vidas dependían de un paso dado en falso.

El extraño ejército guiado por Ham, Monk y Logo debía permanecer en el desfiladero. Además, era preciso obtener que sus armas primitivas prevalecieran al enfrentarse con la maquinaria más moderna y eficiente.

—Ha llegado la hora de recurrir al consejo de la gran sabiduría —dijo solemnemente Doc—. Selan, es con sus ojos que hemos de ver el ejército que espera al otro lado de la montaña. Sus pájaros de muerte han quedado destruidos. Me acompañará en el ala que vuela.

Selan, el curandero, era susceptible al halago. Sin duda se daba cuenta de la grandeza de Doc Savage, pero su orgullo le hacia olvidar que su propia creencia en si podía ser usada contra el.

—Acompañaré gustosamente al gran Doc Savage —dijo, saludando, como si confiriese un verdadero favor—. Me gustará hacer el experimento de volar en el Ala.

Doc ye puso al habla por radio con Johnny, usando la onda corta.

—Trae inmediatamente el Ala al pueblo del rey Udu —dijo—. El sabio Selan, que es hombre de gran medicina, observará con nosotros el ejército de los demonios invasores.

Doc Savage sabia que su ardid tendría éxito, pues, tendido en su real lecho de pieles, el rey Udu no estaba dormido… El rey de Kokoland estaba muerto, pero el ejército y su pueblo seguían ignorándolo.

CAPÍTULO XVI

EL ALA ARDE

MONK tuvo noticia de que Doc Savage llamaba al Ala al pueblo del rey Udu.

La oscuridad tropical reinaba sobre el monte Kibo. Sin duda los exploradores de los invasores habrían avisado la llegada de un ejército abigarrado y descalzo, una verdadera horda primitiva.

Los oficiales de infantería, los tanques y la artillería ligera se disponían a ponerse en movimiento. Nadie prestaba fe a las declaraciones de los desconcertados aviadores que volvían poco a poco en sí. Era difícil que los oficiales de la gran legión aceptaran semejante historia, es decir, que un viejo y decrépito Spad del tiempo de la Gran Guerra, guiado por un lunático solitario, logró destruir un escuadrón de cazas y bombarderos.

Los oficiales y pilotos del escuadrón cayeron en desgracia. Varias órdenes fueron gritadas. Las comunicaciones habían sido establecidas con aliados de la selva. Los masai y swahili, bajo el mando del Shimba, estaban dispuesto a unírseles para una rápida invasión.

Era cosa fantástica que el escuadrón da aviación no pudiese ser enviado para bombardear el reino del rey Udu y preparar el paso del ejército.

Pero el ejército tenía que moverse.

En aquel momento hubiera sido de esperar que el ejército descalzo del rey Udu llevara cuantos fusiles modernos poseía. Sin embargo, exceptuando las extrañas pistolas de Monk y Ham, que disparaban balas misericordiosas, así como la de Logo, no se habían preparado armas modernas.

Cualquier modesto corresponsal de guerra habría estado

convencido de la locura de Doc. A juzgar por las apariencias, Monk y Ham eran candidatos al manicomio.

El cuerpo peludo de Monk estaba generosamente pintado de ocre rojo y blanco. Unas plumas de avestruz teñidas de rojo se mecían sobre su frente y le daban el aspecto de un gorila que asoma entre la maleza.

—A ver si vivo para acordarme de lo que parecías cuando te hicieron general —dijo Ham, burlonamente—. No necesitamos fusiles, mico. Basta con que te enseñes al ejército enemigo.

Por una vez Monk se mostró amable. También Ham estaba pintado de rojo y blanco. Una larga pluma de avestruz se doblaba sobre su nariz aguileña.

—Lo único que pido es poder llevar tu retrato a Park Avenue —dijo Monk—. ¡Sobre todo, cuando estabas dando patadas a esos muchachos alrededor de la última charca!

—¡Maldito seas, mico sinvergüenza! ¿No habrás sacado instantáneas, supongo —exclamó Ham.

—¡Harás sensación; no temas! —gruñó Monk.

Centenares de guerreros llenaban las grietas y barrancos del desfiladero del monte Kibo y se estremecían en las frías cuevas de las paredes volcánicas de éste.

Los jefes habían dado a regañadientes la orden de dejar las lanzas, los arcos y las flechas. Habrían preferido entregarse a nuevas danzas en torno a unas grandes hogueras, ofreciendo así un blanco fácil a los cañones modernos del ejército con el cual iban a enfrentarse.

Los preparativos para luchar con aquel ejército moderno, los realizaban Monk, Logo y algunos de los jefes dotados de mayor inteligencia. Su ocupación era demasiado fantástica para parecer creíble.

Contra los tanques, los cañones, los fusiles a repetición y tal vez las bombas de gases asfixiantes, los indígenas estaban cargando miles de cerbatanas.

Habían descartado todo otro armamento.

Monk, Ham y Logo preparaban los dardos. Tan pronto como estaban cargadas las cerbatanas, eran enviadas a lo largo de ambos lados del desfiladero. No parecía sino que en aquel aprieto, Doc Savage había abandonado toda idea de evitar una efusión de

sangre.

Las cerbatanas, entre todas las armas, son las más mortíferas a corta distancia. El veneno usado por los indígenas y con el cual untaban la punta de sus dardos, paraliza inmediatamente el corazón de los heridos.

Un mensajero de la tribu llegó sin aliento a la cueva en la cual Monk y Ham dirigían la defensa.

—Los demonios extranjeros se mueven —anunció, cayendo de bruces—. Los elefantes sin cabeza trompeteara delante de ellos.

—Se refiere a los tanques —dijo Logo—. ¿Están colocados todos los jefes?

Fueron interrumpidos de repente por un silbido. Un inmenso triángulo luminoso pasó sobre el desfiladero. Los guerreros cayeron postrados. Era la primera vez que veían el Ala.

Monk y Ham se habían informado por radio de parte de lo ocurrido en el pueblo, pero el hombre de bronce no se atrevió a confiar toda la verdad por el aire. Temía que la noticia de la muerte del rey Udu fuese recogida por el Shimba con el aparato de radio de Renny.

—¿Qué crees que Doc intenta hacer? —preguntó Monk.

—Se anticipa a las maniobras de nuestros enemigos —dijo una voz reposada que salía de la boca de la cueva—. Doc sube a observar…

Johnny se acercó.

—¡Me pregunto por qué tiene todas las luces encendidas! —dijo Ham ¡Eso es buscar complicaciones!

—Esto es el fin que persigue con esta demostración —declaró Johnny—. Los invasores poseen todavía un caza que podrían emplear para bombardear.

—Oye, ¿no atraerá al ejército a toda velocidad al desfiladero?

—Quizá —dijo Johnny—. Pero Doc se ha llevado a paseo a ese viejo brujo, Selan…

—¿Selan con el? —exclamó Logo, mirando fijamente a Johnny —. ¡Lo habrá hecho con algún fin!

—Sin duda alguna —concluyó Johnny—. Pero no me lo ha participado.

El Ala se perdió entre la niebla y, de pronto, Monk, Ham y los demás oyeron el zumbido del motor de un aeroplano.

—¡Este es el único caza que Doc no ha puesto fuera de combate esta mañana! —declaró Johnny—. ¡Creo que fue un error!

El sordo silbido del Ala quedó cubierto por el trueno del caza. Sin duda, éste iba piloteado por los mismos aviadores que se dejaron engañar por el viejo Spad. En tal caso, buscarían una revancha.

—Será sencillísimo —dijo Monk—. Me gustaría ver lo que ocurrirá cuando esos sujetos den con los rayos del proyector. Doc les parará en un abrir y cerrar de ojos. ¡Suben bastante arriba!

Los dos aparatos buscaban altitud. Sin duda, Doc hacia experimentos para darse cuenta de las posibilidades del caza.

—Tal vez les está llevando a paseo junto con ese mico de Selan —dijo Ham—. Es lástima que no haya una verdadera lucha que le procure un rato de emoción a ese brujo…

EL Ala y el aeroplano volvieron a bajar sobre el desfiladero. Las luces del Ala señalaron su paso en la niebla. El ruido de la helice del caza indicó que estaba cerca de su adversario.

Se vieron dos lenguas de fuego, acompañadas del ruido espasmódico de las ametralladoras.

—Podrían ahorrar las municiones —dijo Ham—. Me pregunto si Doc empleará el gas frío.

La respuesta a esta pregunta fue inesperada. Ciertamente, no era el gas frío lo que de pronto explotó, iluminando el monte Kibo y el desfiladero.

Las montañas volcánicas y desnudas se destacaron con la misma claridad que si el sol hubiese alumbrado de repente la noche tropical.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¡El aeroplano ha embestido al Ala! ¡Nuestro gas no era combustible! ¿Qué habrá ocurrido? ¡Doc está perdido!

Monk y Ham permanecieron mudos de asombro, demasiado atónitos para poder hablar.

El Ala caía en miles de pedazos. A la intensa luz que reinaba, se vio al caza enemigo subir como atraído por un viento huracanado. El aire pareció chupado del desfiladero por la tremenda explosión.

Entre los ecos subió el tintineo de metal sobre roca. Algunos asustados indígenas gritaron. Salían de una ladera del gran desfiladero.

Trozos del Ala caían como lluvia mortal.

—¡Doc! ¡Doc! —gritó Monk—. ¡No ha tenido tiempo de saltar!

—Debió ver lo que se preparaba! —insistió Ham—. No se dejaría atrapar en esa trampa. Lo encontraremos cerca de aquí. Apuesto a que ha salvado al viejo Selan también.

Los aterrorizados indígenas evitaban el lugar donde el Ala había caído. Sus trozos metálicos cubrían una extensión de terreno de varios centenares de yardas. Monk fue el primero en trasladarse allí.

—¡Eh, Doc! —gritó el químico—. ¿Estás sin novedad?

Nadie le contestó. A bastante distancia, todas las rocas se veían desnudas.

Johnny se había apoderado de un proyector de rayo invisible y se puso unos lentes extraños, parecidos a latas de leche condensada, sobre los ojos. Monk y Ham le imitaron, poniéndose lentes similares.

—No permitamos que los guerreros se den cuenta de lo que ha sucedido —dijo de pronto el inteligente Logo.

—¡Maldición, maldición! —chillaba Monk—. ¡Nada puede haber sucedido a Doc!

Johnny no estaba tan seguro como El de la suerte que le cupo a su jefe y amigo. Acababa de recorrer todo el espacio posible en el cual un paracaídas podía haber bajado.

—El viento que sopla de la montaña habría empujado un paracaídas al desfiladero —declaró Johnny—. Temo que no podamos llegar más que a una sola conclusión.

Aunque buscaron detenidamente la base de una pared rocosa, no hallaron rastro alguno del hombre de bronce. Pero cerca de una de las cuevas, Logo gritó:

—¡Selan! ¡Es el brujo!

El viejo y arrugado curandero estaba acurrucado en un hueco de la pared.

—¿Dónde está su paracaídas? —preguntó Ham—. ¿Qué le habrá pasado a Doc? Pregúntaselo, Logo. No entiendo su jerga.

Logo interrogó al viejo Selan. El curandero meneó la cabeza y murmuró algunas palabras.

—Selan dice que Doc le puso aquí para esperarle —interpretó Logo—. No le permitió subir con el al encuentro del enemigo.

El calmoso y equilibrado Johnny asumió el mando y llevó

nuevamente el entristecido grupo a la cueva. De lejos llegaba el sordo trueno de los tanques en marcha.

CAPÍTULO XVII

LA RESURRECCIÓN DEL REY UDU

EL rey Udu había muerto. Selan, el viejo curandero, estaba ausente y la noticia no se difundió inmediatamente, pero en medio de la noche, un canto plañidero subió del palacio del monarca.

Los seis consejeros restantes se vieron obligados a presentarse ante el pueblo. Antes de hacerlo, cuidaron de que el cadáver del rey fuera preparado para descansar con los honores debidos en el lecho real.

Unos cuantos estaban sentados en el suelo de tierra y se mecían, chillando una y otra vez:

—¡Ai-ee! ¡Ai-ee! ¡Ai-ee!

El gemido estridente llegó a los oídos de los ancianos encerrados en sus cabañas, alcanzó la larga choza de las mujeres, y los niños despertaron para unirse al lamento de la tribu entera:

¡Tunk, tunk, tunk, tunk!

Una vez más, los tambores de piel transmitieron su mensaje. A causa de la explosión del Ala y del ruido ensordecedor de los tanques del ejército invasor, los tom —toms, telégrafo de las colinas, fueron lentos en transmitir su mensaje.

Monk dio pruebas de un genio inesperado. Se halló entre los primeros que oyeron los tambores y eso porque el químico rebuscaba todavía entre las laderas donde el hombre de bronce podía haber estado.

—¡Maldito sea! No puede haber sucedido nada a Doc.

El rostro feote de Monk estaba contraído de dolor. Examinó piezas del Ala.

La explosión debió ser terrible y, sin embargo, Monk sabia que el gas del Ala no era combustible. Algunos tubos de metal

retorcidos no habían quedado destruidos y Monk los examinó.

Una luz de comprensión asomó a los ojillos de Monk.

—Apuesto lo que quieran a que ésta es la respuesta —dijo—. Eso habría hecho saltar la vieja montaña en pedazos.

No en vano era Monk un gran químico industrial. Acababa de descubrir que Doc había llevado bombas de gran potencia en su aparato.

Oyó de pronto el mensaje de muerte de los tambores.

—De manera que eso es lo que Doc intentaba ocultar —murmuró—. Sabia que el rey Udu estaba muerto y se llevó al viejo brujo antes de que pudiera complicar el asunto.

Monk corrió torpemente hacia la cueva. Si los jefes diseminados en la montaña, cerca del desfiladero, oían el mensaje de los tambores, darían a sus guerreros la orden de batirse en retirada, de eso no le cabía duda.

Monk entró de un salto en la gran cueva donde Ham, Johnny, Logo y el viejo Selan y medía docena de jefes de las tribus estaban reunidos. Se dio cuenta de que no habían oído todavía el mensaje de los tambores.

—¡Bien; Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¡Sufre un ataque de psicosis antropoidea!

Ham miró a Monk con preocupación.

Logo dejó ver que creía a Monk loco de remate.

—¡Ho-hee! ¡Ho-hee! ¡Ho-hee! —gritó Monk.

Su vocecilla infantil llenó la cueva.

Monk se apoderó de los bastones de uno de los tambores mayores. Era un inmenso tronco de senecio vacío, cubierto en un extremo con una piel de Kudu.

—¡Ho-hee! ¡Rayos y centellas! ¡Ho-hee! ¡Preparaos!

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Los poderosos músculos de Monk abatieron el palo sobre la piel del tambor.

Este emitió un sonido parecido al tañido de una enorme campana enfundada.

Al mismo tiempo, los labios de Monk se movían. Estaba mirando a Ham y Johnny y éstos empezaron a comprender. Todos los ayudantes de Doc leían perfectamente el lenguaje mudo de los labios. Monk estaba hablando a sus compañeros silenciosamente.

Logo y el viejo Selan no se enteraron de nada, aunque era posible que el inteligente Logo comprendiese a medias.

—El rey Udu ha muerto —decía Monk con los labios—. ¡Es preciso darnos prisa! ¡Que las tribus ataquen!

El ritmo de los golpes que asestaba en el tambor era la señal de ataque de las tribus. Veinte golpes lentos por minuto. Algunos de los guerreros que estaban cerca, recogieron el aviso y lo transmitieron a su vez.

Ham y Johnny pusieron manos a la obra. Del Ala habían descargado cajas de aparatos y varias cosas. Centenares de extraños lentes fueron repartidos entre los guerreros por medio de sus jefes. Muchos los contemplaron con desconfianza.

—Esto hará ver a vuestros hombres allí donde no hay luz —dijo el sabio Logo—. Los demonios que se acercan se hallan en la oscuridad, pero aparecerán ante vuestros ojos.

Uno de los jefes reunidos bajó los lentes que llevaba ante los ojos, dando evidentes señales de temor supersticioso.

—¡Demonios Voodoo! —rezongó—. Oigo un mensaje lejano.

Monk se enfrentó con el fornido guerrero. Había sonado la hora de hacer una demostración. Cogió en su manaza la muñeca del jefe. El indígena se retorció, pero estaba impotente. Monk usaba uno de los apretones de mano paralizadores que le había enseñado Doc Savage.

Debajo de la cueva, el desfiladero se hallaba en las tinieblas. Monk alargó la mano y dijo: —¡Johnny, la magia!

Johnny comprendió. Recogió uno de los proyectores de rayos invisibles. La luz invisible inundó el desfiladero y Monk colocó los lentes sobre los ojos del indefenso jefe, obligándole a volverse.

—Ahora ves allí donde no hay luz —anunció Monk en el idioma del indígena—. ¡Tu pueblo será más grande que el Largo Juju! Nos disponemos a resistir a los demonios invasores.

El jefe veía claramente allí donde no había luz. El desfiladero resaltaba en negro y blanco y distinguía a sus propios guerreros agachados entre los peñascos.

—¡Ho-hee! ¡Ho-hee! —gritó el jefe.

Los otros jefes se pusieron los lentes y se unieron a el, lanzando el grito de batalla.

—¡Que todas las cerbatanas estén colocadas!— —ordenó Monk.

Ham admitía rara vez que Monk servia para algo, pero en aquel momento, la cara del abogado trasuntaba admiración.

—Hay momentos, maldito insecto en que pienso que tienes algo en la sesera —dijo a regañadientes. Y añadió rápidamente, en el idioma de los antiguos mayas:— ¡Pero si esos salvajes se enteran que el viejo rey ha muerto, estamos al agua! Con Doc desaparecido y el rey Udu muerto, esos nativos nos abandonaran en el acto.

El viejo Selan miraba fijamente a Ham. Hacia rato que estaba callado y cabizbajo.

El idioma maya era poco conocido, pero Ham había cometido un grave error. Doc y sus hombres lo usaban para confundir a sus enemigos, pero había un hombre en Kokoland que conocía aquel lenguaje.

El viejo Selan comprendió lo que Ham acababa de decir.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡Ai —ee!— gritó de pronto el arrugado brujo —. ¡El jefe blanco miente! ¡El rey Udu está muerto! ¡El Largo Juju reinará!

Antes de que pudiera ponerle la mano encima, el viejo brujo salió corriendo de la cueva. Casi inmediatamente, un tambor cambió sus notas.

Los jefes que se hallaban en la cueva cayeron de bruces y gimieron.

—¡Buena se ha armado! —dijo Johnny, olvidando sus complicadas palabras—. Eso es lo que Doc quería evitar al traer al viejo Selan aquí.

—No podemos hacer nada —dijo Logo—. Todos los hombres dejarán caer las armas. Estamos vencidos por nuestro propio pueblo antes de empezar la batalla.

*****

Mientras el pánico cundía entre los centenares de guerreros apostados en el desfiladero, los cantores gemían en el palacio del rey Udu.

Encendieron las antorchas fúnebres de aceite de nuez y delante de la enorme sala del trono, una docena de tom —toms expresaba la pena y la desesperación del afligido pueblo.

Formando un extraño contraste, los fuertes acentos de una orquesta de Jazz band cubrieron la música de los tom —toms. Era una música militar, y durante un momento ahogó el ruido de los

tambores.

Esta extraña música provenía del moderno aparato de radio del rey. Estaba tocando una marcha guerrera.

La radio estaba colocada en el trono, frente a los centenares de cráneos de enemigos decapitados. Delante de la puerta detrás de la cual el rey Udu descansaba, había un montón de objetos diversos.

Eran los adornos y armas de la familia del rey Udu durante generaciones; vasijas con alimentos y una cabra blanca viva que balaba chillonamente. Los kokoneses habían preparado a su difunto monarca para su viaje a otra tierra.

Unas antorchas de aceite alumbraban débilmente la cámara mortuoria. El corpachón del rey Udu descansaba sobre el lecho de pieles. En la misma estancia se hallaba todavía el ataúd del príncipe Zaban.

Una docena de guardias armados de largas lanzas estaban apostados en la puerta.

Los ancianos se refregaban la frente en el polvo de las calles y murmuraban.

Las mujeres gemían en su cabaña.

Los guardias armados de lanzas no se movían más que estatuas de caoba esculpida. Sus gigantescos cuerpos estaban teñidos de un rojo intenso.

En la entrada del pueblo, la tierra retembló y se oyó un trompeteo que ahogó la música de la radio y de los tom —toms. Los kokoneses traían los elefantes.

El paso de la manada de paquidermos era una costumbre funeraria. A veces los lloraduelos no se apartaban siquiera a su llegada y algunos eran pisados, pero, por regla general, los inteligentes animales procuraban no herir a nadie.

La música de la radio concluyó repentinamente. Del interior del palacio surgieron gritos salvajes. Los cantores salieron de estampida a la calle, seguidos de cerca por los guardias que tiraron sus lanzas al correr.

Los seis consejeros fueron los últimos en salir, intentando ocultar su terror.

Con las manos en alto, invocaban a sus dioses en murmullos temblorosos.

La inmensa figura del viejo rey Udu saltó andando detrás de los

consejeros.

Su corpachón estaba cubierto de ornamentos funerarios. De su cuello, de sus brazos y manos, colgaban numerosas joyas. El signo mortal de la tribu se hallaba en su frente.

El cuerpo grasiento del monarca de Kokoland temblaba al andar, pero sus ojos negros brillaban de vida. Habló con voz clara:

—Se ha cometido un grave error —dijo con calma—. He estado durmiendo, desafiando la tentativa de mis enemigos para hacerme morir. Traed los elefantes, incluso la manada fúnebre. ¡Iré a asumir el mando de mi ejército!

Los arrugados consejeros cayeron de bruces. El grueso rey Udu, bien vivo, por cierto, bajó a la calle de su pueblo.

*****

Únicamente el incremento del canto de los pájaros tropicales y el parloteo más contenido de los hyrax señalaban la proximidad del alba. Una densa niebla coronaba el monte Kibo y el Kilimanjaro entero.

—Es inútil —gruñó la voz de Monk—. Algunos jefes ordenan a sus hombres que tiren los lentes.

—Si —dijo Logo—. Creen que han sido engañados. Dicen que vosotros pertenecéis al ejército invasor y que los habéis traído al desfiladero para matarles. Están disponiéndose a retirarse.

—Hace rato que no oigo a los tanques —dijo Johnny, que regresaba de una gira de inspección por la ladera—. No me gusta eso. Los invasores esperarán el alba para atacar y gran número de guerreros bajan ya por la montaña.

—¡Maldición! —gritó Monk—. ¡Debí ahogar a ese viejo brujo mientras lo tenía aquí! ¡Es preciso luchar! ¡Saldré e intentaré hablarles!

Monk salió de las rocas que formaban la entrada de la cueva y se alumbró con una lámpara eléctrica para que se le viera claramente. Cometió un error.

Unos gritos brotaron entre los guerreros y una lluvia de flechas cayó en torno a la entrada de la cueva.

—¡Uy! —aulló Monk—. ¡Malditos salvajes!

Una flecha se le clavó en el hombro. Ham le arrastró al interior de la cueva.

Se oyó en el extremo superior del desfiladero la explosión de los

motores de los tanques.

El ejército invasor penetraba en el desfiladero.

CAPÍTULO XVIII

EL EJERCITO DA UN GOLPE

LA horda de kokoneses de Monk y de los guerreros de las tribus aliadas había iniciado la retirada. AL comenzar el ataque, los aterrorizados nativos volvieron a encaramarse a las paredes. Los tambores que anunciaban la muerte del rey Udu callaron de repente.

—Si pudiésemos hacerles luchar desesperadamente —dijo Ham —. ¡El mal está en que el viejo brujo Selan está ganado a la causa del Largo Juju! ¡No me extrañaría saber que ha estado de acuerdo con el Shimba todo el tiempo!

—¡Maldición! —explotó Monk—. ¡Eso no es lo peor! Sé que esa señorita Moncarid está complicada en el asunto. No me extrañaría que ella fuera el Shimba.

Logo meneó la cabeza.

—Creo que se equivoca —aseguró—. Está prisionera junto con la señorita Savage.

—Eso no es posible —intercaló Ham—. Pero sin Doc, la cosa se presenta mal para nosotros. Si este ejército se abre camino, sea quien sea el Shimba, Pat y Renny están perdidos.

En el desfiladero, debajo de ellos, se oyó un ruido de pisadas debido a muchos pies descalzos. Hubo unos disparos en la entrada del desfiladero.

El ruido de los tanques y el movimiento de la artillería ligera decían a las claras que los invasores se movían en masa. Unos gritos de agonía subieron hasta la cueva.

La retirada de los guerreros había empezado y no tardó en transformarse en desbandada general.

—¡Rayos y centellas! —gritó Monk—. ¡Es posible que sea el

final, pero yo voy a luchar!

La sangre manaba del hombro herido. El químico se dispuso a salir nuevamente a descubierto.

—¡Kafee! ¡Kafee!… (es decir, ¡Mata! ¡Mata!)

El grito salvaje salía del fondo de la cueva. Guiados por los jefes horrosamente pintados, una docena de guerreros irrumpió en la cueva.

Blandían sus largas lanzas y rodeaban a Monk y a los que le acompañaban.

—¡Kafee! ¡Kafee! —gritó nuevamente uno de los jefes.

Meneó la cabeza y una de sus orejas le cayó sobre el hombro, formando una horrible anilla de carne.

—¡Masa! —exclamó Logo—. ¡Selan y el Shimba nos han traicionado!

Monk y Johnny habían sacado las pistolas. Los indígenas desconocían sus efectos y no hicieron uso de sus lanzas con bastante rapidez. Las pistolas gimieron. Los dos jefes cayeron y algunos guerreros soltaron sus armas.

Pero otros penetraban ya en la cueva.

—¡Nuestra salvación está en entregarnos! —aconsejó Logo—. No podemos dominarlos a todos.

De pronto, un trompeteo agudo llenó el desfiladero y el suelo de éste retembló. Una brillante luz surgió entre las paredes de la montaña y se distinguió una enorme masa.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. ¡Es un elefante, el mayor que he visto en mi vida!

El cuadrúpedo era tan grande como una casa y llevaba la trompa en alto, rígida. Su trompeteo se parecía al silbido de una locomotora.

Su ancha boca roja era una cueva de sonidos furiosos y sus largas defensas brillaban a la extraña luz reinante.

La luz salía del suelo y parecía haber brotado de una docena de sitios distintos. Centenares de guerreros que huían, cayeron de bruces entre las rocas.

—¡Gran Julio César! —exclamó Ham—. ¡El viejo rey Udu en persona!

La inmensa y gruesa figura del rey Udu se destacaba en la cabeza del monstruoso elefante. Rollos enteros de alambres

colgaban de su cuello y de sus brazos, y extrañas joyas centelleaban en sus manos y orejas.

—¡Gran Dios! —exclamó Logo como un americano de pura cepa —. ¡Está llevando el tocado fúnebre! ¡El rey Udu estaba muerto y ha vuelto a la vida con sus ornamentos funerarios!

La extraña luz química, duró menos de medio minuto. Durante unos pocos segundos, el rey Udu levantó un brazo enorme y su voz sonó clara y fuerte.

—¡Atrás, mi pueblo! —ordenó—. Mis enemigos han dicho que había muerto. Ya podéis ver que estoy vivo. He venido a asumir el mando. ¡No entregaremos nuestro reino! ¡Ved lo que llevo!

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. ¡La guerra vuelve a empezar! Logo, ¿puedo obtener que esos jefes hagan lo convenido?

Logo estaba mirando al rey.

—¡Es el Ídolo de Sangre! —gritó—. ¡El Ídolo de Sangre ha vuelto al reino! ¡Mirad!

Monk, Ham y Johnny no veían más quo una mancha roja en medio del pecho del grueso rey Udu. La luz que se reflejaba sobre su superficie le arrancó destellos de un rojo cegador. Una enorme joya colgaba del cuello del rey, sujeta por una cadena.

La vanguardia del ejército estaba tal vez demasiado sorprendida para obrar rápidamente. La luz que revelaba al rey Udu y al elefante se apagó antes de que los primeros fusiles dispararan. Una ametralladora disparó desde uno de los tanques.

Un grito de agonía salió de la bocaza del elefante. El enorme paquidermo cayó de lado como una casa que se derrumba. El grueso rey rodó por el suelo.

Apagada la luz, el desfiladero quedó hundido en una oscuridad completa.

Pero los guerreros de Kokoland lanzaban gritos de guerra… El rey Udu vivía.

—¡Voy a traer al rey Udu aquí! —gritó Ham:— ¡Es posible que no esté herido por las balas!

Como contestándole, la voz del rey surgió de las tinieblas:

—¡Estoy ileso, mi pueblo! ¡Estoy con vosotros mientras lucháis! ¡Detened a esos invasores! ¡Yo soy vuestro rey! ¡El Ídolo de Sangre habla!

Era preferible que los centenares de leales súbditos del rey no

viesen lo que ocurría en la oscuridad.

Los que se hallaban en lo alto de los peñascos tenían lentes para el rayo invisible. Los focos de luz iluminaron los tanques. Los soldados de infantería caminaban en largas filas, pero las luces no descubrieron a los indígenas ocultos.

Desde la cueva, Monk y Johnny operaban dos enormes cajas que trajo el Ala.

Unas dínamos roncaban invisibles para cuantos no llevasen los lentes, unos rayos en forma de abanico caían sobre el ejército blanco y sus armas modernas.

Las ametralladoras de los tanques escupían fuego. Algunos soldados disparaban con fusiles de repetición. El plomo se aplastaba, al azar en las paredes. Los faros resultaban inadecuados para descubrir a los ocultos guerreros indígenas.

—¡A ellos! —gritó Monk—. ¡Lanzad los dardos!

Logo tradujo la orden con toda la fuerza de sus pulmones.

El rey Udu había vuelto de entre los muertos o quizá nunca estuvo muerto.

Los salvajes que creían en las brujerías, miraron por los lentes que veían en la oscuridad.

—¡Kafee! ¡Kafee! —gritaron muchos jefes.

Los tambores de guerra sonaron repentinamente. Cogidos en el desfiladero, incapaces de distinguir más que unas cuantas figuras en las paredes rocosas, los soldados del ejército invasor se prepararon a sufrir una descarga cerrada.

Nada ocurrió. Los soldados seguían en una oscuridad completa. Faltaban tan sólo unos minutos para el alba ecuatorial, pero esos minutos bastaron.

El huesudo Johnny iba y venia, nervioso. Llevaba un par de gruesos anteojos.

—¡Únicamente una vez en la vida tiene el hombre la oportunidad de observar semejante manifestación de sugestión Psico —mágica!— declaró el geólogo.

Las armas modernas disparaban sus balas al aire. Los guerreros negros habían descartado sus lanzas, sus arcos y flechas, sus grandes escudos de piel de buey y aun los pocos fusiles antiquísimos que poseían. Los que llevaban lentes sostenían sus cerbatanas entre los labios.

—¡Por todos los santos demonios envenenadores! —gritó un oficial blanco del ejército invasor, cayendo de bruces.

Otros caían también. Algunos disparaban, pero al azar. Sobre los soldados caía una lluvia de dardos diminutos que daban en el blanco con una precisión extraordinaria. Los dardos tocaban las caras y los cuellos y cuando no alcanzaban a nadie, explotaban con un leve ruido en las rocas.

—Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¡Mirad, creen estar envenenados, Johnny!

Los hombres blancos del ejército invasor tenían este temor. No veían casi nada y caían como moscas. Algunos gritaban como poseídos. Habían oído hablar mucho de las flechas envenenadas de los salvajes.

Los conductores de los tanques no podían continuar la marcha, pues los cuerpos de los soldados les bloqueaban el camino y no querían aplastar a los muertos.

Esos, conductores y ametralladores se habrían sorprendido al saber que no había un solo hombre muerto en el desfiladero. Los dardos estaban untados de productos anestésicos. Las víctimas dormirían tal vez un día entero y se encontrarían bastante mareados después.

—¡Esto soluciona el asunto invasión! —dijo Johnny.

—¡Maldición! ¡Les he ordenado no usar las lanzas! —declaró Monk.

Armado con la pistola de balas misericordiosas, Monk se deslizó por la pared rocosa. Algunos guerreros tiraban sus lanzas y otros flechas. Eran guerreros sin lentes y algunos soldados caían ahora heridos o muertos.

Los conductores y ametralladores de los tanques se durmieron de pronto.

Sus motores siguieron roncando, pero los tanques permanecieron inmóviles.

El alba tropical fue, como siempre, una explosión de luz que reveló un desfiladero aparentemente sembrado de cadáveres. Los invasores yacían en montones grotescos y los pintados guerreros indígenas eran difíciles de contener.

—¡Os mataré a todos con mi propia mano si empezáis a asesinar a nadie! —gritó Monk.

El químico disparó sobre una banda sanguinaria con su pistola y esto tuvo la virtud de calmar a las demás. Los guerreros consideraban a Monk como un verdadero dios, aunque no fuera más que un dios de los micos…

Monk y Johnny subieron a los tanques. Cargados con las armas del ejército durmiente, los guerreros de Kokoland emprendieron triunfalmente la vuelta al pueblo del rey Udu.

—¡Maldición! —se quejó Monk—. ¿Qué creéis que habrá sido de Ham y del viejo rey?

—Los masai —exclamó Logo—. Afortunadamente, todo ha concluido antes que nuestro pueblo lo descubra. ¡El Shimba debió seguir la pista del rey Udu! ¡Y deben haberse apoderado de su amigo Ham.

—¡Nunca dos sin tres! —chilló Monk—. Primero perdemos a Renny y a Pat Savage. Luego Doc desaparece con el Ala. ¡Y para colmar la medida, esos demonios negros han atrapado a Ham y al rey en persona!

No parecía haber lugar a duda alguna, pues tres guerreros yacían cecea del elefante muerto y por sus orejas se conocía que eran masai. Monk señaló sus rostros, que habían sido heridos con la punta de la espada de Ham.

Debió haber una lucha corta, pero enconada, al final de la cual, el rey Udu y Ham fueron hechos prisioneros.

Los guerreros estaban a la sazón embriagados por su asombrosa victoria para demostrar ansiedad ante la ausencia del rey. Posiblemente, cada grupo se figuraba que se hallaba con otro o que había regresado ya al pueblo.

Logo dirigió rápidamente la operación de ocultar a los inconscientes masai.

Afortunadamente, los kokoneses sentían cierta repugnancia por acercarse al paquidermo que formaba parte de la manada fúnebre.

—No he visto al viejo Selan, el brujo, en ninguna parte —dijo Johnny—. Apuesto lo que queráis que ese viejo lobo tiene que ver con la desaparición del rey.

Logo examinaba la oreja del elefante y lanzó una exclamación de asombro.

Luego levantó la dura carne.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¡El viejo rey era listo!

Una enorme joya roja estaba oculta en la oreja del elefante. Representaba una figura grotesca que era mitad hombre, mitad escorpión.

—¡El Ídolo de Sangre! —dijo Logo—. ¡Es preciso volver al pueblo!

CAPÍTULO XIX

EL REY QUE ARDE

POR primera vez en la historia del pueblo, unos tanques de guerra modernos recorrían las calles polvorientas. La capital de Kokoland estaba iluminada por las hogueras de la victoria.

Gigantescos guerreros adornados de plumas y untados de aceite, de rostros horrorosamente pintarrajeados, saltaban y bailaban según la costumbre de su tribu. Centenares de rifles modernos, ametralladoras y piezas de artillería ligera estaban en la sala del trono del rey Udu.

—Que me aspen si esas calaveras no ríen más que antes —exclamó Monk—. Hemos ganado una guerra y ¿qué hemos sacado con ello? Doc ha desaparecido. Pat, Renny y Ham pueden estar muertos. Incluso el rey Udu vuelve a la vida y desaparece casi inmediatamente. Hemos de hacer algo...

—Si tuviésemos a ese viejo brujo de Selan, creo que descubriríamos dónde se ocultan esos masai —musitó Johnny—. ¿Qué le parece, Logo?

—He hablado con los consejeros y saben algo que no quieren decir —declaró Logo—. Pero estad preparados para cualquier eventualidad. Todavía podemos hacer algo.

En las calles, los tom —toms resonaban con salvaje furia. El gran elefante había pertenecido a la manada sagrada, pero no dejaba de ser carne.

Los hombres cocían grandes bistecs del paquidermo y asaban sus pies en hoyos calientes.

—En cierta ocasión, comí bistecs de elefante —dijo Johnny—. Lo herví desde el lunes por la mañana hasta el viernes por la noche. Luego lo chupé desde el viernes por la noche hasta el lunes por la

mañana. Después de eso, quedé curado para toda mi vida de ganas de comer bistecs de elefante.

Monk no escuchaba. Estaba mirando a Logo. De pronto, éste sacó la joya roja hallada en la oreja del elefante.

—¡El Ídolo de Sangre! —exclamaron los seis consejeros, cayendo de bruces y murmurando en su idioma, sobrecogidos de un extraño temor, mezclado de respeto.

—¡Estos hombres de Doc Savage han salvado el reino! —gritó Logo con voz estentórea—. ¡Ahora han de saber más del Shimba! ¡Lo que Selan sabia y ocultó al rey debe conocerse! ¡El Ídolo de Sangre castigará con la muerte a los que ocultan la Verdad!

La amenaza fue seguida de unos segundos de silencio. Luego, todos los consejeros empezaron a hablar a la vez. Ni Monk ni Johnny comprendían una sola palabra de lo que decían.

—¡Lo sé! —gritó Logo—. ¡Los invasores blancos están indefensos! ¡Volveremos a dar un golpe mientras la sangre de los guerreros está ardiente! ¡Me han indicado el lugar donde está el Largo Juju!

*****

Unas hogueras que despedían un denso humo ardían en una especie de altar de piedra. Se trataba de una ancha plataforma sobre la cual se hallaba una mesa de piedra, más pequeña. En torno a ésta, caminaban dos figuras horrorosas. Sobre la mesa de piedra, yacía un cuerpo cubierto por una sábana blanca. Las dos figuras cantaban.

Una de ellas era un hombre y la otra una mujer. El hombre estaba vestido con prendas de un rojo de sangre y su rostro pintarrajeado representaba una calavera. La mujer llevaba un largo vestido verde, en el cual estaban entretejidas muchas serpientes provistas de alas. Eran las "Serpientes verdes voladoras" del voodoísmo. EL rostro de la mujer era cariancho y grasiento.

El hombre era el Papa Loi y la mujer la Maman Loi.

Eran el sacerdote y la sacerdotisa del Largo Juju.

Unas viejas removían una asquerosa mezcla de sangre y carne de cabra en una vasija. Empleaban para ello sus manos desnudas, cuya piel y carne estaban completamente quemados.

Unos guerreros horrorosos bailaban lentamente en torno a una hoguera, en el suelo. Unos objetos brillantes adornaban las anillas

de sus orejas y blandían sus largas lanzas cerca de la cara de los prisioneros encadenados a estacas clavadas en el suelo.

—¡Rayos y truenos! —gritó el vozarrón de un hombre de luenga barba—. ¡Y Doc saltó a pedazos con el Ala! ¡No podemos esperar nada ya! ¡Pero si tan sólo pudiésemos sacar a Pat y a la señorita de este apuro!

EL alto y grueso Renny estaba tan cargado de cadenas que parecía una estatua de hierro oxidado. Sus cadenas estaban atadas a un grueso poste.

A su lado se hallaba otra figura, más esbelta, también encadenada a un poste. Este individuo habló por un rincón de la boca.

—¡No te desanimes demasiado, Renny! Todavía no estamos muertos y puedes llevarte una sorpresa fenomenal.

A pesar de su situación, Ham seguía sonriente como si supiese algo que no pudiera divulgar.

EL grueso rey Udu se hallaba entre los prisioneros. Sus corpulentos brazos y piernas estaban cargados de cadenas. Únicamente el poste contra el cual estaba apoyado impedía su caída al suelo.

Muchas joyas habían sido arrancadas del cuerpo del rey Udu. Los masai lanzaren gritos de rabia al darse cuenta de la desaparición del Ídolo de Sangre. Los guerreros que atacaron, guiarlos por el misterioso Shimba, habían visto el rey adornado con la inmensa joya roja.

Pero cuando se apoderaron del rey y de Ham, el Ídolo de Sangre había desaparecido. Después de colocar el fetiche en la oreja del elefante, el rey Udu cayó, aparentemente, en el coma.

Quizá la resurrección del viejo rey no fue sino momentánea. Su corazón cansado no pudo resistir bajo aquella montaña de carne y el rey Udu no tuvo la satisfacción de saber que su aparición causó la derrota del ejercito invasor.

El rey Udu tenía los ojos cerrados. Su cabeza, coronada de mechones blancos la caía a un lado y su nariz aguileña se hundía en sus múltiples barbillas.

El Papa Loi cantaba, andando de un lado a otro y los ojos de los guerreros masai estaban fijos en el.

El rostro horrible de Maman Loi miraba a los que bailaban. Las

viejas murmuraban y removían el contenido de la vasija.

*****

—¡Guerreros de los masa! —dijo una voz de mando—. ¡El Largo Juju pide el sacrificio de la cabra blanca! ¡Con ese Juju ninguno de nuestros enemigos puede sobrevivir!

El que hablaba llevaba una extraña combinación de piel de mico y de piel de león. La parte superior de su cuerpo quedaba oculta por las crines del león y su enorme cabezota.

La voz de aquel individuo salía entre los relucientes colmillos del "comedor de hombres".

Era el Shimba. A su lado, otro hombre blanco estaba de pie. Parecía herido y tenía la cabeza baja.

—¡Ho-hee! ¡Ho-hee! —cantaron los guerreros.

—¡Maldición! —exclamó Renny—. ¡No parece el mismo Shimba que intentó sacarme de este país! ¿Qué demonios significa eso de la cabra blanca?

La sonrisa se borró del rostro delgado de Ham.

—Renny, ¿dónde están Pat y la señorita Moncarid? —preguntó.

—¡No sé dónde las han atado! —dijo Renny—. Se las han llevado a algún sitio con el conde Cardoti... Ellos...

Algo se acercaba. El canto del Papa Loi era ya un grito frenético. La Maman Loi se mecía, gimiendo.

Los guerreros masai hundieron sus lanzas en el suelo, aullando como bestias salvajes. Algunos se golpeaban el cuerpo con piedras agudas. La sed de sangre se despertaba, sin duda, en ellos.

En la plataforma de piedra, el Papa Loi hundió la mano en la mezcla de carne de cabra y sangre. Llevó los dedos a los labios y soltó un grito horroroso.

—¡La cabra blanca! ¡La cabra blanca! —aulló la voz del Shimba —. ¡Es el Largo Juju!

La mano del Papa Loi arrancó un paño que tapaba algo sobre la mesa de piedra. Renny se movió entre sus cadenas y lanzó un grito. Ham tiró de las suyas, luchando en silencio.

El Papa Loi se sacó un largo cuchillo de las ropas y levantó la mano.

Cubierta con una ancha sábana blanca, Pat Savage yacía sobre el altar con el hermoso rostro tan reposado como si hubiese estado durmiendo apaciblemente. Ella era la "cabra blanca".

El Papa Loi blandió el cuchillo, meciéndose y contoneándose.

—¡Ai —ee! ¡Ai— ee! ¡Ai —ee!

Los guerreros masai chillaban en coro, pero no miraban ya al altar, ni a la "cabra blanca". Sus ojos se habían apartado del Papa Loi y no oían los gritos del Shimba.

Todos miraban el cuerpo enorme del rey Udu.

Una cosa terrible, increíble estaba sucediendo.

La figura vasta y corpulenta del monarca de Kokoland se disolvía. El rey Udu parecía arder, consumirse en una extraña llama azul que disolvía su carne.

—¡Agarradle! ¡Es un ardid! Es...

El Shimba gritaba, pero los guerreros masai estaban petrificados.

No sólo el rey Udu era un pilar de fuego sino que su carne se consumía rápidamente. Grandes rollos de grasa caían de su cuerpo, así como las cadenas que le rodeaban los pies.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. Pude suponer que...

Los guerreros masai caían de bruces. El Papa Loi y Maman Loi habían dejado de cantar. El Papa Loi parecía alelado. Seguía blandiendo el cuchillo.

Más de cien libras de carne se desprendieron del cuerpo del viejo rey Udu, pero éste seguía de pie y emitió de pronto, el sonido más fantástico que los masai habían oído en su vida.

Se parecía al trino de algún pájaro de muerte en una tumba. Era un aviso extraño, que sin duda alguna, aterrorizó aquellos corazones supersticiosos.

—¡Doc, Doc! —gritó Renny—. ¡Cuidado! ¡Pat está en peligro!

El Papa Loi se había vuelto con el cuchillo en la mano, pero del cuerpo del viejo resurgió el asombroso hombre de bronce.

La figura de Doc seguía brillando de un color azulado. Esa luz era una sencilla mezcla de luminol o hidróxido de sodio diluidos en agua y a los que se había añadido peróxido de hidrógeno. No era otra cosa que el brillo frío de las luciérnagas.

Otros productos químicos habían desprendido los gruesos rollos de grasa y cortado las cadenas. Y en el peso extra que fue preciso para disfrazarse de rey Udu, se hallaban otros muchos productos.

El cuchillo del Papá Loi se abatía sobre Pat Savage. El hombre de bronce subió a la plataforma de piedra de un salto, movió las manos y el Papa Loi cayó de bruces, estremeciéndose. La Maman

Loi se desplomó y las viejas se durmieron con las manos descarnadas en los potes hirvientes.

Los guerreros masai estaban como paralizados. Algunos huyeron.

*****

Únicamente el Shimba adivinó la verdad. Apoderándose de una larga lanza, la dirigió hacia la espalda de Doc.

Se oyó algo parecido a un terremoto humano. El gigante Renny, incapaz de romper sus cadenas, había saltado al aire. La gruesa estaca salió del suelo y el fornido ingeniero se abalanzó como un ariete humano.

Aunque no podía hacer uso de sus puños, Renny apartó el Shimba a un lado.

El Shimba lanzó un juramento en inglés y asestó un golpe en el cráneo de Renny con el pesado mango de su lanza.

Los guerreros masai volvían al ataque, dándose cuenta que no se trataba de una manifestación de magia, El extraño cuerpo del rey Udu se lanzó entre ellos.

Varias lanzas amenazaron al hombre de bronce.

Algunas de ellas fueron cogidas y se rompieron como sencillos mondadientes. Doc levantó en vilo a un enorme masai, y a pesar de su corpulencia, lo usó a guisa de porra para abrirse paso hasta Renny.

—¡Eres temible, pero daremos cuenta de ti! —exclamó el Shimba.

Levantó una lanza, cuya punta se apoyó en la garganta de Renny. Otra lanza rozó el cráneo de Doc, llevándose algunos mechones del cabello blanco que imitaba el del rey Udu.

La hoja del arma del Shimba se hundió, pero no en la garganta de Renny. La lanza que había puesto Doc en peligro, le hizo desviar el golpe. En aquel momento, el hombre de la piel de león saltó hacia el hombre blanco que permanecía atrás.

La cabeza del león seguía ocultando sus facciones. Doc intentó desenmascararle, pero gran número de indígenas se le echaba encima, protegidos por sus escudos.

El hombre de bronce tuvo que resignarse a ver al Shimba y al otro blanco desaparecer entre las sombras de la selva.

Renny se puso de pie, tambaleándose. El ingeniero subió a la

plataforma de piedra y con su cuerpo cargado de cadenas intentó proteger hasta el último momento a Pat Savage, contra las lanzas de los masai.

Acorralado, el hombre de bronce rompió algunas cápsulas anestésicas. Eso dio cuenta de una veintena de guerreros que quedaron amontonados a los pies de Doc.

Pero centenares de guerreros salían de la maleza y los prisioneros tenían pocas probabilidades de salir con vida de la refriega.

Se oyó entonces un ruido de tambores y los masai se detuvieron. La ola mortífera retrocedió. En la lejanía, hacia el pueblo, un nuevo grito de guerra resonaba.

Un tiroteo nutrido cubrió, de pronto, el ruido de los tambores.

Ham se movió entre sus cadenas.

—¡Doc! —gritó—. ¡Han ejecutado un movimiento de flanco! ¡El pueblo de los kokoneses arde!

Un espeso humo blanco subía al aire. Se oían tiros entre el altar del Largo Juju y el incendio.

Doc y sus compañeros ignoraban que Monk, Johnny, Logo y su nuevo ejército de kokoneses había sido cogido de flanco por una horda de masai y otras tribus salvajes. El rescate del rey Udu, pues seguían creyendo que Doc lo era, se hizo de pronto menos importante para muchos kokoneses que el poner a salvo sus hogares y sus familias. Logo fue incapaz de contener una carrera de venganza hacia el poblado. Los kokoneses, armados de fusiles modernos, corrieron al encuentro de la nueva amenaza, para salvar a sus mujeres e hijos.

Mientras, Doc Savage libertó rápidamente a la señorita Moncarid y a Ham.

CAPÍTULO XX

EL SHIMBA DESENMASCARADO

—PROTEGED a la señorita Moncarid a cualquier precio —ordenó Doc—. Muerto el rey Udu, es la única esperanza de los kokoneses. Nadie más que ella gobernará bajo el Ídolo de Sangre.

El hombre de bronce abrió en silencio el camino hacia el pueblo. Ham contempló con asombro la sombría belleza de la joven que había sido la compañera de Pat.

—¿Quieres decir que la señorita Moncarid es del pueblo de los kokoneses? —preguntó el abogado.

Pat Savage que estaba pálida, pero que no tardó en recobrarse, le otorgó una sonrisa superior.

—Hace tiempo que lo sé —dijo tranquilamente—. Muerto el rey, su padre, es la última descendiente de la familia. Los masai la hicieron prisionera cuando era niña, pero, en realidad, se llama la princesa Monca.

—No tenemos tiempo de discutir esto ahora —declaró Doc—. Algunos kokoneses están bien armados en la actualidad, pero los masai y sus aliados son miles. Sin duda, el Shimba proyecta destruir el pueblo, derrotar a los leales y perseguirnos después.

Sabedor ahora que el rey Udu no era otro que Doc Savage, tal era el propósito del Shimba. Gran número de sus guerreros fue enviado al ataque del pueblo mientras se desarrollaba la ceremonia del Largo Juju.

A causa de Pat Savage y de la princesa Monca, el hombre de bronce se acercó al pueblo con cautela. El paso de diversas bandas de masai obligó el grupo de nuestros amigos a ocultarse entre la espesa maleza.

AL fin llegaron a una leve eminencia y desde allí oyeron el

fragor de la batalla y los gritos de los moribundos. Del pueblo huían en grupos compactos mujeres y niños.

Los kokoneses usaban los rifles para guardar esta línea.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. El palacio del rey es una columna de humo. ¡Mirad! ¡Ahí está el Shimba en persona!

Una vez en el pueblo, vieron gran número de masai que rodeaban el palacio en llamas.

Los seis viejos consejeros del rey difunto estaban sentados en el suelo y se mecían lentamente.

Aunque muchos habían caído victimas del fuego de los kokoneses, los masai parecían invencibles. El Shimba dirigía un movimiento de flanco para rodear a los tiradores.

—¡Sus municiones no les durarán mucho tiempo contra esa muchedumbre! —dijo Ham—. Tal vez esté indicado retirarnos en la selva, Doc, mientras podemos.

—Permaneced ocultos —dijo Doc—. ¡Si os descubren usad los explosivos!

El hombre de bronce desapareció como una sombra, dejando a Ham y a Renny algunos globitos, uno solo de los cuales bastaba para poner fuera de combate a cien hombres.

Al desaparecer Doc, Renny lanzó una queja.

—¡Ahora viene lo bueno! ¡Los kokoneses no tienen municiones! ¡Se retiran! ¡Nos van a coger en la matanza!

Una ola de indígenas que huían, perseguidos por enemigos armados de lanza que lanzaban gritos frenéticos, surgió de la selva.

—¡Estamos perdidos! —dijo Ham, rápidamente—. ¡No podemos emplear las granadas sin matar a nuestros amigos! ¡Tendremos que movernos!

Antes de que se pusiesen en camino, Logo surgió a su lado. Con su traje nativo, Logo resultaba una figura imponente.

Renny levantó el puño, pero Ham le detuvo el brazo.

Logo cayó de rodillas delante de la princesa Monca y de la piel de mico que llevaba en la cintura, sacó un objeto reluciente que reflejaba mil luces.

—¡Princesa Monca! —exclamó—. ¡He visto a Doc Savage! ¡Tomad el Ídolo de Sangre!

Renny lanzó un grito de asombro y Ham se quedó boquiabierto.

—¡El Ídolo de Sangre! —exclamó Ham—. ¡Dios de bondad! ¡Es

un enorme diamante rojo! ¿Es lo que contenía la caja de teca que Doc recibió en Manhattan?

Logo inclinó la cabeza. Miraba sonriente a la hermosa muchacha que se hacía llamar la señorita Moncarid.

—Es digno de la reina Monca —dijo lentamente—. Forma parte del gran tesoro de diamantes rojos que hay bajo el Kilimanjaro. Lo envié a Doc Savage en Nueva York para que estuviese en lugar seguro. El jefe de los masai lo buscaba allí e hizo asesinar al príncipe Zaban.

La explicación fue breve. Los gritos de los kokoneses y de los masai se acercaban. Logo añadió:

—Venid rápidamente conmigo. Tenemos una probabilidad de escapar. Es posible que Doc Savage logre dar un golpe audaz.

Las ropas de la princesa Monca caían hechas jirones de sus hombros. AL penetrar el grupo en la selva, Ham vio el escorpión azul que llevaba tatuado en un brazo. El astuto abogado adivinó que era la marca de la familia real de Kokoland.

En torno al grupo, se oía el rumor de la batalla.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡No podremos salir de aquí sin herir a sus compatriotas!

—¡Por aquí! —dijo Logo, apartando unas plantas.

—¡Asombroso! —fue el comentario de Ham.

Uno de los tanques capturados al enemigo estaba oculto en aquel lugar.

Antes de la llegada de los masai, todos se hallaban en el interior de la fortaleza de acero y Renny había puesto el motor en marcha.

En aquel momento, en el pueblo en llamas, los guerreros masai del Shimba, lanzaban gritos de victoria. Su tribu perseguía a los derrotados kokoneses que se replegaban.

Un extremo del palacio del rey seguía intacto. El Shimba ordenó a algunos indígenas que entraran. Empezaron a sacar algunos tesoros reales. Unos masai, altos y fornidos, trajeron el ataúd del príncipe Zaban.

—¡Echadlo al fuego! —ordenó el Shimba—. ¡Que el cuerpo desaparezca!

La orden no fue cumplida. De uno de los extremos del pueblo llegó el ruido formidable de dos tanques de guerra. Antes de que los asombrados masai decidieran qué era lo que convenía hacer, los

tanques se les echaban encima.

Algunos de los más valientes aguantaron su posición. Los cañones de los tanques dispararon al aire y las primeras descargas pasaron encima de la cabeza de los indígenas.

—¡Escondeos en la maleza! —gritó el Shimba—. ¡Podemos escapar!

Pero los masai estaban sobrecogidos de pánico. Los que no huían caían de bruces, presa de un terror abyecto. Entre ellos caía una lluvia de pedacitos de cristal, casi invisible. El temor dejó el puesto al sueño.

De momento, nadie hizo caso del Shimba. El inteligente jefe se dio cuenta de la inutilidad de resistir por más tiempo y desapareció una vez más del campo de batalla.

Doc Savage y Monk salieron de uno de los tanques. Johnny y dos guerreros kokoneses, se apearon del otro. Estaban rodeados de hombres caídos y dormidos. Los viejos consejeros del rey dormían junto con los demás, en la calle del pueblo.

—Temo que sea tarde para salvar el palacio —dijo Doc—. Pero únicamente parte del pueblo arderá. Esperad aquí. Regresaré con Pat y los demás. Todavía pueden verse acorralados.

Monk lanzó un chillido.

—¡Mira, Doc! ¡Otro tanque! ¡Tal vez esos salvajes se han apoderado de el!

Monk iba a dirigir el fuego de una ametralladora sobre el tanque que se acercaba lentamente, pero Doc Savage intervino, impidiéndolo.

La puerta de hierro del taque se abrió lentamente. La primera en salir fue Pat Savage que lanzó una mirada rápida al palacio en fuego y a los masai dormidos en la calle.

—¡Qué bienvenida para la reina! —exclamó—. ¡Monea, no le queda trono!

—La reina Monea tendrá un trono mucho más moderno —declaró Logo, bajando del tanque en compañía de Renny y de Ham—. Un palacio digno de una reina civilizada.

La princesa Monca sonreía.

—¡Y digna de su rey! —dijo—. No me gustaría reinar sola en Kokoland.

Logo, alias Williams Smith de Long Island, se frotó

nerviosamente las manos.

—Las palabras pronunciadas en Nueva York, han de olvidarse, desde luego —murmuró.

—¡No está mal! —exclamó la princesa Monca—. ¡Su proposición hecha en Nueva York antes de conocer mi identidad queda aceptada! ¡No puede desairarme ahora! Si lo hace, oculto el Ídolo de Sangre y...

Doc Savage se acercaba.

—El Ídolo de Sangre cuesta demasiadas vidas para consentir que sea en vano —declaró el hombre de bronce—. El rey Udu envió a Logo a Nueva York para salvaguardarlo. El príncipe Zaban fue asesinado aunque los kokoneses de Logo intentaron defenderlo. Algunos masai hallaron la muerte, buscando al Ídolo de Sangre. Creo que Logo ha ganado el derecho de ser rey.

Era un discurso largo para Doc Savage. Habría continuado; pero Pat Savage gritó entonces:

—¡El conde Cardoti! ¡Creímos que los masai le habían matado! ¡Pero está vivo!

Doc Savage y sus compañeros se volvieron. Cubierto de harapos, el conde Cardoti salía corriendo de la selva. Tenía el rostro cubierto de sangre seca y el aspecto de un hombre que acaba de escapar de manos de los salvajes masai.

—¡Doc Savage! —exclamó el conde—. ¡Los ha vencido usted! ¡Yo estaba atado en la maleza! Querían matar...

Calló. Una expresión de intensa sorpresa se pintó en su rostro. Con ambas manos agarró algo que de pronto sobresalía de su pecho.

El conde Cardoti cayó de bruces, con las manos crispadas sobre la punta de una lanza. El arma había salido de la selva, a su espalda y le hirió entre los hombros, traspasándole el corazón.

Pat Savage se cubrió los ojos. El hombre de bronce se acercó al muerto, escudriñando en la maleza. Otro hombre se acercó.

Se parecía extraordinariamente al conde y habló con voz clara.

—¡He hecho esto porque intentó engañarme! Me habría dejado atrás diciéndoles que yo era el único que representó el papel de Shimba. ¡Era hermano mío! ¡Cuando estaba ausente, yo le reemplazaba aquí! ¡Mi hermano hizo asesinar al príncipe Zaban!

Doc Savage se movía rápidamente, pero no bastante.

—¡Como hermanos de la misma sangre, proyectamos robar el

reino del rey Udu y traer a los invasores! —exclamó el otro Shimba —. ¡El conde Cardoti intentó reemplazar al rey Udu…! ¡Ahora, morimos como hermanos…!

El hombre se tiró adelante, hundiéndose en el cuerpo un corto venablo que llevaba en la mano. Los hermanos Cardoti en cuyas venas corría la ardiente sangre española o tal vez portuguesa, habían muerto.

Algo más tarde, Doc Savage dijo:

—¡Si, el viejo Selan estaba de acuerdo con el conde Cardote! Yo sospeché de Cardoti, en Manhattan. Estaba convencido que yo tenía el Ídolo de Sangre y por eso decidió acompañarnos a Kokoland. Por eso también yo traje el cadáver del príncipe Zaban.

—¡Así, pues, habría matado a la princesa Monca! —dijo Ham.

—El conde Cardoti no sospechó la identidad de la señorita Moncarid hasta que llegamos a África —dijo el hombre de bronce —, pero Logo lo sabia. Si, Logo ha ganado de sobras el trono…

Pat Savage suspiró hondo.

—Y yo he perdido una ocasión única de ser reina —se quejó—. El conde Cardoti me pidió que me casara con el…

¡Doc Savage y sus compañeros habían llevado la paz a Kokoland!

FIN

Título original: *The land of long Juju*